


Elementos 88

LA NUEVA DERECHA Y LA CUESTIÓN DEL FASCISMO

 elementos

NDigit@I 

Elementos

**Revista de Metapolítica para
una Civilización Europea**

Director:

Jesús J. Sebastián Lorente



Revista electrónica

Elementos N° 88

**LA NUEVA DERECHA Y
LA CUESTIÓN DEL
FASCISMO**

Dirección electrónica:

**[http://elementosdemetapolitica.
blogspot.com.es/](http://elementosdemetapolitica.blogspot.com.es/)**

Correo electrónico:

sebastianjllorenz@gmail.com

Sumario

Nueva Derecha, ¿extrema derecha
o derecha extravagante?,
por *José Andrés Fernández Leost*, 3

La Nueva Derecha
y la cuestión del Fascismo,
por *Diego Luis Sanromán*, 17

La Nueva Derecha.
¿«Software» neofascista?,
por *Rodrigo Agulló*, 23

Plus Ça Change! El pedigrí fascista
de la Nueva Derecha,
por *Roger Griffin*, 31

¿Discusión o inquisición? La Nueva
Derecha y el "caso De Benoist",
por *Pierre-André Taguieff*, 49

El Eterno Retorno. ¿Son fascistas las ideas-
fuerza de la Nueva Derecha Europea?,
por *Joan Antón-Mellón*, 61

¿Viejos prejuicios o nuevo paradigma
político? La Nueva Derecha francesa vista
por la Nueva Izquierda norteamericana,
por *Paul Piccone*, 73

La Nueva Derecha y la reformulación
«metapolítica» de la extrema derecha,
por *Miguel Ángel Simón*, 79

El Frente Nacional y la Nueva Derecha,
por *Charles Champetier*, 82

La Nueva Derecha y el Fascismo,
por *Marcos Roitman Rosenmann*, 85

El pensamiento único «antifascista»,
por *Alain de Benoist*, 92



Nueva Derecha, ¿extrema derecha o derecha extravagante?

«Volver a lo antiguo será ya un progreso» (Goethe)

Desconocida para la mayoría del público español, ignorada por los medios de comunicación, poco investigada y tachada de radical o fascista, la Nueva Derecha de origen francés y vocación europea merece un pequeño estudio que trate de esclarecer sus postulados y sopesar sus propuestas a la luz de un enfoque racional desprejuiciado.

JOSÉ ANDRÉS FERNÁNDEZ LEOST

I. Introducción

Desde la convicción de que resulta intolerable menospreciar cualquier corriente de pensamiento sin proceder previamente a su examen, en el presente texto indagaremos en los presupuestos de la denominada Nueva Derecha a partir del análisis de las ideas contenidas en el «Manifeste pour une renaissance européenne» (Grece 1999){1} firmado por sus dos principales ideólogos, Alain de Benoist y Charles Champetier. Por su concisión y claridad expositiva, y por la amplitud de temas que aborda, tal nos parece la mejor manera de introducir al lector en el movimiento político-cultural que nos ocupa{2}.

Nuestra reexposición utilizará como material de apoyo diversos estudios sobre la Nueva Derecha a fin de precisar con la mayor concisión posible su naturaleza, y calibrar hasta qué punto tal movimiento entra dentro del horizonte de la ideología fascista. Dichos textos nos servirán no sólo para completar nuestras observaciones, sino también como muestra de la dificultades con que se topa la perspectiva pretendidamente neutral de la politología a la hora de perfilar el espíritu de la Nueva Derecha dentro de coordenadas científico-sociales. Nuestras consideraciones por su parte –y he aquí nuestra metodología– no aparecerán instaladas en una plataforma epistemológica superior, sino que se proferirán desde una parcialidad admitida de partida, que se nos aparece, si no más objetiva, al menos más honesta: la parcialidad propia de un

materialismo pluralista que, por lo que respecta a la teoría política, deja de lado anhelos científicistas para, acto seguido –y desde un tratamiento dialéctico–, analizar, catalogar y reabsorber todos los ángulos posibles y emitir su juicio –a su vez por supuesto sometido a inminente crítica y eventual revisión. Por último, a fin de sopesar la coherencia de la Nueva Derecha, penetraremos en la línea argumentativa del libro *Nazismo y comunismo* de Alain de Benoist (1998), por entre cuya temática se extraerán algunas evidencias relevantes de su carácter político.

Presentada a sí misma como una escuela de pensamiento más que como una ideología política, la Nueva Derecha gusta de situarse en una óptica metapolítica. Ello significa, y tal es su primera característica, que a su parecer las ideas juegan un papel axial en el devenir de la historia, mayor sin duda que el propio de la economía. Quiere colocarse así de entrada en una perspectiva opuesta a la marxista (y también a la liberal) que, regida por un economicismo rudimentario, localizaría en el modo de producción la infraestructura determinante del sistema socio-político en el que se desarrolla nuestra vida. En su lugar, la metapolítica de la Nueva Derecha otorga al factor cultural (creencial, simbólico, representacional, incluso lingüístico) la clave que condiciona la voluntad y acción humanas, retomando así la idea gramsciana de la hegemonía cultural. No negaremos la necesidad, reivindicada por la Nueva Derecha,

de formular visiones globales y sistemáticas sobre el mundo entorno que reactiven la noción de sentido, frente a la predominancia pseudo-retórica del pensamiento fragmentario de la postmodernidad. Más aún habida cuenta de que detrás de la parafernalia del fin de los grandes relatos, se entrevén proyectos programados a más de cincuenta años vista, planificados por multinacionales o «erosionados» Estados nación, tales como China o Estados Unidos. Ciertamente, lo discutible radica en aquella polarización que vierte bien sobre la dimensión económica, o bien sobre la cultural, la capacidad demiúrgica de configurar nuestra suerte. Antes bien, resultaría más válido subrayar la mutua interconexión de ambos factores, toda vez —eso sí— se entienda que el concepto de producción, y con él el de trabajo, reagrupa múltiples elementos extraeconómicos.

Advertido su método, la Nueva Derecha tiene al menos la valentía de apostar por un pensamiento transversal, pluridisciplinar, que incorpora múltiples campos del saber (positivos, pero no sólo), en aras de delinear unas orientaciones prácticas sobre la vida pública. En lo que sigue veremos hasta qué punto están justificadas racionalmente. Para ello pasaremos en lo que sigue a enunciar los tres ejes desde los que según nuestra lectura se articula su pensamiento.

II. Los tres ejes ideológicos de la Nueva Derecha

1) Una ontología pluralista, fundamentada en una visión heterogénea del mundo como realidad en movimiento, unitaria y anti-estática al tiempo; y en una antropología de signo abierto, que rechaza —más allá de los componentes biológicos comunes—, toda definición última de la humanidad. En este sentido, la diversidad constituye el dato crucial de nuestra existencia. Sin entrar en una descripción minuciosa de los componentes que constituyen la realidad, se constata en la Nueva Derecha un cierto desapego de las interpretaciones transcendentales de la vida («lo que está más allá de los límites humanos [biológicos] es por definición impensable»), y una tendencia por tanto hacia el immanentismo, que sin embargo no se atreve a proclamarse

materialista. Frente a ello, y huyendo acaso de un grosero monismo corporeísta, esta concepción acaba por caer en una mixtificación de los valores paganos europeos, que tiñe de metafísica su doctrina. En cuanto a la presentación de la naturaleza humana, se observa una asimilación estricta de los resultados de la etología y la genética, que orilla con acierto el mito de la tabla rasa. No obstante, la asunción de los planteamientos que subrayan la importancia de los condicionamientos de disposiciones hereditarias y conductuales pautadas en el proceso de hominización no conducen a la Nueva Derecha —en lo que constituye a nuestro entender otro acierto— a aceptar la tesis de la unicidad socio-biológica del ser humano. Así, sin menoscabo de las determinaciones naturales que confirman lo que de común tienen los hombres, su visión antropológica se combina con una mirada histórica que inserta la vida humana en contextos culturales.

En este punto reside la encrucijada de la corriente, pues de aquí se desprenden tanto sus logros como sus errores. Suscribiendo su categorización de la naturaleza humana, el error consiste en el énfasis que a partir de entonces se pone en el hecho de la diversidad cultural, hasta el punto casi de esencializar tal dato anteponiéndolo al marco biológico. La imposibilidad de determinar científicamente los juicios morales inscrita en la indescifrabilidad última de la naturaleza humana tiene la virtud de preservar el concepto de lo humano de su objetivación, resguardando su margen de libertad —aun abierto al mal, pero por tanto también a la propia condición de posibilidad de la moralidad. Sin embargo, de ahí no se sigue que todo afán universalizador resulte perjudicial cuando, pongamos por caso, está encaminado a propagar precisamente nuestro ámbito de libertad. Dicho de otro modo: el sostener que no todos los hombres nacen libres, tal y como la tradición ilustrada pretende, más que revelar un espíritu premoderno, no implica sino asumir el estado de partida real desde el que operar para que la libertad humana pueda desarrollarse. La cuestión adquiere mayor enjundia si cabe cuando nos hallamos ante avances científico-positivos, universales por definición. No extender en este caso el conocimiento

adquirido en nombre de las tradiciones culturales de los círculos antropológicos de turno no puede sino ocultar mala fe, cuando no nesciencia. Veamos cómo estos asuntos conectan directamente con el segundo gran eje ideológico de la Nueva Derecha.

2) Un enfoque antimoderno. La Nueva Derecha realiza un diagnóstico demoledor de la modernidad, lúcido en muchos de sus puntos. La modernidad queda perfilada como el pensamiento occidental hegemónico de los tres últimos siglos, marcado entre otros rasgos por: «el imperio de la razón instrumental» en todas las áreas de la actividad humana (científica, económica, política, &c.); el proceso de individualización y uniformización de la sociedad; y la instauración de una visión progresista de la historia. La crítica a la modernidad se convierte bajo la óptica de la Nueva Derecha en un rechazo beligerante hacia la contribución del cristianismo a la historia de Occidente, y en un combate exhaustivo contra los valores del liberalismo económico y político, origen y resultado de aquella. Ciertamente, los intelectuales de la Nueva Derecha localizan en los conceptos de la metafísica cristiana la fuente de la que bebe la filosofía moderna, constituida como su trasunto secularizado^{3}. Aglutinando en la expresión de «igualitarismo universalista» el espíritu de la modernidad, detectan en el cristianismo la génesis de una mentalidad seriada y lineal que mediatiza matemáticamente sus relaciones con la naturaleza, pero también sociales, prefigurando un modelo de convivencia mecánico de alcance universal: el mercado.

Enlazando la proclama bíblica de: «Llenad la tierra y dominadla» con el programa galeliano-cartesiano de dominación científica de la naturaleza, la Nueva Derecha traza un mapa moral reglado por una axiología mercantil y técnica, coordinado por los principios de operatividad, eficacia y competitividad, e impulsado por una pulsión prometeica («todo lo posible será realizado») que amenaza con cosificar al hombre. La ideología del progreso cuantificable se manifiesta económicamente en un sistema de intercambio mercantil basado en el crecimiento ininterrumpido de la producción y el consumo, realimentando un círculo de necesidades creadas –y a satisfacer–, producidas

en el tiempo asalariado del trabajo. En tal reflexión, esta situación queda moralmente encubierta bajo la retórica de los Derechos Humanos, fundamentada en el formalismo ético intencional kantiano –asimismo universalista y etnocéntrico– que lleva a su vez a difuminar los principios de la práctica política (prudenciales y consecuencialistas). La Nueva Derecha inscribe todos estos fenómenos en el marco del liberalismo, delimitando la circunscripción del enemigo a batir.

El liberalismo –herencia natural del cristianismo–, diseña un individualismo metodológico, consagrando una caracterización del ser humano racional y asocial. De ahí surge el modelo contractualista que estructura el método procedimentalista del Estado de derecho: un gobierno de los jueces que despolitiza la política. De ahí también una modelización abstracta de la economía de mercado, que no sólo se presenta (falsamente) como un precipitado espontáneo de la conducta humana, sino que a su vez se erige como el soporte último sobre el que se organiza la sociedad, clave a través de la que ésta ha de mantenerse por siempre jamás. Dicha visión economicista, vinculada a su carácter de feliz fórmula final, es precisamente la que homologa el relato marxista al liberalismo, bajo el formato de una lógica finalista de cuño cristiano. Sin perjuicio de lo atinado del análisis, los autores del «Manifiesto» parecen adherirse sin embargo a la doctrina que ensambla libertad mercantil con libertad política, menospreciando aquella otra tradición del liberalismo que entronca con el republicanismo y el pluralismo social. Nos referimos a aquel liberalismo centrado en diseñar un entramado institucional dispuesto para garantizar el control político, el contrapeso de poderes, la libertad de expresión y a evitar la corrupción. Un régimen que concede voz al mayor número de programas divergentes en el marco de unas estrictas reglas de juego –marco asentado en la igualdad jurídica de los individuos. Aspecto este de índole técnico-prudencial, en el que refluían contenidos del republicanismo romano, más que influjos econométricos, y en el que nuestros ideólogos detectan certeramente el nudo de la democracia, sin precisar no obstante su origen. Subsiguientemente, pasarán a volcarse hacia

una acepción normativa, fuerte y más bien populista de la democracia. Lo veremos más adelante.

Previamente constatemos cómo cabría reinterpretar la alergia hacia la herencia cristiana –confesamente nietzscheana–, en términos de rechazo hacia la implantación gnóstica del pensamiento {4}. En líneas generales adviértase cómo el principal dogma del cristianismo, la Santísima Trinidad, es susceptible de matizar el carácter monoteísta de esta religión, abriéndose a una metafísica pluralista de implicaciones radicalmente distintas. Estrictamente vinculado a este principio, la encarnación de Dios en la segunda persona del Verbo dota al cristianismo de un carácter presencial o corpóreo, que lo singulariza particularmente en contraste con el resto de las religiones monoteístas. Por otro lado, y sin negar su aliento universal, se puede considerar que el carácter comunitario del cristianismo –cuando menos católico–, prima sobre su interpretación individualista. Pero en cualquier caso, lo que la Nueva Derecha parece aborrecer del cristianismo es el horizonte mesiánico liberador que insufla (y quien dice liberador dice a la vez emancipador y redentor), aun presentado de forma racional y laica. Pero esto es, justamente, lo que define al gnóstico más que al católico tradicional. Para aquel, la redención de signo inevitablemente religioso depende del grado de conocimiento alcanzado, tanto mayor cuanto más cerca nos encontremos de la aprehensión del Verbo, o en traducción hegeliana, de la Idea. En dicha manera de enfocar la realidad se encuentra además la base del dualismo materia/forma tan denostado por la Nueva Derecha. Ahora bien, la requisitoria católica, manteniendo desde luego la estructura gradual del curso salvífico de la Historia, sostiene la relevancia del orden de las acciones humanas, incidiendo en la necesidad de la obra humana, además de en su palabra –exigencia que le reconecta al mundo real. Por último, la Nueva Derecha podría al menos haberle reconocido al cristianismo su condición de ser la religión de la salida de la religión {5}.

3) Un comunitarismo conservador. Discúlpese el pleonasma contenido en la expresión, justificado por la dimensión comunitarista en la que se inserta cierta autoproclamada izquierda de nuestros días. En

la Nueva Derecha tal dato por el contrario se nos muestra en términos socio-políticos completamente natural, aunque a nuestro parecer resulte contradictorio con los supuestos que han sido delineados hasta ahora. El comunitarismo extrae sus razones de la atomización indiferenciada en la que vive el hombre moderno. Este tercer rasgo parte pues de la crítica al modelo liberal, cuya neutralidad axiológica es percibida como fuente de alienación individual y descohesión social; pero también de la crítica del modelo de integración republicano, cuyas instancias socializadoras de ámbito público (partidos políticos, escuela, ejército, &c.) hacen aguas. Frente a tal situación, la Nueva Derecha recupera la noción de pertenencia colectiva, situándola en la base de la identidad individual. El razonamiento pretende enlazar sus premisas ontológicas con un diferencialismo de corte étnico que acaba sustantivando la unidad cultural de los pueblos, apelando al derecho o reconocimiento de la diferencia.

La redondez de la hipótesis queda quebrada desde el momento en que notemos la profunda distancia que media entre el concepto de pluralismo y el de reconocimiento, culturalmente entendidos. El reconocimiento de la identidad cultural, tal y como nos lo expone el pope del comunitarismo Ch. Taylor (por cierto, de confesión católica), parte de una noción de identidad desarrollada en el interior de una comunidad histórica. Dicha comunidad ofrece un horizonte de significado o, dicho de otro modo, un marco de referencia, desde el que los individuos se definen y articulan una determinada noción de bien: una ética sustantiva, insidiosamente denominada «de la autenticidad». La identidad por tanto atiende fundamentalmente al pasado. En su libro *Las fuentes del yo*, Ch. Taylor repasa las fases en las que se ha ido construyendo el sentimiento identitario moderno, a través primero del acondicionamiento de un espacio personal –la interioridad humana–, desde la que se recorta, mediante los lenguajes expresivos y en interlocución con nuestros semejantes (de ahí la importancia de la comunidad), la identidad de cada cual. El proceso se completa en la modernidad, en función de las esferas laborales y familiares en las que se desarrolla la vida

moderna. Y cuaja finalmente en lo que se denomina «expresivismo», tendencia romántica con la que cristaliza la definición de la identidad en términos lingüístico-culturales. Además de la contribución de Herder, no es gratuito recordar el papel jugado por la sistematización idealista de la realidad fraguada por los filósofos alemanes de la época, así como por el prestigio que desde entonces goza en el campo estético la categoría moderna de creación (o de genio) frente a la antigua de imitación o mimesis (más artesanal).

En cualquier caso, la conclusión a la que Taylor llega es que «el no reconocimiento o el desconocimiento [de la identidad de marras] puede infligir daño, puede constituir una forma de opresión que nos aprisiona en una falsa, torcida y reducida manera de ser». Esta situación se acota a aquellas sociedades multiculturales en las que el principio democrático de la regla de la mayoría amenaza con reducir los derechos de las minorías. Concretamente, se trata de compensar la desventaja de los grupos minoritarios en las democracias liberales. De este modo, los autores incardinados en la llamada corriente comunitarista apelan a un reconocimiento de los derechos colectivos basado —y esto es crucial— en la creencia del igual valor de las culturas. Dicho planteamiento abre paso a la reivindicación de derechos especiales de representación para determinados ciudadanos y de una organización social en «diversidad profunda» bajo una estructura federal (de acuerdo ahora con los planteamientos de W. Kymlicka en su libro *Ciudadanía multicultural*).

A nuestro juicio, el problema que genera este tipo de consideraciones es doble. Primero, porque corre se el riesgo de trocar la tiranía de la mayoría que la regla democrática implica (corregida en las democracias liberales a través de mecanismos de contrapesos de poderes), en una menos democrática y más problemática tiranía de la minoría. Y segundo porque, amparada en la existencia de minorías, la política del reconocimiento presupone que dichas minorías conforman grupos étnicamente homogéneos. Tal es la clave del tema que nos ocupa. Dejando de lado la inspiración idealista y teleológica que el concepto de reconocimiento arrastra, encadenado en la canónica exposición

hegeliana a una dialéctica de la conciencia a la búsqueda de su autorrealización identitaria (que todavía Hegel cifraba en la libertad universal), la obsesión étnica es la que desmiente el presunto pluralismo de esta perspectiva. Conclusión que alcanzamos si utilizamos la existencia de cross-cutting cleavages (pertenencias múltiples entrecruzadas) como medida del pluralismo social{6}. Y porque, como advierte F. Savater: «no es lo mismo el derecho a la diversidad, base del pluralismo democrático, que la diversidad de derechos, que lo aniquila»{7}.

Volviendo a la Nueva Derecha, encontramos un tratamiento étnico semejante al del modelo comunitarista, transpuesto al contexto europeo. Evidentemente, nuestra neoderecha guarda cuidado al presentar su hipótesis «diferencialista», extramuros siempre de la órbita del tribalismo y del racismo. Pero al cabo no puede ocultar su afán por consolidar identidades culturales cerradas que, sin pretender en principio excluir a nadie, son excluyentes: evitan la asimilación y el mestizaje. También en este rasgo puede apreciarse la debilidad de su argumentación. La retórica tolerante hacia las diversas culturas y el hincapié puesto no sólo en preservarlas cuanto en potenciarlas resulta incongruente con la defensa de los valores de la propia cultura desde la que se elabora el discurso, antes o después incompatibles con los de las demás. Más allá de la confusión de entrada que supone tratar de entidades culturales pautadas según patrones invariantes —hecho que de por sí bastaría para anular todo el debate anterior—, el comunitarismo, imponiendo uniformidad en el interior del grupo cultural, acaso no acaba sino agravando los conflictos interculturales, en perjuicio del pretendido enriquecimiento mutuo. No otro sería el resultado previsible del anhelo de la Nueva Derecha —por lo demás absurdo— de alcanzar «un mundo heterogéneo de pueblos homogéneos».

En línea asimismo con el diseño comunitarista, la Nueva Derecha entronca la noción de pertenencia con la de participación, sometiendo esta a aquella bajo la excusa de desembocar en un concepto de democracia más pleno y participativo. Entramos así de lleno en un imaginario político manifiestamente populista. Tanto es así que a su juicio la esencia

de la democracia radica, literalmente, en la acción de la ciudadanía reunida como pueblo. En consecuencia, su objetivo consiste en reducir la distancia entre gobernantes y gobernados hasta el punto en que ambos se identifiquen –lo que constituye un ejercicio de lógica tan atractivo como peligroso, como germen de totalitarismo. Parte de este discurso se entiende debido a la crisis de representación que padecen las democracias liberales. La denuncia apunta hacia la generación de una casta dirigente (la Nueva Clase), tecnócrata. Alejada de la realidad de la vida corriente y coaligada con la elite del sistema económico, se reproduce a través de la instrumentalización simbólica de los valores establecidos, nutrida a partes iguales por la moralina de los Derechos Humanos y la abstracción del lenguaje técnico. La alternativa de la Nueva Derecha, encaminada a reactivar el campo político, opta por una estrategia llamada a configurar estructuras comunitarias de base, de abajo a arriba. En este sentido, la disposición federal aparece como la forma de Estado más propicia para aunar pertenencia (regional) y participación. Dado el horizonte europeo desde el que opera la Nueva Derecha, el ideal estribaría entonces en conformar una entidad supranacional –obligada, ante la necesidad de actuar vía grandes plataformas civilizatorias– articulada en regiones. Estaríamos ante la llamada Europa de los pueblos frente a la Europa de las patrias postulada en su momento por De Gaulle. La pirueta no deja de resultar curiosa, ya sea por las sospechas que infunde un planteamiento –el de la Nueva Derecha– frecuentemente conjugado con la defensa de la identidad nacional francesa, ya por las afinidades que insinúa con ciertos movimientos europeos situados a la izquierda.

A tenor de lo dicho, resulta llamativo observar cómo una corriente impulsada por el afán repolitizador de la sociedad recurre a la ordenación federal del poder, limitando el papel del Estado-nación –en reincidente sintonía con las modas post-modernas. Desde nuestra perspectiva, el federalismo de la Nueva Derecha, así como el del comunitarismo, no se restringe a postular una forma de Estado alternativa, sino a quebrantar el mismo concepto de Estado, sustituyéndolo por una

suerte de ademán micropolítico fundado en pactos establecidos en un nivel local, municipal o regional. En la fantasía internacionalista, esta fórmula iría propagándose episódicamente en círculos concéntricos hasta cubrir el planeta, mediante una expansiva municipalización universal –de signo anarcoide en razón de su carácter aestatal. Ciertamente es que en la visión de la Nueva Derecha la estructura federativa se detiene a escala europea, pero ello no menguaría un ápice su lógica armonista y ahistórica. En este punto, el gusto por lo orgánico de la Nueva Derecha queda solapado por un constructo artificioso, quizá atractivo, pero incompatible con el desarrollo histórico europeo y distanciado de toda ontología política de tipo conflictual. Por otra parte, el principio de subsidiaridad desde el que defienden tal apuesta estipula ciertas cesiones competenciales (ejército, grandes decisiones económicas, puesta a punto de las normas jurídicas fundamentales) a una autoridad central superior. La cuestión es que esta salvedad no haría sino acentuar la confusión ideológica de la Nueva Derecha: evacuando de contenido la capacidad política de los ciudadanos de a pie, alentaría a la postre la formación de una nueva elite dirigente.

Con todo, el punto más débil de las propuestas de la Nueva Derecha, y donde menos informado se revela su pensamiento –en conexión todavía con su visión político comunitarista–, lo hallamos en el ámbito económico. Partiendo de una desvalorización del concepto de trabajo, acaso inspirada en confrontación con la ética calvinista entendida bajo las coordenadas weberianas, nos topamos con un alegato algo rudimentario contra la economía capitalista. Así, a la enumeración de perversiones que desencadena la economía de libre mercado en su etapa post-industrial o financiera, no le sigue sino una balbuciente voluntad de prefigurar una misteriosa «economía de lo vivo». Sus claves parecen tomadas tanto de la tecno-idolatría, cuyos optimistas gurus (situados por lo demás en el vértice del sistema económico mundial) presagian las virtudes emancipadoras de las nuevas tecnologías, como de los cuatro gestos improvisados del postmarxismo, esbozados al amparo del movimiento antiglobalización. En rigor, la premisa anti-economicista de evitar

hacer depender nuestra vida social del trabajo asalariado resulta coherente en términos de salvaguarda de nuestras potencialidades antropológicas, así como medida epistemológica de reincorporación de los elementos pluridisciplinarios insertos en el concepto de producción. Se trata de huir del repliegue formal que supone buscar fórmulas alternativas a la lógica productiva del presente desde el interior del campo económico, esto es, a expensas del resto de categorías que la actividad económica remueve —método moderno en el que reinciden liberales tanto como marxistas. Tal tarea exige detectar los resortes epistemológicos que conecten los aspectos intra-económicos (organizados según las reglas formales que rigen la economía de mercado, determinadas por las leyes del intercambio que operan entre la oferta y la demanda), con los aspectos antropológicos. Y ello a fin de dar con una racionalidad práctica que reintroduzca, pongamos por caso, la dimensión prudencial que la economía aplicada comporta, y no simule desconocer los factores psicológicos, históricos, culturales o incluso ontológicos activados tras sus distinciones aparentemente neutrales (entre medios y fines, costes y beneficios, necesidades primarias y secundarias, &c.). Dada la magnitud del asunto, cabría esperar en el «Manifiesto» algún tipo de ajuste al respecto, pero no. En su lugar nos encontramos con una serie de medidas ya lanzadas por la izquierda post-comunista: instauración de una tasa sobre los movimientos del capital; disminución del tiempo de trabajo; o implantación de una renta mínima universal. Por otro lado, la fe que depositan en la extensión del tele-trabajo no parece poder levantarse sino bajo el supuesto de confiar la producción industrial a los países del Tercer Mundo, por mucho que, situados todavía en esta misma temática económica, la Nueva Derecha postule una voluntarista «diversificación de las fuentes de aprovisionamiento» cara a preservar los recursos naturales de los países tercermundistas.

III. Nueva Derecha y fascismo

A partir de este punto nos centraremos en la polémica que suscita la Nueva Derecha, a raíz del mayor o menor grado de conexión que la

emparenta con la ideología fascista. El máximo representante de la Nueva Derecha, Alain de Benoist, ha querido distanciarse explícitamente de toda conexión, aun cuando en su juventud estuvo integrado en grupos de extrema derecha. La mejor manera de dar respuesta a este interrogante es partir de un concepto definido de fascismo, potenciado para precisar concisamente sus rasgos. Esta cuestión, aparentemente sencilla, resulta sin embargo difícil de solventar, toda vez que al fascismo contemporáneo se le atribuyen nuevas características, inexistentes en su versión germinal. De hecho, el tratamiento que más consenso ha cosechado en el mundo académico presenta un tipo ideal de fascismo definido como «ultranacionalismo populista palingenésico», en términos de su promotor Roger Griffin^{8}. Se trata de una delimitación genérica^{9} que, configurada más allá de la experiencia histórica, deja atrás la conceptualización clásica que acentuaba las tendencias paramilitares, el culto al líder, el anti-intelectualismo, o, en su vertiente nacionalsocialista germana, el racismo biológico. Definición además en la que el cariz totalitario que impregna el estilo fascista parece secundario, acaso ligado exclusivamente al específico «fascismo radical» que representa el nazismo. Sin menoscabo de su funcionalidad a la hora de aglutinar las diversas corrientes que la extrema derecha ha ido segregando tras la II Guerra Mundial, su amplitud acusa a nuestro parecer una vaguedad excesiva. En efecto, de acuerdo con esta acepción cabría tildar de fascistas proyectos enunciados desde plataformas diametralmente opuestas: pensemos en el ideario del régimen venezolano actual, o bien del llamado movimiento independentista vasco, en los que tan sólo eufemísticamente cabe hablar de fascismo. Tampoco habría que realizar un ejercicio de imaginación demasiado forzado para, en esta línea, encasillar como fascista al modelo estadounidense —divertimento por lo demás muy extendido. Por otra parte, y puesto que la categorización de un «fascismo genérico» pide inmediatamente la catalogación de fascismos específicos, es oportuno constatar cómo el tipo de diseño que utiliza R. Griffin a la hora de conceptualizar se adscribe explícitamente a una lógica que presupone como unívoca y

clausurada la estructura de lo definido, en línea con lo que exigen las definiciones en ciencias exactas. No obstante, y sin perjuicio de su carácter estrictamente racional, más propio resultaría que un término que posee tal carga simbólica, como es el de fascismo, continuase integrando en su reformulación parte de su referencia histórica y pre-nominal, como hacen los conceptos transformativos{10} –cosa que Griffin ni siquiera contempla, constreñido en el paradigma científico-formalista hegemónico en las disciplinas humanas.

Otro modo de etiquetar a la Nueva Derecha de fascista consiste en acudir a sus fuentes ideológicas. En nuestro caso, la influencia ejercida por los pensadores inscritos en la denominada Revolución Conservadora Alemana da pie a constatar sensibles afinidades de espíritu. La operación consiste en localizar en el decadentismo optimista de los pensadores alemanes opuestos al régimen de Weimar el impulso intelectual del nacionalsocialismo, para, a renglón seguido, demostrar la cosmovisión pro-fascista de la Nueva Derecha. La idea fuerza se encontraría en el concepto de palingenesia que a ambos motiva. Deudores de la atracción que desde el siglo XVII irradia la idea decadencia –contrapunto a la ideología del progreso que la modernidad instaura–, los representantes de la Revolución Conservadora incorporan a su imaginario una mezcla de fe y voluntad regeneradora, cuyos principios activos absorbe el nazismo. En un ilustrativo artículo, Miguel Ángel Simón{11} persigue el curso por el que la idea de decadencia se ha desenvuelto –correlativo al de la idea progreso–, desde su primera aplicación a la caída del Imperio Romano hasta su reiterado uso durante el periodo de entreguerras, pasando desde luego por su utilización en el romanticismo alemán. Mas el detonante decisivo se instala cuando al kulturpessimismus que sobrevuela la mentalidad europea a fines del siglo XIX (consecuencia de la pulverización que la modernidad ha causado en los valores tradicionales), se le acopla a principios del XX un impulso optimista, en virtud de la confianza que incita un porvenir regenerado. C. Schmitt, von Salomon, O. Spengler o E. Jünger son algunos de los exponentes de este movimiento, que se revuelve contra la decadencia, defiende

el retorno de la espiritualidad, e incluso acepta ciertas contribuciones del mundo moderno, como los ingenios que produce la industria técnica, en tanto susceptibles de convertirse en instrumentos al servicio de la restauración de los valores. Es en este sentido cuando se apela a un nuevo hombre, encarnado en El trabajador de E. Jünger (1932). O bien algo antes en el superhombre de Nietzsche, verdadero símbolo de la Revolución Conservadora. Se trata por lo demás de una ideología que se posiciona simultáneamente frente al liberalismo y al comunismo.

Ahora bien, sin perjuicio de la consonancia que tal cosmovisión posee con el mundo nazi, concretizada eventualmente en la biografía de algunos de sus representantes, a nuestro modo de ver esta reacción antimoderna tampoco se identifica completamente con el fascismo, o cuando menos con el «fascismo radical». Sin duda el anticomunismo y el antiliberalismo, la mistificación de las virtudes bélicas, o incluso la anunciación tan moderna del surgimiento de un nuevo hombre, reflejan algunas de las notas que caracterizan al nazismo. No obstante, la obsesión idealista por reflotar las raíces míticas de unos valores originados en la noche de los tiempos propia de los conservadores –idealismo que constituye su motivo principal–, cae fuera del núcleo duro del fascismo, que en puridad es anticonservador, tal y como nos recuerda Stanley Payne{12}. De hecho, el componente estrictamente revolucionario del fascismo –en radical ruptura con la tradición– lo aleja de la marcada huella aristocratizante de la Revolución Conservadora alemana. Otra cosa es la instrumentalización que de ella pudo hacerse durante el III Reich. Por fin, la dimensión totalitaria –radicalmente moderna– de tal ideología, dirigida a vigilar y fiscalizar todos los aspectos de la vida humana, tanto públicos como privados, tanto conductuales como intencionales, es absolutamente extraña a la actitud conservadora.

A este respecto, el mismo Roger Griffin ha indagado en las genealogías modernistas del fascismo{13}, explicando cómo en ciertos principios de la Revolución francesa y en las doctrinas de la Ilustración se encuentran constantes (optimismo profano, orientación hacia una «humanidad superior», nacionalismo,

la misma clasificación racial de la humanidad, &c.) que serán recuperados por el fascismo. De hecho, junto a la relación entre el fascismo y las vanguardias artísticas –según la mutua devoción que les produce ese estilo que combina subjetividad e irracionalidad{14}–, Griffin detecta una programática política que, merced a la técnica, anhela diseñar una nueva era biopolítica, ajena a toda tradición, y por tanto moderna, o, si se prefiere, hipermoderna. No otro puede ser otro el signo del proyecto eugenésico y de revolución antropológica soñado por Hitler. Este perfil moderno del fascismo ya fue también comentado por el demonizado historiador E. Nolte quien, de acuerdo con su método histórico-genético (frente al politológico-estructural) considera que el liberalismo político, en lo que tiene de abierto y contradictorio, fue la matriz desde la que se desplegaron tanto el comunismo como el fascismo. De atenernos a esta hipótesis, el fascismo se encontraría en las antípodas del pensamiento de la Nueva Derecha. Por lo demás, en lo relativo a la herencia nietzscheana concretizada en la crítica al Estado y la apelación a transvaloración cultural{15}, no parece que pueda hacerse privativa de ninguna ideología política.

Otra manera de vincular a la Nueva Derecha con el fascismo es recurrir a la obra de Julius Evola, recurso no demasiado adecuado, no sólo por la distancia discursiva que media entre Benoist y Evola, sino porque tampoco el mismo Evola se identificó jamás con el partido fascista, ni cabe ceñir de nuevo –y desde nuestro punto de vista– su obra a tales parámetros. Para empezar, su confianza en una resurrección palingenésica que solvente las catástrofes que nos ha traído tanta modernidad se inscribe en una concepción cíclica del tiempo, en la que la decadencia ya no puede leerse solamente en clave contra-ilustrada. Por otro lado, los rigurosos ejes morales que propugna su ética de la autoexigencia no cuadran desde luego con la doctrina cristiana, dadas sus desigualitarias implicaciones jerárquicas, pero tampoco con la dionisiaca aura nietzscheana, debido a sus estrictas premisas ascéticas. El pintoresco gusto asiático del que se sirve para calificar de Kali-yuga (Edad oscura) el periodo histórico que le ha tocado en suerte,

así como para vindicar el sistema de castas y depositar en los kshatriya (casta guerrero-sacerdotal en la estratificación india) la regeneración del porvenir, llega a cotas de enternecedor delirio quijotesco en su añoranza de la época caballeresca medieval, o de delirio a secas cuando en su racismo metafísico tacha de telúrica, y por tanto de materialista, caótica e inferior, la espiritualidad negra, ante la que se alzan las fuerzas uránicas ya no de la raza sino del espíritu ario... Sin menoscabo de su certera crítica hacia ese cinismo pragmático que no se somete a otro valor que no sea el del dinero, la contumaz rebeldía evoliana en declararse tan anti-totalitario como anti-populista, antidemocrático o anti-propiedad privada hace imposible la tarea adscribirle a ninguna ideología sistemática conocida.

Otros autores que han influido en la Nueva Derecha, y desde cuyas obras se ha pretendido asimismo evidenciar el carácter fascista de la Nueva Derecha han sido G. Dumezil, L. Dumont o K. Lorenz. Por razones obvias de prestigio científico, tales insinuaciones no nos merecen mayor comentario. Sí merece la pena consignar por último el modo más exitoso de envolver a la Nueva Derecha en la esfera fascista: la que nos demuestra su recepción favorable en el seno de los partidos europeos de extrema derecha. Tal es la prueba irrefutable que aducen analistas como el ya citado Roger Griffin o J. Antón Mellón{16}, atenuando la diferencia que media entre el núcleo teórico de la ideología y el uso político que se hace de ella. Todavía Roger Griffin insiste en las precauciones que hay que tomar a la hora de juzgar a la Nueva Derecha. Su conclusión continúa defendiendo la naturaleza fascista de esta corriente, razonada –siempre de acuerdo a sus propias coordenadas de análisis– en virtud de la perseverancia de un utopismo palingenésico. No obstante reconoce su divergencia frente al veredicto del que considera el mayor experto sobre el tema que nos ocupa, Pierre-André Taguieff, quien sostiene que, al menos en su fase actual, la Nueva Derecha «ya no pertenece al espacio de la extrema derecha».

IV. Nazismo y comunismo en Alain de Benoist

Volviendo al hiato que se abre entre todo discurso y su uso, encontramos aquí uno de los canales por los que el mismo Benoist transita en su reflexión acerca de las interconexiones entre las dos ideologías totalitarias del siglo XX. Lo constatamos al examinar su libro *Nazismo y comunismo*{17}, desde el cual acaso podamos comprender mejor el carácter político sobre la Nueva Derecha. Dicho análisis, lejos de implicar una justificación de la Nueva Derecha desde sus propios textos, nos capacita para valorar desde dentro sus tendencias fascistas. La obra tiene por objetivo situar en pie de equivalencia al nazismo y al comunismo, según el aspecto totalitario que ambas ideologías comparten. Su impulso procede de las reacciones que provocó la publicación de *El libro negro del comunismo* (dir.: S. Courtois), en el que se concluye que el sistema comunista ha sido el más sanguinario de la historia de la humanidad. Se abrió entonces una polémica centrada en la pertinencia o no de comparar al nazismo con el comunismo.

Benoist recoge esta senda y se posiciona claramente entre quienes dan por legítima la comparación. De hecho otorga fundamento a la explicación del mutuo engendramiento, llegando, de mano de E. Nolte, a dar pábulo a la hipótesis reactiva según la cual el fascismo es consecuencia de la Revolución de Octubre, y por lo tanto es posterior, como la cronología histórica muestra. Sin merma de la tesis que estipula que el fascismo y el comunismo no se entienden el uno sin el otro, esta última consideración resulta, como argumenta F. Furet, excesiva, amén de peligrosa{18}. Aunque quizá pueda comprenderse – pensamos – emitida desde un ánimo acientífico que se pregunta por qué el comunismo sigue gozando de mejor prensa. Benoist desglosa las razones por las cuales él cree que esto es así. De acuerdo con su tesis, el noble fin de liberar a la humanidad habría quedado intacto pese a los medios utilizados en el comunismo realmente existente para alcanzarlo. La excusa se alargaría aduciendo que la experiencia histórica no supuso sino una perversión del proyecto. Paradójicamente, nos recuerda Benoist, el primer opositor de este argumento hubiese sido Marx, cuyo pensamiento sitúa la praxis en el origen de las teorías y de la historia,

arrinconando el factor intencional de sus análisis. Dando un paso más, Benoist compara el genocidio antisemita nazi con el genocidio de clase ejercido por los comunistas, de modo que el delirio pseudo-científico del racismo biológico tendría su parangón en el lisenkoismo respaldado por Stalin (que cedía cancha a la falsa teoría de la herencia de los caracteres adquiridos). En este sentido, Benoist no cifra la clave de la inconmensurabilidad nazi en la atroz singularidad del Holocausto. Más plausible le parece, en términos históricos, leer la alianza durante la II Guerra Mundial entre los demócratas occidentales y la Unión Soviética como la causa del crédito moral del comunismo. Crédito que coincide, recuerda Benoist, con el punto álgido del terror estaliniano.

Desde entonces, el comunismo instrumentaliza toda corriente antifascista, toda vez que en la segunda posguerra los comunistas dejan de identificar al capitalismo con el fascismo. Precisamente, siempre según nuestro autor, el mantenimiento comunista de tal equivalencia durante entreguerras trajo como consecuencia la toma del poder fascista, convirtiéndoles en corresponsables. En todo caso, a partir de 1945 se abandona dicho esquema para dar a paso a la estrategia propagandística y de autolegitimación, según la cual el comunismo es igual a antifascismo, lo que produce fundamentalmente tres efectos: la reubicación del régimen soviético en la órbita de la democracia; la conceptualización del nazismo como una ideología de derechas; y, por consiguiente, la catalogación de todo individuo de derechas como fascista en potencia.

Para Benoist en cambio, el fascismo se caracteriza por ser un cóctel compuesto de socialismo sin materialismo, y nacionalismo jacobino agitado durante el periodo de entreguerras, detonado por el bolchevismo. Su tesis más polémica sin embargo radica en la diferenciación entre fascismo y nazismo, apelando al totalitarismo como concepto regulador: la naturaleza del fascismo italiano no sería totalitaria, al contrario que la nazi y la comunista. Dicho esto, Benoist procede a un análisis conceptual de estos dos sistemas, dejando de lado la información que puede proporcionarnos la historia rusa o alemana. En

su lugar, toma de la obra H. Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, los argumentos de su tesis. No evita Benoist la confrontación con quienes relativizan el alcance del concepto{19}, si bien mantiene el recurso: como tipo ideal, el totalitarismo es útil para explicar la realidad empírica aun no describiéndola exactamente. Por lo demás –continúa–, el estudio de Arendt contiene la virtud de explicar el desarrollo del totalitarismo, de modo que la historia no resulta enteramente marginada de la teoría. El totalitarismo queda en fin definido como una religión política, ideocracia o sistema de ideas, presentada en términos de verdad absoluta, que fusiona una visión maniquea y mesiánica de la realidad histórica, trazada por leyes inexorables y protagonizada por sujetos políticos definidos (raza o clase); y un voluntarismo práxico plenamente moderno. Este imaginario conforma la idea de una lucha final tras la cual se alcanzará el fin de la historia. La pulsión de instaurar un nuevo orden, haciendo tabla rasa del pasado, hace al totalitarismo tributario del telos de la modernidad: el progreso ilimitado. Lo terrible de su implantación efectiva, continúa Benoist, se cifra en la institucionalización de una guerra civil perpetua, que tras liquidar a la oposición hace de cualquier individuo un sospechoso en potencia, un posible enemigo objetivo. Tales notas contrastarían –y aquí se aprecia el perfil político de la Nueva Derecha– con el tradicionalismo de la política de derechas, respetuoso con los límites de la naturaleza humana. Y como se ha visto, responderían del impulso moderno que, a través del cálculo y la racionalidad instrumental, ha terminado objetivando la vida humana.

A partir de este punto, Benoist interpretará el totalitarismo según los patrones de su propia perspectiva: la Revolución francesa prefigura la movilización de masas, el nacionalismo, la religión política o la centralización administrativa disolvente de las regionalidades. El liberalismo no puede articular una condena acabada del comunismo pues coincide con él en su objetivo escatológico de desembocar en un universalismo igualitarista, y sin resultar tan historicista, el utilitarismo que le informa sustituye todo mantenimiento de la tradición. De la dimensión moderna del totalitarismo,

Benoist extrae la dimensión totalitaria de la modernidad, lanzándose en lo sucesivo a una crítica de las democracias occidentales en virtud de sus afinidades (naturaleza prometeica de la actividad científica, autonomización de la técnica, uniformización de las costumbres, &c.). Motivos anteriormente enumerados. Le concedemos su parte de razón al advertir cómo la hipótesis marxista de la abundancia, que suponía el crecimiento ilimitado de las capacidades productivas, sigue vigente en las democracias liberales, justo en el momento en el que el pensamiento socialista ha entrado en crisis al revelarse falsa{20}.

Sea como fuere, la reflexión que ahora más nos interesa vuelve a centrarse en las relaciones que median entre ideología y práctica. Para Benoist, la distancia entre ambos terrenos es evidente, a causa de la amplitud de posibilidades interpretativas que abre cualquier idea, lo que, por consiguiente, no las preserva contra su mal uso. De ahí que no quepa responsabilizar a Marx de los crímenes comunistas. De ahí que los crímenes cometidos en nombre de ciertas ideas no impliquen automáticamente su descrédito. En todo caso, esta conclusión, la de que ninguna doctrina pueda ser juzgada «sobre la base de los actos cometidos por quienes se han reclamado de ella», parece dirigida a salvaguardar algunas contribuciones que toda obra comporta, incluso en este caso la marxiana, más que a atenuar la denuncia sobre la ideología comunista (que la despliega). Lo cual crea cierta confusión. Desde nuestro punto de vista, si bien es cierto que son los hechos, y no las intenciones, los fundamentos sobre los que hay que valorar la experiencia histórica, no menos cierto es que resulta imprescindible examinar el plano pragmático del discurso para medir la distancia entre lenguaje, intención y acciones, a veces muy corta{21}.

V. Conclusiones

Las anteriores consideraciones pueden ayudarnos a relativizar la aplicación que los partidos de extrema derecha europeos realizan de los aportes teóricos de la Nueva Derecha. Pero ello no evita concluir cómo en el propio lenguaje de la Nueva Derecha se encuentran componentes de uso filo-fascista. Componentes

que no estimamos insertos tanto en el horizonte de un utopismo palingenésico, cuanto que son propios de una ideología que, tras su retórica agonal (contraria a la creencia irénica de «hacer desaparecer los antagonismos») esconde convicciones armonistas inéditas, más emotivas que racionales, en torno al futuro de la humanidad. Una irracionalidad armonista cuasi-fascista de tintes postmodernos —deudora por tanto y mal que les pese de la modernidad— presente quizá más que en cualquier otro rasgo en su etnicismo. En tanto síntesis sofisticada que reformula el nacionalismo fascista italiano y el racismo biológico nacionalsocialista, se trataría de un etnicismo de nuevo cuño, puesto que no conecta sino imaginativamente con una remota Edad de Oro.

Tras lo expuesto, se comprende que gran parte de la problemática acerca de la naturaleza política de la Nueva Derecha depende del deslindamiento que se realice entre las características de la derecha, el fascismo y el nazismo. Dejando de lado el carácter más o menos totalitario del fascismo{22}, en contraste con el nazismo y el comunismo, o su dosis de pensamiento socialista, nuestra conclusión es que tan sólo desde una definición excesivamente laxa del fascismo, que encaje con cualquier ideología jerarquizante antimoderna y no marxista, cabe ver a la Nueva Derecha como tal. Y que precisamente lo que lo que salvaría de ello es más lo que tiene de tradicional y de Derecha que lo que tiene de Nueva. Un tradicionalismo el suyo que, sin retomar las referencias al Trono y al Altar del Antiguo Régimen, entronca con una axiología de signo aristocrático. Y que postula una concepción onto-antropológica realista, siempre que, de nuevo en palabras de Benoist, se califiquen de derechas: «las doctrinas que consideran que las desigualdades relativas a la existencia motivan relaciones de fuerza cuyo producto es el devenir histórico, y que estiman que la historia debe continuar; en resumen que 'la vida es la vida, es decir, una lucha, tanto para las naciones como para los hombres' (De Gaulle)»{23}.

Sin pretender menoscabar la faz fascista de la Nueva Derecha, apostaríamos más bien por calificarla de Derecha indefinida y extravagante{24}, entre otros motivos por minusvalorar del papel central que compete al

Estado y, en definitiva, por no atenerse al mismo concepto de Estado a la hora de encuadrar sus propuestas. No cabe escudarse en una perspectiva metapolítica —más allá de la derecha y la izquierda—, o en conclusiones apolíticas, cuando se utilizan constantemente todas las categorías del campo en el contexto de un planteamiento centrado en la organización de la res pública. Desde luego, la extravagancia de la Nueva Derecha alcanza su punto culminante en su defensa del rol protagónico de los valores espirituales. Sirva como botón de muestra —y con ello acabamos— el recurso al propio concepto de «Espíritu», alzaprimado en el discurso de la sucursal hispana de la Nueva Derecha, aun pretendidamente purgado de connotaciones religiosas y esotéricas. Aquí el componente estetizante del movimiento se impone explícitamente sobre cualquier otro ámbito, cuando el arte, en una suerte de vuelta del revés de Hegel{25}, se presenta como el espacio sagrado del mundo, a través de cuyas obras se podría reformular su sentido.

Notas

{1} Hay traducción española: «Manifiesto: La Nueva Derecha del año 2000», publicado en la Revista Hespérides, nº 19, verano 1999.

{2} Otro modo hubiese sido acudir al libro de Alain de Benoist, *La nueva derecha*, editado por Planeta. Pero, por razones cronológicas —el libro se publicó en 1982 en España, y su edición francesa es de 1979—, y también por la evolución que el propio pensamiento de la Nueva Derecha ha experimentado, hemos creído preferible atenernos a las ideas presentadas en el «Manifiesto».

{3} Desde luego la hipótesis no es inédita. En alguien tan poco sospechoso de comulgar con la clerigalla como es Habermas, leemos: «El universalismo igualitario —del que salieron las ideas de libertad y solidaridad, de autonomía y emancipación, la idea de una moral de convicción personal, de los derechos del hombre y de la democracia— es una herencia directa de la ética judía de la justicia y de la ética cristiana de la caridad.»

{4} Para esta nota nos hemos inspirado de modo generosamente interpretativo en el texto de Gustavo Bueno, «El concepto de

implantación de la conciencia filosófica. Implantación gnóstica e implantación política», en Homenaje a Aranguren, Revista de Occidente, Madrid 1972.

{5} Tesis mantenida por Marcel Gauchet. Al respecto consúltese su: El desencantamiento del mundo: una historia política de la religión, Trotta/Universidad de Granada, Madrid 2005.

{6} Es el criterio que emplea Sartori en su célebre obra La sociedad multiétnica, Taurus, Madrid 2001. Por descontado, ciertos autores frecuentemente etiquetados como comunitaristas, sostienen posiciones comprometidas con el mantenimiento de las democracias liberales. Tal es el caso, por ejemplo de Michael Walzer, quien arguye que todo grupo minoritario que suponga una amenaza para el orden político debe ser combatido (véase: «¿Qué derechos para las minorías culturales?», Isegoría n° 24, Junio 2001).

{7} Fernando Savater, «Etnomanía vs. Ciudadanía», Isegoría, n° 24 (Junio 2001).

{8} Roger Griffin, «Plus ça change! El pedigrí fascista de la nueva derecha», en La extrema derecha en Europa desde 1945 a nuestros días, Tecnos, Madrid 2007.

{9} La expresión «fascismo genérico» es manejada también por el historiador Stanley Payne.

{10} Máxime en nuestro caso habida cuenta del recurso a un concepto de cuño biológico como es el palingenesia. Lo que por otro lado no deja de resultar curioso, si es que entendemos la palingénesis como el fenómeno según el cual la ontogenia de un organismo reproduce la filogenia de la especie. Tal vez en nuestro caso no sería menos pertinente acudir al concepto de proterogénesis, que en un sentido contrario, considera que el estadio juvenil refleja, no el pasado, sino el futuro de la especie. Y, en esta línea, así como para el biólogo Bolk: «desde un punto de vista corporal, el ser humano es un feto de primate que ha alcanzado la madurez sexual», podría decirse que: «desde un punto de vista ideológico, el fascismo es un feto premoderno que ha alcanzado la madurez política». (No hablamos por supuesto en serio).

{11} Miguel Ángel Simón, «Decadentismo y palingenesia en la derecha radical», en La extrema derecha en Europa desde 1945 a nuestros días, Tecnos, Madrid 2007.

{12} El fascismo, Alianza, Madrid 2006, pág. 13 (ed. original: 1980)

{13} Roger Griffin, Modernism and fascism: the sense of a beginning under Mussolini and Hitler, Palgrave MacMillan, Nueva York 2007.

{14} No nos resistimos a recordar esta cita de Juan José Sebreli, de su libro Las aventuras de la vanguardia: "La vanguardia sólo reconoce y reivindica lo fortuito, el desorden, la inestabilidad, el absurdo, la destrucción; lo clásico no ignora el azar, pero tampoco la necesidad; no niega lo irracional sino que lo contiene y lo supera; confía en hacer de lo fugaz algo imperecedero, del caos un cosmos, y a pesar del absurdo, encontrar un sentido del ser. La vanguardia no sólo quiere destruir lo clásico sino que, por su misma lógica interna, por su culto a la novedad que pronto debe ser desplazada por otra más nueva, está condenada a autodestruirse. Si algo perdura de la vanguardia no es por sí misma sino, irónicamente, a través de la tradición clásica que la recupera en su trayecto histórico, porque también el error forma parte de la verdad y al negarlo lo conserva en cierto modo; el carácter constructivo triunfa, de esa manera, sobre la pura destrucción."

{15} En lo que supone un esfuerzo hacia la búsqueda de otra subjetividad política, según la exégesis de Julián Sauquillo. Véase su artículo: «Friedrich Nietzsche», en Historia de la teoría política 5, F. Vallespín (ed.), Alianza, Madrid 1993.

{16} En: «La teoría política de la nueva derecha europea», Claves de razón práctica n° 143 (junio 2004).

{17} Communisme et nazisme. 25 réflexions sur le totalitarisme au XXe siècle, Labyrinthe, 1998.

{18} Véase: François Furet y Ernst Nolte, Fascismo y comunismo, Alianza, Madrid 1999, en concreto la carta de Furet titulada: «Un tema tabú».

{19} En este punto nos recuerda al Walzer que afirma que: «cualquier totalitarismo realmente existente es un totalitarismo fallido». Cita tomada de su contribución en Irving Howe (ed.), «1984» Revisited. *Totalitarianism in our Century*, Harper, Nueva York, 1983. También Gustavo Bueno estima que: «cuando criticamos a Estados históricos, que a veces incluso se autollaman totalitarios (singularmente el Estado hitleriano y el Estado staliniano), acaso estamos errando el golpe», Primer ensayo sobre las categorías de las «ciencias políticas», Cultural Rioja (Biblioteca Riojana 1), Logroño 1991, pág. 198.

{20} Consúltase al respecto el libro de Félix Ovejero Lucas: *Proceso abierto. El socialismo después del socialismo*, Tusquets, Barcelona 2005, fundamentalmente sus capítulos 2 y 3.

{21} Este enfoque no trata de reducir la acción humana (ni por supuesto la realidad) a la dimensión lingüística, cuanto en advertir cómo los usos del lenguaje desbordan su función descriptiva. La explicación de las relaciones entre intencionalidad, lenguaje y acción, tal y como la expone J. R. Searle sobrepasa el formato del presente artículo, aunque cabe recordar que su concepto de intencionalidad es incompatible con la existencia de una conciencia o espíritu de grupo, y que sus interés

sobre cómo se construye la realidad social guarda fidelidad a una visión realista del mundo, en absoluto ligada a la hipótesis escéptico-constructivista que considera la existencia de la realidad como resultante de un consenso social.

{22} Teóricamente orientado hacia el totalitarismo, según la obra de Gentile, está comúnmente admitido el cariz no totalitario de la experiencia italiana.

{23} *Les idées à l'endroit*. Libres-Hallier, 1979. No nos parece gratuita la referencia algo paradójica en Benoist a De Gaulle.

{24} Recogemos esta idea de Diego Sanromán, propuesta en su artículo: «Contra la muerte del espíritu: últimos avatares de una Nouvelle droite a la española», *Revista Nómadas* n° 13, 2006. En el mismo artículo se nos ofrece una amplia exposición sobre el alcance del movimiento en España –en torno a sus figuras, plataformas de apoyo, conferencias, &c.

{25} Completamente presente dado que junto al arte, son precisamente la religión (pagana) y la política (metapolítica) las dimensiones que encauzarían el regreso, si no del espíritu, sí del simbolismo espiritual.

© El Catoblepas. Revista crítica del presente, n° 73, 2008.



La Nueva Derecha y la cuestión del Fascismo

En trabajos recientes, el profesor de la Universidad de Oxford Roger Griffin ha llamado la atención sobre el surgimiento de un nuevo consenso entre los académicos de todo el mundo dedicados al estudio de la historia y el pensamiento de los movimientos fascistas. Un análisis de la bibliografía publicada a partir de la década de los años noventa en el ámbito de los estudios sobre el fascismo revelaría, a su vez, varias novedades de relevancia.

DIEGO LUIS SANROMÁN

En primer lugar, numerosas obras se centran fundamentalmente en aspectos que atañen a la cultura política de los fascismos, y se ocupan menos de otros factores —de orden económico, social o estrictamente político—, que ya habían sido considerados por estudiosos anteriores. En todas ellas, el fascismo aparece como un movimiento que daría una gran importancia a las dimensiones ideológicas; existiría, desde luego, una ideología fascista, y se trataría de una ideología dotada de una nada desdeñable coherencia interna. En segundo lugar, y muy ligada a esta nueva orientación teórica, se daría en la comunidad académica una clara tendencia a considerar seriamente los mitos, creencias y valores de los movimientos fascistas, y a asumir la existencia de una cultura fascista propiamente dicha. De hecho, los fascismos se veían a sí mismos como una forma de gran revolución cultural —o civilizatoria, si se quiere— que estaba llamada a superar la decadencia del presente y sentar las bases de un mundo futuro en el que las naciones recuperarían el esplendor que precedió a la crisis.

El fascismo habría de ser considerado, pues, como una ideología política de carácter genérico con la misma dignidad que el liberalismo, el conservadurismo o el socialismo, y, en cuanto tal, como susceptible de aparecer en especies y formas variadas dependiendo del clima socio-político y del momento histórico en que se dé. Griffin ofrece las claves de identificación de ese *genus* fascista: «*Fascism is a political ideology whose mythic core in its various*

permutations is a palingenetic form of populist ultra-nationalism». Elementos como el *Führersprinzip*, la defensa del Estado totalitario, la visión estetizante de la política, el encuadramiento de los militantes en organizaciones de tipo paramilitar, etc. presentes en otras tentativas de definición del mínimo fascista, no serían, en realidad, más que simples modulaciones contingentes de un mismo tipo ideológico.

Los términos palingénesis y palingenético formaban ya parte del vocabulario de algunos de los más conspicuos doctrinarios del fascismo (por ejemplo, Gentile), y son empleados por Griffin para referir las pretensiones de renacimiento presentes en el ideario de los fascismos; renacimiento que habría que entender, no tanto en el sentido de una restauración de lo ya sido (nota definitoria de la utopía conservadora), cuanto en el de un nuevo nacimiento (*new birth*) generalizado que mantendría ciertos principios eternos (la Roma eterna, las virtudes arias, etc.) en el marco de un nuevo tipo de sociedad. La segunda nota de la definición, populismo, aludiría al poder del pueblo cuando una parte notable de las masas son movilizadas por energías míticas (en el sentido de Sorel), ya sea de forma espontánea ya de forma coactiva. La contradicción entre esta profesión de fe populista y la concepción anti-igualitaria y jerárquica de la sociedad, también propia de los fascismos, no es más que aparente. Conforme a la mitología fascista, en el estado de decadencia actual, la mayoría está dormida, o bien contaminada por agentes extraños al verdadero espíritu del Pueblo, de ahí

que sea necesaria la acción resuelta de una vanguardia clarividente, capaz de llevar a cabo la titánica tarea de tomar el poder y regenerar a la comunidad. Esta elite natural no se basaría en la clase, el poder o la riqueza, sino en su nivel de compromiso con la reconstrucción nacional y en el valor demostrado en la consecución de sus propósitos; en último término, en el grado de compenetración con el *Volksgeist*. El fascismo sería, finalmente, una forma extrema de nacionalismo —un ultra-nacionalismo, en palabras de anti-liberal y anti-parlamentaria, que incluiría connotaciones de etnocentrismo xenófobo o abiertamente racista. *Fascismo* sería así un equivalente de *ultra-nacionalismo palingenético populista* y la conservación del término estaría determinada por ser el Fascismo (el movimiento de Mussolini) la primera forma organizada de esta nueva ideología que saltó a la arena política y logró hacerse con el poder del Estado.

El potencial heurístico de la fórmula de Griffin y de este nuevo consenso es innegable. Por un lado, permite a los historiadores tratar al Fascismo y al Nacional-socialismo no como formas patológicas de desarrollo de la modernidad en dos países concretos, sino como, dos productos, entre otros, de una crisis cultural generalizada en el continente europeo. En este sentido, el fascismo aparecería como una forma extrema de reacción y respuesta a las amenazas anómicas presentes en un proceso de 'modernización' que afectaría a toda la tierra. Pero además facilita a los politólogos sus tareas taxonómicas cuando han de vérselas con autores, grupos y partidos políticos actuales que no presentan apenas ninguno de los rasgos externos que definirían a los fascismos históricos. El gen fascista ha mutado y en ocasiones no es fácil identificarlo.

La derrota de las fuerzas del Eje en 1945 supuso el descrédito sin paliativos de la ideología fascista e implicó la desaparición del clima socio-político que había favorecido el surgimiento de movimientos de ultra-nacionalismo palingenético en todo el continente europeo. Un rasgo sobresaliente de los movimientos fascistas triunfantes, que cualquier nacional-revolucionario estaba dispuesto a imitar, era su capacidad para constituir una fuerza política novedosa que

combinaba cuatro elementos fundamentales: tanto el Fascismo como el Nazismo eran al mismo tiempo un partido electoral, una organización para-militar, un movimiento de masas y un, vigoroso discurso, cuya clave de bóveda se encontraba en el líder carismático, demiurgo de la regeneración nacional. El ambiente de posguerra no resultaba, sin embargo, nada benigno para una tal combinación: las organizaciones fascistas y nacional-socialistas fueron declaradas ilegales tanto en Italia como en Alemania, y las poblaciones quedaron agotadas por los desastres de la guerra.. El resultado fue la fragmentación, la clandestinidad y el terrorismo, y el surgimiento de una producción ideológica relativamente autónoma y no directamente vinculada con los grupúsculos y cuerpos paramilitares que se reclamaban herederos de los fascismos históricos. Los teóricos del fascismo —o al menos, su sector más flexible— se vieron obligados a adaptarse a las nuevas circunstancias, y tomaron una doble vía estratégica: la internacionalización y la metapolitización.

Empresas como la *Jeune Europe* de Jean Thiriart o la *Europe-Action* de Dominique Venner pueden ser interpretadas, respectivamente, como expresiones de esas dos vías de readaptación. Los caminos convergen, sin embargo, en las producciones teóricas de los autores del más original intento de renovación del ideario fascista desde 1945, el de la *Nouvelle droite* de Alain de Benoist y sus seguidores. Los miembros del GRECE adoptan, desde el principio, la teoría gramsciana del poder cultural en cuanto territorio en el que se desarrollan las luchas políticas fundamentales, al tiempo que tratan de superar el nacionalismo estrecho de sus orígenes en el sentido de un nacionalismo europeísta de nuevo cuño. Griffin resume este intento de revisión-superación en cinco puntos fundamentales:

1. La sociedad pluralista y multicultural, propia del modelo demos liberal hegemónico, habrá de dar paso a una alianza de comunidades etno-culturales homogéneas en el marco de un *Imperio federal europeo*.

2. Las formas occidentales de democracia basadas en los derechos humanos serán

remplazadas por democracias orgánicas en las que se respetarán las desigualdades naturales entre las personas.

3. El cosmopolitismo, la atomización, el desarraigo y la anomia, dominantes en la modernidad, serán superados por un modelo que celebre las culturas auténticas (xenofilia, culto a la diferencia).

4. La decadencia de Europa es resultado del influjo pernicioso, no sólo de las fuerzas corrosivas universalmente reconocidas por el fascismo clásico (cosmopolitismo, secularización, individualismo, materialismo, marxismo, etc.), sino también —y fundamentalmente— de la visión judeo-cristiana del mundo. La crítica de esta cosmovisión está estrechamente vinculada, en el discurso de la Nueva Derecha, al rechazo de las sociedades multiculturales (término políticamente correcto para designar la homologación étnica de todo el planeta) y de la globalización, concebida como una nueva forma de totalitarismo basada en el etnocentrismo occidental.

5. La Tercera Vía entre liberalismo y bolchevismo, que había servido para definir a los fascismos de entre-guerras, es sustituida por una Tercera Vía concebida en términos culturales, sociales y antropológicos, incluyendo una dimensión tercermundista ecologista, y descrita como superación de una dicotomía ideológica trasnochada (derecha / izquierda) y fusión de los elementos saludables de la crítica anti-sistema de ambas tradiciones.

Pero, a pesar de los muchos elementos novedosos que los trabajos de los teóricos del GRECE puedan incluir en su crítica a la sociedad contemporánea, Griffin es tajante en sus valoraciones: «En términos informáticos, la ND no ofrece un nuevo tipo de programa. Más bien ha de ser comparada con una serie de ediciones nuevas o modificadas de un viejo producto de *software* (¿*Wordperfect* versiones 4.1 a 6.3?), cuyo propósito y diseño básico se han mantenido reconociblemente sin cambios bajo todas las impresionantes mejoras del dispositivo y la vasta gama de nuevas funciones que han sido añadidas para ponerlo a la altura de los productos rivales». Y ello afectaría tanto a las formas más aparentemente alejadas del neo-

fascismo originario (el caso de Champetier y del último Benoist) como a las más explícitamente ligadas a los modos tradicionales del fascismo clásico (el *Arqueofuturismo* de Guillaume Faye o la producción ideológica de la asociación *Terre et Peuple*). Lo original de la Nueva Derecha no estaría, pues, en su contribución al surgimiento de un nuevo paradigma político, como quisiera el director de la revista *Telos* Paul Piccone, sino en proveer —siempre según Griffin— a la ideología fascista de un nuevo pasaporte intelectual, gracias al cual ha podido operar largo tiempo de incógnito como una forma puramente metapolítica de especulación cultural.

Incluir a los animadores del GRECE en la gran familia fascista no deja, sin embargo, de resultar problemático. No es, desde luego, tan dudoso en el caso de Guillaume Faye y de *Terre et Peuple*: sus filias, intenciones y antecedentes ideológicos son perfectamente identificables como fascistas, por más que pretendan travestir su orientación política real con nombres tan alambicados como *Arqueofuturismo* o *Nacional-populismo*?. No ocurre lo propio con los intelectuales del *Groupement*. De tomar en serio las declaraciones recientes de Alain de Benoist, Champetier o de otros notables de lo que hemos denominado *nouvelle Nouvelle Droite* como Marco Tarchi, no sería fácil encontrar vestigios de los viejos mitemas del ultranacionalismo revolucionario del periodo de entreguerras. Es más, cuando tales autores se ven obligados a juzgar las ideas y acciones de partidos y movimientos en los que podría reconocerse a legítimos herederos de aquellos fascismos, sus apreciaciones son siempre negativas. Basta con pensar en la continua campaña, ya citada en varias ocasiones, en contra de la política anti-inmigracionista del FN que Alain de Benoist lleva a cabo desde las páginas de sus publicaciones. La táctica de convergencia con elementos de la crítica izquierdista a la modernidad parece asimismo ser honesta, a poco que uno hojee las páginas del *Manifiesto* analizado o las de la obra de Champetier comentada. Uno estaría incluso tentado de emplazar a sus autores —caso de que la tan manida dicotomía siguiera teniendo algún valor explicativo-- del lado de la izquierda

radical, y no entre los cultivadores de la derecha extrema.

Radical-democrática, antirracista e incluso anticapitalista, la nueva Nueva derecha parece haber dejado muy atrás en su evolución un pasado inquietante y haberse convertido verdaderamente en un movimiento transversal que atraviesa —quebrándolas— las antiguas divisiones político-ideológicas de la modernidad. Sin embargo, si se estudian con algo más de detalle los textos producidos por los más destacados intelectuales del GRECE en los últimos años, se descubre hasta qué punto una consideración semejante de la ND deja pasar por alto lo fundamental de su crítica a la modernidad y de su proyecto alternativo de sociedad futura. En primer lugar, y como ya se ha advertido en varias ocasiones a lo largo de este trabajo, los fascismos históricos se percibían a sí mismos como movimientos revolucionarios que se encontraban más allá de las dos fuerzas políticas mayores en conflicto, Liberalismo y Bolchevismo". El fascismo originario surge de una amalgama de elementos procedentes del sindicalismo revolucionario (influjo de Sorel), de cierta joven disidencia del movimiento nacionalista y de algunos sectores de las vanguardias artísticas (el Futurismo de Marinetti, en el caso italiano), y muchos de sus líderes históricos proceden de la izquierda radical (piénsese, por ejemplo, en Doriot, en el británico Oswald Mosley, en el portugués Homem Cristo Filho, o en el mismísimo Mussolini); no es extraño, pues, encontrar, en su discurso ideológico caracteres que podrían denominarse de izquierda. Por otro lado, la alternativa de la ND al metarrelato de la modernidad declinante, basada «en el recurso a ciertos-valores premodernos desde una perspectiva resueltamente pos-moderna», parece responder punto por punto a las notas definitorias del mínimo fascista propuesto por Griffin. Se diría que los más inteligentes de entre los defensores del ultra-nacionalismo palingenético populista han sido capaces de seguir transformando su discurso al ritmo de las exigencias de los nuevos tiempos.

La idea de la modernidad (y de sus dos ideologías dominantes: liberalismo y socialismo) como derivación de la cosmovisión judeo-cristiana y en cuanto interregno que está

llamado a ser superado en un futuro no muy lejano por una nueva concepción plural del universo y el proyecto de una Europa impero-federal, culturalmente marcada por el retorno a los valores ancestrales de los antiguos pobladores del continente, que acogería en su seno a las diversas variedades étnicas del hombre europeo y se integraría en un orden internacional estructurado conforme a grandes espacios autónomos y etno-culturalmente homogéneos, continúa formando el corazón del proyecto metapolítico neoderechista. El objetivo último de la revolución cultural del siglo que comienza es la regeneración de Europa. Las intenciones de Alain de Benoist y Guillaume Faye, de Pierre Vial y Charles Champetier coinciden en lo esencial; sólo sus estilos y estrategias difieren. Faye, Vial y Blot han optado por la vía política, abiertamente revolucionaria, y reconocen sin rebozo ser portadores del gen fascista de Griffin; Alain de Benoist y Champetier, por su parte, han elegido el camino del *Waldgänger jüngeriano*, convertirse en la conciencia crítica de una modernidad desfalleciente y en los heraldos de ese millar de auroras del que habla el manifiesto, desde una perspectiva puramente metapolítica, sin intervención directa en la realidad práctica. La *nouvelle Nouvelle droite* y los nacional-revolucionarios del FN, del MNR y de *Synergies* constituyen, según Griffin, dos especies de un mismo género: el *ultra-nacionalismo palingenético populista*.

En nuestra opinión, la propuesta de Griffin es cierta sólo parcialmente, pues no toma en cuenta seriamente la diversificación y fragmentación del movimiento neoderechista a las que nos hemos referido en esta sección. Tras la crisis, la Nueva derecha —y en este caso, si nos referimos a la *Nouvelle droite* de Alain de Benoist— ocupa una cierta posición de irresolución teórico-política que Griffin, demasiado absorbido por sus preocupaciones taxonómicas, descuida. La ambigüedad consciente del discurso, deudora al mismo tiempo de la recomendación de Dominique Venner de avanzar con el rostro oculto cuando ello fuese necesario, y de una cierta actitud crítica hacia las estrategias y modos de intervención política que, en la generación anterior a la del GRECE, se habían revelado

inoperantes; la evolución oscilante de sus miembros a través de esa zona en la que se desdibujan las fronteras entre la derecha (liberal o conservadora) y eso que ha dado en llamarse la extrema-derecha —a la que a su modo ya se había referido Giorgio Locchi—, verificada por la aproximación de algunos grecistas al RPR o a la UDF y por la apropiación por los políticos conservadores de elementos de la doctrina *neodrotière* a mediados de los años setenta, precisamente cuando éstos se encuentran en el poder; el incesante afán por encontrar instancias de legitimación lo más a la izquierda posible, que, según los casos y los períodos de referencia, se modulará como un «ni de izquierdas ni de derechas» de clara filiación neofascista (Faye o Vial, por ejemplo) o adquirirá la forma de un «más allá de la izquierda y la derecha» en un intento de reconstrucción de las divisiones políticas sobre la base de nuevas elecciones de raíz metapolítica (los casos del último Alain de Benoist y de las jóvenes generaciones del GRECE o de Marco Tarchi y el entorno de *Diorama Letterario*); así como la propia pluralidad de sensibilidades ideológicas dentro del movimiento, pluralidad latente pero activa incluso en los momentos en los que el discurso neoderechista se presentaba como más acabado y coherente, constituyen el marco de condiciones de posibilidad de su fragmentación a partir de mediados de los años ochenta y de las actuales derivas teórico-políticas de quienes están o estuvieron vinculados al proyecto de la Nueva derecha.

Esta ruptura de la unidad, siempre tensa, del movimiento neoderechista ha abierto una serie de posibilidades que no en todos los casos están clausuradas y definidas. Parece clara la posición de Le Gaou, Blot y compañía, cuyo nacional-liberalismo, cocinado en el caldero ideológico del *Club de l'Horloge* desde la segunda mitad de los años setenta, está en perfecta consonancia con las líneas políticas básicas de la derecha nacional francesa; o la apuesta de Faye, Vial, Valla, Mabire y otros por formas renovadas del viejo credo fascista. Pero en el caso de Alain de Benoist y sus seguidores la situación es algo más complicada, pues, en cierto modo, parecen haber quedado atrapados en la malla ideológica de la transversalidad:

aproximación a elementos de izquierda, al tiempo que se oscila hacia un cierto neoconservadurismo (Heidegger, comunitarismo, etc.). Y en estas condiciones de indefinición relativa las salidas posibles son múltiples:

A) Un intelectualismo estéril (la confusión de ideas determina la pérdida de clientela). En esto consisten básicamente los reproches y críticas que el GRECE recibe de sus antiguos camaradas;

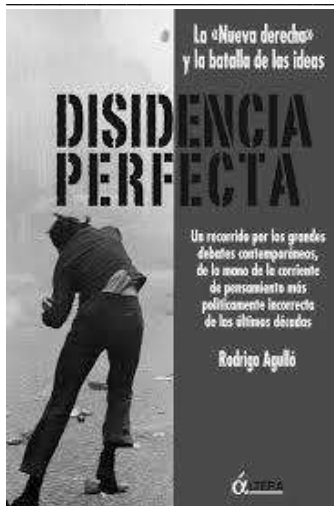
B) un dominio final de la solución neoconservadora, apreciable, por ejemplo, en la adopción de la temática comunitarista y en muchos pasajes del *Manifiesto de la Nueva derecha*, esa suerte de programa mínimo del último GRECE;

C) la adopción explícita de posiciones de izquierda (democracia de base, tercermundismo, etc.) y abandono paralelo de los últimos restos de ideología (extremo) derechista. Ésta parece ser la tendencia más vigorosa en el caso particular de Alain de Benoist, en cuya obra reciente podría reconocerse un intento de aproximación a la izquierda posmoderna (a-marxista, ecologista, anti-progresista, defensora de las identidades amenazadas, etc.). Paul Piccone, el director de la publicación neoizquierdista *Telos*, afirmaba en una entrevista de finales de 1999: «Frente a otras escuelas de pensamiento, que generalmente han experimentado un proceso de involución interna, la Nueva derecha francesa —en particular, Alain de Benoist— ha tenido el valor de confrontarse con y de aprender de todas las fuentes que ha tenido a su alcance. Para *Telos* fue una agradable sorpresa descubrir que muchas de las ideas originales de la Nueva izquierda, rechazadas más tarde en favor de puntos de vista liberales más de moda, habían sido recogidas y desarrolladas por gente procedente de ambientes completamente distintos en Francia [...]. La Nueva derecha francesa, a pesar de su nombre, ha trascendido con éxito la división Izquierda / Derecha, que, por más que se rechace en teoría y no resulte ya defendible en la práctica, sigue vigente casi en todas partes. Su interés por el comunitarismo, el federalismo, la democracia directa, la identidad, la crítica del liberalismo, el pensamiento de Carl

Schmitt, etc., se corresponden con nuestros propios intereses en la década de los noventa». En opinión de Piccone, Alain de Benoist podría pasar incluso por el último representante de la *New Left*. Por otro lado, en el ágora virtual del GRECE es posible encontrarse con declaraciones del siguiente cariz: «[El GRECE] ha abandonado definitivamente a su antiguo público [...] y está destinado a convertirse —a mi parecer— en una de las corrientes de pensamiento punteras en el nuevo anticapitalismo europeo e internacional. El triunfo planetario de la FORMA-CAPITAL impone un nuevo frente unido que hará saltar por los aires y de una vez por todas las viejas fidelidades»;

D) un *back to basics* neofascista que permita una nueva convergencia con el movimiento nacional francés. Es ésta una vía difícilmente practicable, considerando lo dicho más arriba; pero hay que tener en cuenta que también hay cierto sector de la militancia del GRECE que echa en falta un mayor proximidad con las organizaciones identitarias activas en el territorio nacional y observa con cierta envidia el éxito provincial e internacional de viejos compañeros como Pierre Vial y su *Terre et Peuple*.

© Extraído de *La Nueva derecha. Cuarenta años de agitación metapolítica*, Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), 2008.



La Nueva Derecha. ¿«Software» neofascista?

Entre los análisis que en el ámbito académico clasifican a la Nueva derecha como una modalidad del fascismo destaca el del profesor Roger Griffin. Éste es probablemente el intento más elaborado para zanjar la cuestión en el sentido más “conservador” y conforme a la visión de las cosas del *status quo* dominante. De este intento beben gran parte de los que tratan de acercarse al tema desde una perspectiva universitaria.

RODRIGO AGULLÓ

Para Griffin, la Nueva derecha es, sin duda alguna, fascista: “la novedad de la ND reside no en proveer a las Ciencias Humanas de un nuevo paradigma para la comprensión de la modernidad, sino en proporcionar al fascismo un nuevo pasaporte intelectual con el cual ha sido capaz de operar, en buena medida de incógnito, como una forma de especulación cultural puramente metapolítica”. No obstante, Griffin conoce lo suficientemente bien su objeto de estudio como para arriesgarse a hacer ciertas afirmaciones sin cubrirse adecuadamente las espaldas. Así, se cuida mucho en señalar:

«La insinuación de que la visión del mundo de De Benoist en la década de 1990 es muy parecida en su contenido ideológico y en su intención a la de los movimientos y regímenes fascistas de entreguerras y, empleando un criterio de culpabilidad por asociación, está por tanto vinculada a las atrocidades cometidas por el Tercer Reich, sería académicamente insostenible, intelectualmente perverso y probablemente un auténtico libelo. Lo único que se sugiere aquí es que la ND pertenece a la misma corriente ideológica (construida en forma de tipo ideal) de la cual el nazismo es miembro, aunque éste sea más un primo lejano que un hermano de sangre. Como ilustra la profunda distancia que separa la Italia de Mussolini de la Alemania de Hitler hasta 1936, todas las manifestaciones concretas del fascismo son únicas, y los intentos de implementar sus

variadas políticas y visiones del mundo conducirían a realidades políticas y sociales muy diferentes».

Para desmarcarse de cualquier “policía del pensamiento” y dejar bien clara su ambición puramente científica, Griffin señala que “el espíritu que guía este análisis de la ND es el escepticismo y pluralismo metodológico, y no una caza de fascistas al estilo de McCarthy ni un esencialismo equivocado. Es más, no se sugiere aquí que la aplicación de marcos conceptuales alternativos que separen a la ND de la órbita de los estudios fascistas estén de ningún modo equivocados: realmente pueden producir importantes aportaciones acerca de la ND, situándola en un contexto totalmente distinto. Lo que definiendo, no obstante, es que dentro del marco conceptual ofrecido aquí resultan más comprensibles algunos datos empíricos acerca de las filiaciones fascistas y de extrema derecha de la ND”.

El término clave en este párrafo es “aplicación de marcos conceptuales alternativos”. En efecto, de lo que se trata, en la metodología de Griffin, es de elegir un “marco conceptual de fascismo” lo suficientemente amplio como para encajar dentro de él a la Nueva derecha. Y el marco conceptual o “mínimo fascista” propuesto por Griffin es el “ultranacionalismo populista palingenésico”. ¿Qué quiere decir?

El término “palingenesia” –del griego *palin* (de nuevo) y *genesis* (nacer)- evoca la idea de que cada ser vivo cumple un ciclo de nacimiento, existencia, muerte y resurrección. Una idea que los griegos simbolizaban con el Ave Fénix y que, aplicada al ámbito político (en un sentido fascista), implica la adhesión al mito del renacimiento de la nación tras un período de agudo declive y decadencia. El mínimo fascista de Griffin es pues un *ultranacionalismo revolucionario y populista*, cuyo mito movilizador (en sentido soreliano) es la visión del renacimiento de la nación en un orden post-liberal que ponga fin a la decadencia. Un marco conceptual que, siempre según Griffin, tiene una desventaja: “se aplica a formas antiliberales del mito del renacimiento que son muy diferentes del fascismo o el nazismo en su diagnóstico específico de la historia contemporánea, y que no tienen nada que ver con las formaciones paramilitares, los mítines de masas, el odio racial, la violencia callejera y el culto a los líderes”.

Pero el “mínimo palingenésico” de Griffin sí que le proporciona una “doble ventaja” al aplicarlo al análisis de la Nueva derecha: le permite cubrirse las espaldas frente a previsibles objeciones o protestas de los autores *néodroitiers*, al tiempo que se les endosa –con el marchamo y parafernalia universitaria- el apestado estigma de *fascistas*. En efecto (señala inocentemente Griffin), la “clasificación de la ND como fascista es un juicio taxonómico, no moral”. Y añade: “dado que el fascismo es una palabra altamente emotiva, empapada de connotaciones nazis, usarla en relación con formas de pensamiento que son genuinamente antinazis puede generar confusión y provocar una justa indignación. Debería por lo tanto resaltar aquí que el término “fascismo” NO designa en este capítulo ningún vínculo directo con el fascismo y el nazismo, que fueron dos manifestaciones distintas de una raíz ideológica que puede asumir muchas formas diferentes”. Y en este sentido, Griffin benévolamente acepta “de buena fe las protestas de los pensadores de la ND, en especial las del propio Alain de Benoist, que

sostienen que el pensamiento de la ND no sólo no es fascista, sino que además es antifascista, afirmación por la que yo interpreto que ellos emplean, sea consciente o subliminalmente, un tipo ideal de fascismo diferente del aplicado aquí; un tipo ideal que excluye el discurso puramente metapolítico centrado en la *ethnie*, con un espíritu xenófilo y un contexto europeo.

Griffin constata en su análisis que la (su) idea de “nacionalismo populista palingenésico” se impone como “nuevo consenso” en el ámbito académico de los estudios sobre el fascismo. Hallazgo científico éste que permite abrir fuego graneado sobre la Nueva derecha. En una primera fase, Griffin centra su artillería sobre el primer período de la misma y sobre el itinerario de algunos de sus miembros fundadores, los efectivamente afines a la extrema derecha. “Una vez se le aplica la prueba contundente basada en el nuevo consenso sobre el fascismo, la *Nouvelle Droite*, el lepenismo, el autoritarismo de Vichy y el fascismo histórico se demuestran extremadamente permeables, y la metapolítica de la ND se revela como una densa red de mistificaciones de una agenda esencialmente fascista, empeñada en reemplazar la democracia liberal por una forma de sociedad basada en una forma de racismo”.

Pero Griffin no limita su diagnóstico a la Nueva derecha “clásica” de primera hora, sino que lo extiende a todo el período de los años noventa y posteriores. Y en eso difiere radicalmente del juicio del politólogo Pierre-André Taguieff, quien en su estudio de 1994 sobre la ND sitúa en el año 1988 (año de fundación de la revista *Krxis* por Alain de Benoist) el “punto de inflexión” que marca el abandono por el líder *néodroitier* de su “compromiso metapolítico”. Y aquí el facistólogo Griffin se desata. Al preguntarse cómo hay que considerar a los intelectuales *néodroitiers* “de la segunda época”, señala: “yo sugeriría que, si no han abandonado de forma explícita sus esperanzas palingenésicas en el nuevo orden y siguen produciendo críticas radicales contra Occidente, puede que pertenezcan a la estirpe intelectual de los

“tibetanos interiores”. En este caso, todavía habitan en la caverna ideológica del “espacio de extrema derecha”, en un estado de hibernación espiritual, listos para emerger tan pronto como el invierno cultural de la modernidad capitalista se metamorfosee finalmente en una nueva primavera y el odiado interregno liberal democrático llegue a su fin”.

Y fiel a su método, Griffin efectúa todo un rastreo de guiños “palingenésicos” en la producción de la Nueva derecha francesa y europea. Así, cuando De Benoist habla en 1994 de “luchar por la revitalización de la vida colectiva, comprometida con la generosidad, la decisión y la solidaridad”, Griffin ve aquí una referencia palingenésica codificada (j). Cuando en su obra *L'Empire Intérieur* De Benoist apelaba a “retornar a la claridad del mito”, incurría de nuevo en lesa palingenesia. Cuando en 1996 De Benoist afirmaba (en relación a una oleada de huelgas que sacudían Francia) que “un nuevo pueblo demanda ser construido”, el pensador francés se ponía nuevamente palingenésico. Como resulta también evidente –para Griffin– que el mismo título de la revista *Krisis* “debe tomarse con todas sus connotaciones palingenésicas originales”.

Ni que decir tiene que toda la empresa cultural *néodroitière* de recuperación de los autores de la “Revolución Conservadora” alemana está también destinada a “alimentar las fantasías y nostalgias palingenésicas”. Y las referencias de *Diorama Letterario* (revista neoderechista italiana) a autores como Carl Schmitt, Tolkien o Ezra Pound son igualmente una muestra de “pesimismo palingenésico”. Este punto es especialmente importante. Este punto es especialmente importante para Griffin: demostrar que la Revolución Conservadora alemana (un referente intelectual mayor para la Nueva derecha) era fascista. Y es que, si esto no es así, todo el empeño del profesor británico naufraga. Es por ello que, a la luz del “nuevo consenso palingenésico” forjado por Griffin, las críticas a la modernidad de Heidegger, de Carl Schmitt, de Gottfried Benn, de Spengler, de Sombart y de Jünger deben considerarse como fascistas, y “el reciclaje del

pensamiento de la Revolución Conservadora llevado a cabo por la Nueva derecha puede interpretarse como un intento deliberado de mantener viva una agenda fascista de palingenesia cultural y eventualmente política”.

En conclusión, para Griffin “siendo aplicable a la ND el nuevo consenso en torno al “mínimo fascista” que se define en términos de versión ultranacionalista del mito arquetípico del renacimiento, su identidad central se revela como una permutación revisionista y exclusivamente ideológica del neofascismo”. Y si se acepta este análisis, “los científicos sociales deberían tratar a la Nueva derecha como una forma de fascismo deliberadamente modernizada y un miembro de pleno derecho de la familia ideológica de la extrema derecha, conectada con las manifestaciones más convencionales del fascismo a través de una delgada pero densa telaraña de afiliaciones e influencias tanto nacionales como internacionales”.

Extensión del dominio del fascismo

Las aproximaciones que, inspirándose en Griffin y en su rastreo de elementos “palingenésicos”, engloban a la Nueva derecha en la categoría del neofascismo son lógicamente irreprochables si aceptamos el marco conceptual propuesto por el politólogo británico. El problema es que, como el propio Griffin reconoce, el fascismo sigue siendo el gran rompecabezas taxonómico para los estudiosos del siglo XX, y a pesar de todos los intentos y energías consagradas continúa resistiéndose a dejarse encerrar en una comprensión tipológica o conceptual unitaria. Un rompecabezas ante el que los aditamentos científicos de la universidad se ven impotentes, porque no se enfrentan a realidades científicas o filosóficas, sino ideológicas, y por su propia naturaleza la ideología nunca es plenamente coherente. Este es un viejo debate: el de los límites de las ciencias sociales como “ciencia”. ¿Cómo es posible sistematizar, encuadrar y tabular unas realidades que dependen, en último término, de la subjetividad, las pasiones y la imprevisibilidad de las conductas humanas? ¿Es posible ponerle puertas al campo?

Pensamos que cualquier aproximación “científica” honesta al fascismo exige, en primer lugar, el reconocimiento de su carácter de mera aproximación. Y como tal, condicionada —consciente o subliminalmente— por todo un juego complejo de subjetividades, prejuicios y apriorismos ideológicos. Dicho de otra forma: mejor no insistir demasiado, en ciertos casos, sobre el rigor de la “ciencia”.

Dicho sea todo esto para relativizar las ínfulas académicas del análisis de Griffin, que como su propio autor honestamente admite es compatible con otros análisis muy diferentes que no por diferentes tienen por qué resultar equivocados. Y dicho sea también para señalar que, si bien Griffin tiene toda la razón en considerar “fascista” a la Nueva derecha en base a los elementos palingenésicos dispersos en su ideario, también tienen razón los ideólogos *néodroitiers* y otros estudiosos ajenos a su mundo (como Pierre-André Taguieff) en rechazar la acusación de fascismo al utilizar un marco conceptual muy diferente. Y aquí las ciencias políticas no tienen nada que decir, ni disponen de ninguna herramienta científica (aparte de sus propios apriorismos y prejuicios) para justificar la alegación de que la Nueva derecha “maquilla” su carácter fascista.

En realidad, el enfoque de Griffin, aplicado a la Nueva derecha, es de trazo grueso: manejar un concepto “atrápalo-todo” (*catch all concept*) que permite fácilmente situar a la Nueva derecha donde se desea: en la caverna fascista. El problema de la definición de “fascismo genérico” propuesta por Griffin (“*ideología política cuyo núcleo mítico entre sus distintas permutaciones radica en que es una forma palingenésica de ultranacionalismo populista*”) es tan amplia que permitiría englobar tanto a Hitler como a Fidel Castro, a Perón como a Chávez, a Oswald Mosley como Pol Pot. Es decir, se trata de una fórmula que en su misma amplitud neutraliza su capacidad para discernir y para discriminar, lo que pone en entredicho su valor heurístico y su carácter propiamente “científico”. Y es que el “mínimo palingenésico” se le puede hacer decir lo que uno quiera. Cualquiera de las

promesas de “regeneración moral” o de “renovación social” tan habituales en los programas electorales de cualquier partido podría ser acusada de palingenésica. Y cualquier crítica o diagnóstico negativo sobre el porvenir de la sociedad occidental puede ser tildado de “pesimismo cultural palingenésico”. Lo que finalmente conduciría a situar en el campo de la palingenesia a todo aquello que no sea aquiescencia bobalicona ante lo que se presenta como el mejor de los mundos posibles.

Pero el “consenso” forjado por Griffin goza (parece ser) de aceptación mayoritaria entre los estudiosos. Pensamos que ello es así porque *camina en la dirección del viento*. Lo que ocurre es que, en la época del pensamiento único, *todo aquello que molesta es fascista*. Ello es fácilmente visible en el lenguaje político cotidiano, donde todos, unos y otros, se acusan constantemente de fascistas. Es por eso que una definición de fascismo tan amplia como la de Griffin tiene asegurada una favorable acogida entre los funcionarios del pensamiento: con ella se puede demonizar a todos los descontentos y marginales del sistema, empezando por los aguafiestas de los nuevos partidos “populistas”. Se da así la paradoja de que en una época en la que el fascismo ya no representa ningún peligro real, la amenaza fascista se hace omnipresente, y sus intrépidos denunciadores se agolpan para ocupar su lugar en el panteón superpoblado de resistentes antifascistas. El término “fascismo” ha extendido su dominio semántico, inundando áreas que hasta ahora habían estado libres de toda sospecha.

No es difícil rebatir el juicio de Griffin sobre la aplicabilidad a la Nueva derecha del marco conceptual “ultranacionalismo populista palingenésico”. En primer lugar, difícilmente puede definirse a la Nueva derecha como nacionalista, habida cuenta de su federalismo declarado y su rechazo de los patriotismos chauvinistas (incluida la idea de una “nación-Europa”). Pero es que además Alain de Benoist ha elaborado toda una crítica filosófica del nacionalismo, que el autor *néodroitier* identifica con una “metafísica de la subjetividad” que en último término se

remite al individualismo liberal. Y por otra parte cabe recordar que, si de nacionalismos (más o menos palingenésicos) se trata, éstos se manifiestan hoy en Europa especialmente en forma de micronacionalismos independentistas situados más bien a la izquierda. Pero todo esto les da igual a los cazadores de fascistas.

La referencia al “populismo” es también problemática por su amplitud, dado que éste se ha convertido hoy en un saco conceptual utilizado para demonizar a todos aquellos partidos (de derecha y de izquierda) que irrumpen en el terreno acotado por los partidos del *Establishment* para interferir en su reparto de cuotas de poder. Y sobre la “palingenesia”, cabría pedir a aquél que no albergue alguna secreta esperanza de una revitalización de la vida colectiva, de una regeneración moral o simplemente de un país mejor o de un mundo mejor (es decir, a todo aquél que no sea un poco palingenésico), que tire la primera piedra.

Extremadamente discutible resulta también la adscripción en bloque que realiza Griffin de la Revolución Conservadora alemana al fascismo. Que un movimiento tan plural, complejo y tan cargado de matices sea asignado sin más a “una variante del fascismo alemán” revela una actitud simplificadora y un amor a los blancos y negros que contrasta con la sensibilidad intelectual que se le supone a un profesor universitario. Y todo ello en base al “denominador común” de un “núcleo mítico compartido” entre el nazismo y una constelación cultural que engloba a autores extremadamente diferentes entre sí, desde Spengler y Jünger hasta Stefan George o incluso el joven Thomas Mann. Y todo ello porque esos autores vehiculan un pesimismo cultural (*Kulturpessimismus*) de fuerte impronta en la cultura alemana, en el que Griffin detecta el virus palingenésico. Pero está claro que el nazismo no llegó de Marte. Se inserta en una historia, un país y un contexto determinados, y por supuesto que compartía muchos elementos con la cultura de su entorno. Pero establecer en base a ello un sutil entramado de asociaciones directas o indirectas con las atrocidades del Tercer Reich llevaría en último extremo a una

culpabilización general de toda la cultura alemana (y por extensión de la europea). Algo de lo que por otra parte ya se encargan abundantemente todos los profesores de moral y demás guardianes del orden establecido.

Imaginemos un “marco conceptual mínimo” (e igualmente pedante) para caracterizar el “izquierdismo genérico”. Podría ser muy bien el “*progresismo catárquico emancipador*”. *Progresista*, en cuanto imbuido de fe en la marcha ascendente del género humano, conducido por un proyecto racional. *Catárquico*, (de catarsis = purificación) en cuanto es necesario “purgar” el mundo de atavismos y elementos conservadores y/o retrógrados. Y *emancipador*, en cuanto propone a la humanidad un ideal de “liberación”. Pues bien, en ese mínimo común se incluye prácticamente toda la izquierda, desde los beatíficos socialdemócratas escandinavos hasta los guardianes del Gulag estalinista. No cabe duda de que unos y otros pertenecen a una misma corriente ideológica y comparten el mismo “núcleo mítico”. Pero no por eso sugerimos ninguna vinculación directa o indirecta entre, pongamos por caso, Ségolène Roy, José Luis Rodríguez Zapatero y los Khmers Rojos, porque eso sería académicamente insostenible, intelectualmente perverso y probablemente un auténtico libelo. ¿Verdad?

¿Una nueva (extrema) derecha?

La higienización obsesiva del pensamiento, tan característica de nuestra época, comporta una serie de consecuencias nefastas: el escamoteo de los auténticos debates, la sustitución de la realidad por la propaganda-espectáculo, el establecimiento de un nuevo código de censuras. Una sociedad en la que las ideas deben pasar por filtros morales que aseguren la pureza de sus intenciones es una sociedad donde las cazas de brujas y la satanización del disidente están a la orden del día. Un escenario de uniformización mental, una forma sutil de neo-totalitarismo.

El caso de la Nueva derecha en Francia es un ejemplo típico sobre los métodos de

esta “Nueva inquisición”. Las campañas de difamación y marginalización de las que fue objeto durante más de dos décadas corrieron paralelas a la consolidación, en la universidad y en otras instituciones académicas, de un enfoque historiográfico estandarizado que la presenta como un laboratorio de ideas (más o menos sibilino) para una extrema derecha a la que se supone en trance de resurrección en toda Europa. Algo que se corresponde con el celo vigilante de un “antifascismo” muy presente en medios académicos, frecuentemente dominado por una extrema izquierda que encuentra en los delirios conspiracionistas una de sus razones para existir.

La identificación de la *Nouvelle droite* con la extrema derecha se sostiene en dos ideas principales: sus orígenes históricos en el entorno de la derecha radical francesa de posguerra y la supuesta explotación de algunos de sus argumentos por los partidos nacionalistas y xenófobos de la Europa actual.

Que el movimiento metapolítico «Nueva derecha» vio la luz en el entorno de la derecha radical francesa de los años sesenta es algo que no constituye ningún misterio y que sus principales impulsores siempre han admitido. Empezando por Alain de Benoist, que siempre ha recordado su militancia juvenil en diversos medios de la derecha nacionalista francesa, y que (más allá de las ideas y sus contenidos) lo ha hecho con palabras de elogio para el «militantismo» como escuela de compromiso, de generosidad y de entrega de sí. Incubada por la larga crisis de la extrema derecha intelectual y política que arranca del fin de la Segunda Guerra Mundial, la Nueva derecha y su pieza central, el GRECE, nacen del desencanto de un grupo de jóvenes militantes frente a un activismo al que ya en fecha temprana perciben como estéril, y de la insatisfacción ante las recetas gastadas de la «vieja derecha». El nuevo movimiento «metapolítico» marca un intento, surgido en el seno de ese ambiente ideológico, de repensarse críticamente desde la base y de superarse a sí mismo:

Pero al efectuar un análisis crítico sobre la Nueva derecha, la cuestión radica en decidir si el elemento de los orígenes debe considerarse: 1) como un dato más, relevante pero no único, a tener en cuenta dentro de un dossier más complejo, o 2) como la clave de interpretación de todo el fenómeno. En el primer caso, la impronta ideológica originaria se sitúa en el contexto amplio de una evolución marcada por la revisión sistemática de los presupuestos de partida y por la apertura hacia otras tradiciones y corrientes intelectuales. En el segundo caso se impone una perspectiva teleológica que explica el presente en función del pasado, y que lee en los orígenes aquello que necesariamente debía ocurrir. En el primer caso la crítica se centra en el análisis textual, es decir, en el análisis de lo que los protagonistas dicen, defienden y proclaman. En el segundo caso se centra en los espacios supra-textuales o con-textuales, en los que el hermeneuta cualificado «descifra» un designio que se estima oculto o tácticamente velado [...]

En el caso específico de De Benoist, para Taguieff la hipótesis de trabajo puede ser mucho más simple: «cabe considerar la hipótesis de que, como hombre de pensamiento, Alain de Benoist se limita a seguir su camino y a conversar con los intelectuales que él estima»:

En cuanto a los mencionados «espacios supra-textuales» sobre los que se justifica la estigmatización de la Nueva derecha como «fascista», éstos se centran fundamentalmente en la trayectoria de los miembros y simpatizantes del GRECE que, a partir de los años ochenta, abandonaron la organización para integrarse bien en el Frente Nacional, bien en otras organizaciones de corte identitario o de extrema derecha. Según este enfoque, las vicisitudes de estos ex-grecistas continuaría siendo historia de la Nueva derecha, por cuanto se aprecia un continuum ideo-lógico entre su militancia inicial y la presunta (re)formulación de viejos temas *néodroitiens* en el entorno de la derecha radical. Algo que vendría a poner de relieve la existencia de una especie de «vulgata neoderechista» como territorio ideológico común a la extrema derecha.

Pero aquí nos encontramos, de nuevo, con un problema de elecciones metodológicas: éstas pueden hacerse *ad hoc* dependiendo del resultado que se espera obtener. Si la conclusión deseada apunta hacia la extrema derecha, se amplía el campo de estudio en la dirección adecuada. Éste es un enfoque que no nos parece sostenible, porque ni se corresponde con el discurso que la Nueva derecha ha mantenido durante décadas ni con los hechos que jalonan su trayectoria.

Y es que esa trayectoria se articuló desde un principio en torno a una organización concreta: el GRECE, y al conjunto de publicaciones e iniciativas directamente vinculadas a la misma. Y es un hecho que la aproximación de varios de sus antiguos animadores al Frente Nacional y a otras iniciativas fue precedida, en la mayoría de los casos, de una ruptura traumática con esta organización. Ruptura que les llevó a colocarse no sólo en una posición distanciada, sino de marcado antagonismo con su principal teórico, Alain de Benoist.

En el plano estricto de las ideas, es preciso tener en cuenta que éstas, una vez lanzadas, normalmente escapan al control de sus emisores. Asimilar a la Nueva derecha a todos los partidos, grupos, asociaciones o iniciativas que, en un momento u otro, han retomado o se han reapropiado de algunos de los temas que han sido desarrollados por esta corriente a lo largo de más de cuarenta años supone una atribución abusiva de responsabilidades y, además, un agravio comparativo con la indulgencia que normalmente se muestra hacia los usos nefastos de otras ideas generalmente situadas a la izquierda.

Un ejemplo muy claro: el etnopluralismo que se deriva de la lógica comunitaria o identitaria que está en la base de la doctrina del GRECE. Un ámbito en el que, como señala Pierre-André Taguieff, la Nueva derecha retoma el hilo de una tradición político-filosófica de fuerte raigambre en Alemania (que se remonta a Leibniz y se asienta con Herder) que pone el énfasis en la «necesidad de pertenencia» de los seres

humanos. Una necesidad que no se satisface por la mera pertenencia a la especie humana (que no pasa de ser una identidad de tipo zoológico o moral), sino que necesita insertarse en marcos comunitarios, de «culturas» relativamente centradas en sí mismas, que le dan un sentido a la existencia. Pero ésta es una concepción «culturalista» que inevitablemente presenta una «zona común» entre nacionalistas, etnicistas, antropólogos defensores del relativismo cultural, comunitaristas y, por supuesto, racistas. Que el rechazo del «universalismo» y la defensa del «derecho a la diferencia» puedan ser explotados por auténticos racistas o por demagogos nacionalistas no es algo descartable. Pero entonces habría que concluir que las ideas son condenables por la explotación de la que potencialmente puedan ser objeto, o por las consecuencias peligrosas que puedan desencadenar. Nos encontraríamos así, en palabras de Taguieff, ante una «lógica de autodestrucción de la democracia a través de la voluntad de instituir una ortodoxia oficial, o una cultura normativa, defendida por una barrera de sanciones»:

Algo a tener muy en cuenta antes de calificar a la Nueva derecha como «laboratorio de ideas» para extremismos indeseables. Añade Taguieff que «conviene insistir sobre un proceso frecuentemente observado en la historia de las ideas: las representaciones y los argumentos forjados por el GRECE en los años setenta se le han escapado progresivamente, siendo retomados, retraducidos y explotados por movimientos políticos que rechazan lo esencial de su «visión del mundo». Es preciso por tanto evitar atribuir al GRECE los avatares ideológicos y políticos de ciertos componentes de su discurso, y más particularmente de su discurso de los años setenta».

Y es que, de generalizarse, estas prácticas culpabilizadoras no dejarían inmune a ninguna de las familias ideológicas de la modernidad. Y se procribiría prácticamente cualquier debate: son muy escasas las ideas aparecidas durante los últimos dos siglos que no han dado lugar a algún tipo de

manipulación o de práctica indeseable, o que no han sido retomadas para usos ajenos a la voluntad de sus emisores. Por no hablar de las montañas de cadáveres en las que acabaron tantas utopías humanistas de «progreso» y de «liberación». La proscripción del debate. Ése es el meollo de la cuestión. Señalaba el profesor Roger Griffin que «los intelectuales liberales e izquierdistas deberían tal vez estar agradecidos a la Nueva derecha, que al menos les proporciona la rara oportunidad de batirse en duelos intelectualmente saludables con un movimiento político que se toma las ideas en serio». Pero no hay nada de eso: las ideas no cuentan. Lo que cuenta es la etiqueta que se cuelga de las mismas. A través de la

estigmatización de cualquier pensamiento disidente el *Establishment* académico le rinde un gran servicio al pensamiento único. Y el tan invocado pluralismo se reduce así a un simulacro donde los «rebeldes» están asalariados, los «transgresores» trabajan en el *show business* y el «debate» es un *talk show* mediatizado en el que en el fondo todos están de acuerdo.

Y hablando claro, si lo que de verdad cuenta en la vida es el provecho material de cada uno: ¿a quién le interesan, al fin y al cabo, las ideas?'

© Extraído de *Disidencia Perfecta. La Nueva Derecha y la batalla de las ideas*, Áltera, 2011.



Plus Ça Change! El pedigrí fascista de la Nueva Derecha

Desde el momento mismo de su fundación en enero de 1968 ha existido una considerable incertidumbre acerca de la localización de la Nueva Derecha (ND) dentro del espacio político. Los eruditos están aún divididos en torno a la cuestión de si en su momento de apogeo de las décadas de 1970 y 1980 fue legítimamente alineada con la remesa de estudiantes del extremismo de derecha en general y del fascismo en particular.

ROGER GRIFFIN

1. El problema taxonómico planteado por la Nueva Derecha

Usando las aportaciones extraídas de los más recientes desarrollos en la Comprensión académica del fascismo como ideología, genérica, este ensayo sostiene que, en la cúspide de su fama, la ND conservaba realmente gran parte de las bases míticas y de los planteamientos causales del fascismo, pese a las extensas alteraciones y redecoraciones estructurales que llevó a cabo en el edificio ideológico visible. Este ensayo tiene en cuenta también la relevancia, de cara a una evaluación de la ND contemporánea, ahora que ha adoptado aparentemente un perfil bajo como participante activo incluso en el debate «metapolítico», de una postura particular asumida conscientemente por algunos neo-fascistas respecto a las tácticas a emplear en el clima de opinión posterior a la guerra, poco hospitalario para el fascismo. Se sugerirá aquí que algunos representantes de la ND pueden haber asumido esta postura para canalizar la continuidad de su fidelidad hacia la visión del mundo y la red de afiliaciones de la extrema derecha, habiendo empleado esta estratagema tan exitosamente que sus credenciales democráticas son en ocasiones avaladas incluso por los más astutos observadores de la evolución de la ND.

El recién llegado a la bibliografía académica sobre la ND pronto se encuentra ante valoraciones divergentes sobre la importancia de aquélla. Por ejemplo, *Neo-Fascismi in Europe* (1991) (titulado en su

segunda edición *The Far Right in Western and Eastern Europe*) incluye un capítulo de Douglas Johnson acerca de la «Nueva Derecha Francesa», en el cual no se aporta, un veredicto claro sobre la identidad política profunda de ésta. Termina con una ambigua nota, donde comenta que la ND se había convertido en los primeros años de la década de 1990 en un «centro de confusión» —si bien no se aclara si la confusión está en las mentes de los ideólogos de la ND o en las de sus críticos— y concluye sugiriendo que su rechazo a las alegaciones de «antisemitismo, negacionista y petainismo» significan que se hallaba «perdida en un marasmo de autojustificación que debilita cualquier mensaje que pretenda lanzar en el futuro». Por otro lado, cuarenta «intelectuales franceses y europeos» se alarmaron lo suficiente a raíz de la asociación de la ND con antiguos teóricos comunistas en las páginas de sus revistas como para publicar «Una apelación a la vigilancia» en *Le Monde* el 13 de julio de 1993, alegando que la ND planteaba una seria amenaza a la democracia. Este juicio fue defendido del mismo modo por Roger-Pol Droit, quien advirtió del peligro de la «alianza entre unos pocos militantes comunistas y neofascistas», o lo que él llamaba «nacionalbolchevismo», refiriéndose específicamente al intento de Benoist de «cubrirse las espaldas» difuminando la diferencia entre izquierda y la derecha. Un año después, la Apelación fue

reeditada como anuncio con 1.500 firmas adicionales.

Por lo que respecta a los propios portavoces de la ND, son, como apunta Douglas Johnson, inflexibles en su repudio: de las insinuaciones acerca de su asociación con la extrema derecha o el fascismo. Puede considerarse típica la indignada reacción de Alain de Benoist contra la inclusión de un texto de su antología de ensayos *Les Idées à l'Endroit* (1979) en mi libro de texto *Fascism*. En su carta de protesta pretende que la ND está motivada por la necesidad de repensar los valores contemporáneos con un espíritu profundamente antifascista, antinacionalista, antitotalitario y antirracista. Si esto fuera verdad, la ND representaría una innovadora fuente de crítica cultural, para la cual no habría habido lugar en una colección de ensayos sobre la derecha radical. Ciertamente, el analista político Paul Piccone está dispuesto a respaldar tal pretensión, condenando las alegaciones relativas al extremismo de la ND por considerarlas un perverso estiramiento del concepto, y afirmando que «lo que hace a la Nueva Derecha francesa especialmente interesante es que no propone meramente una extraña vuelta de tuerca en las posiciones, sino el fin de la contraposición tradicional de la izquierda y la derecha, a favor de un nuevo paradigma político».

No obstante, el discurso de la ND como «nuevo paradigma político» no convence a Marco Revelli, uno de los mayores expertos italianos contemporáneos en movimientos políticos. Él sostiene que la emergencia de la Nueva Derecha europea se explica parcialmente por el oportunismo de los intelectuales de derecha, que vieron la oportunidad de llenar el espacio ideológico creado por el colapso de la izquierda radical, hasta entonces principal fuente de crítica coherente a la modernidad (capitalista). Según su veredicto, la ND ha sido incapaz de romper con su autoatribuido papel de forma de especulación «metapolítica». En otras palabras, ha probado su incapacidad para «inventar formas de articulación en el nivel de la política práctica, ni nacional' ni internacionalmente, ni siquiera, cuando todo

ha sido ya dicho y hecho, ha logrado producir una cultura realmente original (los Panteones intelectuales que veneran están todos situados entre el principio del siglo y los primeros años de la década de 1930)». De este modo, «esta cultura de derecha está condenada a proporcionarse un "ornamento" de modernidad, [..] privada de toda capacidad para actuar como una auténtica oposición a ella».

2. Un tipo ideal de fascismo

Aparte de su uso coloquial como término del cual se abusa para denominar a cualquier cosa que huele a autoritarismo, el «fascismo» es un concepto notablemente problemático cuando se intenta aplicar a fenómenos políticos fuera de Italia. Para resolver la cuestión de la relación de la ND con el fascismo (y en caso de que ésta sea demostrable, el tema de su relación con el igualmente problemático término «extrema derecha» podrá ser saludablemente dado de lado), es necesario contar con un tipo ideal del fascismo. Hasta hace poco, la aguda falta de consenso que prevalecía, fuera del campo marxista, sobre cuál era la definición más útil de este término desde el punto de vista heurístico, hubiera convertido los pronunciamientos de cualquiera de los comentaristas del tema en altamente controvertidos. Sin embargo, los últimos años parecen haber visto la emergencia de un incipiente consenso entre cierto número de expertos que trabajan en el campo de los estudios fascistas. A pesar de las inevitables idiosincrasias, todos ellos convergen en la premisa de que el enfoque más fructífero para el estudio genérico del fascismo es aquel que lo trata como una forma de ultranacionalismo revolucionario, cuyo mito movilizador (en sentido soreliano) es la visión del renacimiento de la nación en un nuevo orden post-liberal que ponga fin al periodo de agudo declive y decadencia.

Mi variante particular de esta definición del consenso hace hincapié en el empuje populista de la cruzada de regeneración del fascismo, que pretende integrar idealmente a todos los miembros «genuinos» de la comunidad nacional dentro del proceso de

renacimiento, con el fin de crear un «nuevo hombre» (incluso cuando el movimiento está orquestado por una pequeña elite pionera), y usa el término «palingenesia» para referirse a la imagen recurrente del rejuvenecimiento de la nación resurgiendo del viejo orden como el Ave Fénix. El esquivo «mínimo fascista» puede reducirse, así pues, a la fórmula «ultranacionalismo populista palingenésico». Los puntos sobresalientes de esta definición (que, debe destacarse, en tanto que «tipo ideal» construido, no contiene ningún esencialismo) son los siguientes: i) el fascismo se convierte en una categoría mucho más amplia que aquellas que engloban principalmente las experiencias históricas del Fascismo, el Nazismo y los demás movimientos de entreguerras comúnmente asociados con él; ii) el fascismo se identifica de acuerdo con criterios exclusivamente ideológicos, y no en términos de estilo, prácticas, políticas o instituciones de movimientos o regímenes concretos; iii) el término constitutivo «ultranacionalismo» abraza una extensa gama de nacionalismos antiliberales, desde aquellos focalizados en el Estado-Nación históricamente evolucionado, hasta aquellos preocupados por la preservación de una «etnia» particular, así como del amplio espectro de formas en las cuales ha sido concebida la «nación-etnia», admitiendo las «construcciones» encarnadas en términos «meramente» históricos y culturales, así como en términos biológicos y eugenésicos; iv) no excluye formas de fascismo con dimensión supranacional o internacional: el internacionalismo fascista surge naturalmente del hecho de que muchos ideólogos fascistas ven el renacimiento de su particular nación-etnia como el triunfo local sobre las fuerzas de la decadencia que prevalecen internacional o incluso globalmente, una visión que permite las alianzas con movimientos paralelos en otros países.

Una gran ventaja del nuevo consenso sobre los enfoques que consideran los rasgos externos del Fascismo o del Fascismo-Nazismo como base de su paradigma, es que el citado consenso permite a los estudiosos rastrear el modo en que el mito central del

fascismo se perpetúa en el seno de ciertos movimientos políticos y culturales, pese a los radicales y en ocasiones realmente innovadores cambios que introducen en sus racionalizaciones ideológicas superficiales y en sus formas de expresión hacia el exterior. Su mayor desventaja es que se aplica a formas antiliberales del mito del renacimiento que son muy diferentes del Fascismo o el Nazismo en su diagnóstico específico de la historia contemporánea, y que no tienen nada que ver con las formaciones paramilitares, los mítines de masas, el odio racial, la violencia callejera y el culto a los líderes. Dado que «fascismo» es una palabra altamente emotiva, empapada de connotaciones nazis, usarla en relación con formas de pensamiento que son genuinamente antinazis puede generar confusión y provocar una justa indignación. Debería por lo tanto resaltar aquí que el término «fascismo» en este capítulo No designa ningún vínculo directo con el Fascismo y el Nazismo, que fueron dos manifestaciones distintas de una raíz ideológica que puede asumir muchas formas diferentes.

3. La ND y la revisión de la ideología fascista

Hacia mediados de la década de 1950 comenzaba a reconocerse en algunos círculos neofascistas europeos que la derrota de las potencias de la ideología fascista convencional de forma radical y no poco a poco, si es que quería sobrevivir como alternativa creíble a la democracia liberal. El enorme coste humano y material de la Segunda Guerra Mundial y las atrocidades premeditadas cometidas por el Tercer Reich en una escala sin precedentes, dieron pie a que el militarismo, el patriotismo exacerbado, el racismo y las promesas de «nuevo orden» fascista adquirieran espantosas connotaciones para la opinión pública. Además, la rápida estabilización y el crecimiento de la prosperidad de las democracias occidentales desplazó rápidamente el extendido sentimiento de crisis del liberalismo y de la civilización misma gracias al cual el ultranacionalismo, con sus permutaciones fascistas, había prosperado, entre las dos guerras mundiales. Un aspecto aún más

básico surgió en algunas mentes, a raíz de la derrota, de la Italia Fascista y la Alemania Nazi como poderes militares. Su destino catastrófico podía ser visto como una puesta en cuestión de la primacía de la política como. tal, es decir, de la premisa básica de que los «partidos armados» como el PNF de Mussolini y la NSDAP de Hitler podían instigar una nueva cultura nacional a través de la toma semilegal del poder político y la creación de un nuevo Estado: Como resultado, algunos revisionistas fascistas buscaron vías para reorientar sus estrategias de cara al renacimiento nacional, más allá de las formas políticas abiertamente carismáticas, chovinistas, paramilitares, masificadoras y centradas en el culto al líder. Esto significaba que era necesario desarrollar un discurso fascista que, aun reteniendo el mito palingenésico original, estuviese claramente dissociado del Nazismo o el Fascismo y las manifestaciones de imperialismo, xenofobia e intolerancia orquestadas por el Estado, que aquellos regímenes habían desencadenado en Europa de forma tan devastadora hasta 1945.

En Francia que, en el terreno del publicismo, más que en el de los movimientos, tiene una de las tradiciones de producción cultural de extrema derecha más ricas de Europa, la crisis del fascismo adquirió especiales contornos en los primeros años de la década de 1960. El descrédito del fascismo colaboracionista en la estela de la «liberación» de Francia por los Aliados, la derrota del país en la guerra de Argelia (1954-1962), la evidente impotencia del maurrasianismo tradicional y de la derecha nacionalista de Vichy para modificar el statu quo, y la creciente sofisticación ideológica e influencia de la, izquierda eurocomunista, indujo a algunos intelectuales fascistas a asumir la tarea de una reformulación en profundidad. Uno de los más conocidos resultados de este proceso fue *Qu'est-ce que le fascisme?* (1961, de Maurice Bardèche, que celebra la tentativa fascista de crear un nuevo tipo de sociedad saludable, llevada a cabo en varias naciones europeas antes de la guerra, e identifica como objetivo central, en el período posterior a la guerra, la creación de

una nueva Europa liberada de la perniciosa influencia de EE.UU. y el Imperio Soviético de entreguerras. Otro signo de los tiempos fue el periódico *Europe-Action* (1962-1967), que se convirtió en el vehículo principal para los intentos de Dominique Venner de reorientar el fascismo alejándolo de sus expresiones abortivas de entreguerras., Su artículo *Pour une critique positive* (1962), en algunos aspectos un equivalente fascista del *¿Qué hacer?* de Lenin, constituyó una influyente apelación a que el ultranacionalismo francés se enraizase en un mareo europeísta y se dotase de una nueva base ideológica.

Pierre-André Taguieff ha documentado escrupulosamente cómo la ND vio la luz originalmente como un intento de responder a demandas del tipo de las realizadas por Venner, favorables a una revisión radical de la ideología fascista. Entre 1968 y 1987 la revisión del fascismo realizada por la ND se basó en dos premisas. La primera era la adopción de la teoría de la primacía de la hegemonía cultural sobre la política, originalmente formulada por el pensador italiano Antonio Gramsci, muy apropiada para explicar a los simpatizantes marxistas el establecimiento del Fascismo en Italia pese a la falta de circunstancias materiales objetivas para ganar el poder. Como resultado de la puesta en funcionamiento del «gramscismo de derecha», el asalto fascista a la democracia liberal dejó de concebirse en términos de golpe paramilitar o de forja de un movimiento populista suficientemente poderoso en el terreno electoral como para convertirse en un caballo de Troya, con el cual penetrar en la ciudadela del poder estatal; en adelante empezó a pensarse como un intento de conquistar los «laboratorios del pensamiento». La segunda premisa, corolario de la primera, fue la traslación de los lugares comunes recurrentes del fascismo de entreguerras, pen-sados dentro de un «nuevo» discurso, que se concebía deliberadamente como «metapolítico» (es decir, un pensamiento que desdeñaba el foro de la política de partidos y la agitación paramilitar). En febrero de 1969 GRECE (*Groupement de Recherche et d'Etudes pour la*

Civilisation Européenne), el principal *think-tank* que respaldaba esta estrategia, hizo circular al parecer un Boletín Interno Confidencial que contenía un párrafo que podía entenderse como una advertencia eufemística destinada a quienes escribían en su principal órgano, *Nouvelle Ecole*, con el fin de que evitaran las referencias explícitas a las ideas fascistas: «es necesario ser muy prudentes con las conclusiones utilizadas en *Nouvelle Ecole*. Es igualmente necesario ser prudentes con el vocabulario empleado. En particular, es preciso abandonar un vocabulario desfasado».

Para simplificar drásticamente la compleja transformación ideológica que ocurrió durante las dos décadas siguientes, la ND revisó los objetivos del fascismo «clásico» (de entreguerras) en cinco áreas principales:

1. La sociedad pluralista y multicultural de la democracia liberal debía dar paso no a una comunidad nacional culturalmente coordinada, carismática: y, en el caso del Nazismo, racialmente pura, coincidente en sus límites con el Estado-Nación, sino a una alianza de las comunidades étnica y culturalmente homogéneas (*ethnies*) dentro del marco de un «imperio» europeo federalista.

2. Las formas «occidentales» de democracia basadas (al menos en teoría) en los Derechos Humanos universales, la igualdad y el individualismo debían ser reemplazadas no por un Estado autoritario con un partido único, controlado por un líder carismático, sino por la democracia de una «comunidad orgánica» y el respeto a la desigualdad natural.

3. El cosmopolitismo, la atomización, el desarraigo y la anomia de la época moderna debían ser superados no a través de una cruzada xenófoba para revitalizar las fuentes de la auténtica cultura nacional y retornar a la edad de la grandeza nacional, que se suponía existía, antes del proceso de declive nacional en curso, sino a través de la celebración de todas las culturas auténticas, con un ánimo pretendidamente xenófilo y «diferencialista», esto es, no basado en el culto a la superioridad sino en el culto a la diferencial.

4. La obsesión específicamente nazi con la decadencia de la raza aria provocada por los judíos, ya sea a través del humanismo judeocristianismo o del bolchevismo cultural, daba paso a la idea de que la extremadamente variada cultura indoeuropea estaba cualquier cosa menos perdida. La decadencia de la auténtica «europeidad» sería presentada como el resultado de la perniciosa influencia, no sólo de las fuerzas decadentes universalmente reconocidas por el fascismo «clásico» (cosmopolitismo, secularización, individualismo, materialismo, marxismo), sino también por la cultura judeocristiana. Esta supuesta fuente de declive europeo, que demuestra la fuerte influencia del pensamiento nietzscheano sobre la ND, había sido atacada sólo por las formas más abiertamente paganas del fascismo «clásico», si bien el impacto corruptor del espíritu judío en la sociedad occidental ha sido, por supuesto, una parte integrante del credo de todas las formas fascistas de antisemitismo.

La decadencia sería asimismo atribuible a dos fuerzas igualmente prominentes en el período de posguerra: en primer lugar, el multiculturalismo y la multietnicidad, percibidas como perjudiciales para las identidades culturales y étnicas originalmente homogéneas; y en segundo lugar, la globalización económica y cultural, concebida como una nueva forma de totalitarismo basada en el etnocentrismo occidental. De este modo, la democracia liberal y el capitalismo, que en el período de entreguerras fueron considerados decadentes debido a la crisis abierta que estaban atravesando, podrían presentarse como decadentes precisamente por su éxito aparente, es decir, por la estabilidad y la hegemonía que han alcanzado.

5. La Tercera Vía entre el liberalismo y el bolchevismo, que en el período de entreguerras fue imaginada como un nuevo orden político, económico, militarista y ultranacionalista, sería reemplazada por una Tercera Vía concebida en términos fundamentalmente culturales, sociales y antropológicos; una Tercera Vía que abarcaría la dimensión ecológica y el Tercer Mundo, y fijaría una nueva atención en el fin

de la dicotomía izquierda/derecha a través de la fusión de los elementos «saludables» presentes en el criticismo antisistema de ambas. Esta estrategia se ha vuelto particularmente atractiva como forma de ampliar el apoyo para la ND a partir del colapso del Imperio Soviético y la crisis que, como resultado del mismo, ha afectado a la credibilidad de la izquierda radical en tanto que fuente de alternativas plausibles al statu quo.

Gracias a la singularmente prolífica actividad académica y publicística de sus más destacados ideólogos, en particular del propio Alain de Benoist, quien en 1993 sostenía haber escrito veinticinco libros y más de cinco mil artículos, a finales de la década de 1980 la ND podía dar fe de que había llevado a cabo el no despreciable logro de «maquillar» el discurso fascista clásico tan satisfactoriamente que, al menos superficialmente, resultaba irreconocible. Realmente, muchos intelectuales tanto del centro como de la izquierda parecen haber quedado profundamente despistados. Para el estrecho y chovinista ultranacionalismo, la primacía de la política, el (para)militarismo, el populismo de movilización de masas tan familiares para el fascismo de entreguerras, así como el racismo biológico en su manifestación más virulenta (el Nazismo), han sido sustituidos por el proyecto de creación de una Europa federalista construida a partir de las *ethnies* «orgánicamente» democráticas. La exposición de esta visión hacía hincapié en la prioridad de la cultura, con un intelectualismo y un elitismo muy alejado de la realidad de violencia callejera, política partidista oportunista y liturgia de masas características del Fascismo en el período de entreguerras, cuando éste operaba como una religión cívica empeñada en un combate mortal con el liberalismo y el comunismo, que luchaba con armas no sólo teóricas y verbales, sino a base de alambre de espino y explosivos.

No obstante, la mentalidad básica de los ideólogos de la ND en el período 1970-1990 continuó siendo palingenésica y ultranacionalista, y por lo tanto, al menos en términos de nuestro tipo ideal, fascista. El

significado subyacente de sus escritos era el empuje nivelador, «reduccionista», erosivo de las diferencias y «etnocida» de la modernidad, y la necesidad de cerrar el actual ciclo de decadencia histórica, con el fin de inaugurar una nueva era. Su extravagante despliegue de erudición (tan típico de los autodidactas, libres de los raíles del rigor académico profesional) no estaba equipado para incrementar la comprensión pasiva del mundo, sino para cambiarlo. Su fuerza motora era una cosmogonía compleja, altamente sincrética, estructurada entorno a la visión de la decadencia presente y la futura regeneración de una Europa concebida como hogar común de las distintas etnias.

Si las palabras precedentes no resultan suficientemente convincentes, y huelen a reacción exagerada e histérica frente a un «nuevo paradigma» desafiante y políticamente inocente, invito al lector a reflexionar acerca de las consecuencias prácticas del pensamiento de la ND una vez que el prefijo «meta» es extirpado de su metapolítica (no muchos ideólogos de la ND hubieran soñado con hacer tal cosa, y ensuciarse así las manos o la conciencia con la responsabilidad por acciones inspiradas en la «pura» especulación). Cualquier intento de llevar a la práctica la utopía de una federación europea de «*ethnies*» culturalmente homogéneas, basada en la democracia orgánica, enraizada en una cosmología «pre-judeocristiana» y liberada de los corrosivos efectos del multiculturalismo y la globalización, implicaría en la práctica una ingeniería social llevada a cabo por un (super)Estado autocrático, generador de políticas de homogeneización y exclusión cultural y étnica. Estas políticas, incluso siendo diferentes en su base lógica del genocidio cometido por los nazis y de la «limpieza étnica» llevada a cabo en la ex Yugoslavia se implantarían deliberadamente para revertirlos efectos de muchas décadas de pluralismo liberal, multiculturalismo, multietnicidad, secularización e individualismo. La voluntad de restituir la «diferencia», la «identidad» y el sentido pagano de lo sagrado, sobre la base de una pretendida xenofilia, inevitablemente transformaría el nacionalismo en

ultranacionalismo, e introduciría medidas de control social y adoctrinamiento ideológico difíciles de distinguir en sus efectos de aquellas que fueron adoptadas por vados Estados durante el siglo XX, sobre la base de una xenofobia organizada. Por enésima vez en la modernidad, el intento de implementar una utopía hubiera producido una anti-utopía. Es más, hubiera sido una utopía basada en los valores de la derecha radical, independientemente de cuántos elementos «de izquierda» hayan sido incorporados a ella.

4. La apropiación de la «Revolución Conservadora» por la ND como forma de revisionismo fascista

En la racionalización de su esquema palingenésico de la historia, los pensadores de la Nueva Derecha (ND) no sólo han evitado escrupulosamente relacionarse con la vulgar esfera de la política práctica, sino que han evitado también hacer uso de autores asociados demasiado directamente con los movimientos totalitarios de entreguerras. En lugar de eso, buscan legitimación para su *jihad* intelectual contra las asunciones hegemónicas de la modernidad a partir de dos fuentes principales. Una de ellas es la proporcionada por los arsenales de las Ciencias Humanas que son asaltadas con un espíritu de rampante eclecticismo, cualquiera que sea la disciplina o ideología concreta que representen (por ejemplo, biología, antropología, psicología, economía, filosofía; marxismo, situacionismo, decisionismo, tradicionalismo), con el fin de invocar la autoridad de los ideólogos y pensadores de cualquier procedencia (por ejemplo, Nietzsche, Koestler, Gramsci, Lorenz, Evola) susceptible de ser alineada en la vanguardia de la “guerra cultural” contra el igualitarismo y el reduccionismo. El ejemplo clásico de este eclecticismo es *Vu de Droite* de Alain de Benoist. Uno de estos arsenales es tan central para el pensamiento de la ND que puede considerarse una fuente de autoridad en toda regla, se trata de la llamada Revolución Conservadora (RC). Éste es el nombre colectivo usado por Armin Mohler en el libro del mismo título, para abarcar el formidable arraigo tanto de los artistas alemanes, como de los intelectuales alemanes que alimentaron

proyectos para la renovación cultural de Alemania con un ánimo de profundo antagonismo respecto a los principios liberal democráticos de la República de Weimar.

Dado que la RC fue un fenómeno puramente literario e intelectual, construido a partir de figuras altamente idiosincráticas que en la mayor parte de los casos rechazaban la asociación directa con movimientos políticos –y mucho más con la afiliación al NSDAP–, sólo considerarán a la RC un fenómeno putativo del fascismo aquellas definiciones del fascismo que son fundamentalmente ideológicas y se centran en los denominadores comunes del núcleo mítico compartido, subyacente en visiones del mundo muy diversas.

Es Armin Mohler, sin embargo, quien proporciona la evidencia más convincente para la clasificación de la RC como una permutación del “ultranacionalismo palingenésico”, y por lo tanto de lo que hemos definido de manera “ideal-típica” como fascismo. En una larga introducción a su “Manual” sobre la RC, que constituye una exhaustiva bibliografía comentada de los escritores alemanes centrados en este tema, dedica una sección completa a establecer los motivos centrales del pensamiento de la RC. Según su propio análisis, aquél gira en torno al final de un ciclo en un *Umschlag* (metamorfosis repentina) y un renacimiento que concluirá finalmente el “interregno” en el cual ha decaído la historia desde el final del Segundo Reich. En cuanto a la centralidad del ultranacionalismo, el propio Mohler caracteriza a los escritores de la RC como los “trostkistas de la revolución alemana”, que anhelaban poner fin a la República de Weimar no resucitando el II Reich de la época guillermina, sino avanzando hacia un nebulosamente concebido (pero no nazi) III Reich. Es más, las biografías de muchos destacados representantes de la RC, en particular Martin Heidegger, Gottfried Benn y Carl Schmitt, revelan que están preparados para servir el régimen nazi, aunque sólo sea temporalmente, mientras que de los trabajos de otros (Sombart, Jünger, Spengler) se apropiaron los nazis para sus propios propósitos, tan compatibles resultaban sus

críticas de varios aspectos del liberalismo con el ethos nazi.

Lo que sugiere este análisis es que el reciclaje constante del pensamiento de la RC llevado a cabo por la ND puede interpretarse como un intento deliberado de mantener viva una agenda fascista de palíngenesia cultural y eventualmente política, de un modo que supere convincentemente las manifestaciones nazis, profundamente desacreditadas, y se confine estrictamente en el ámbito de la “metapolítica”. De este modo, los acontecimientos actuales quedan relegados como epifenómenos de los procesos estructurales “reales” y de las fuerzas subyacentes que parecen conformar la historia contemporánea. Aquéllos son descritos con el ánimo teleológico de Hegel y Spengler, que habían mostrado su urgencia por discernir el gran designio de la historia antes de la era del escepticismo metodológico popperiano y de la deconstrucción derridiana de las “grandes narrativas”. En lo que se refiere al impulso necesario para alterar el curso de la historia a través del poder de las ideas, sin embargo, la ND está más próxima a Marx y Nietzsche. Su criticismo cultural compulsivo y su análisis metapolítico es llevado adelante con un ánimo “gramsciano”, con el fin de realizar una transmutación de los valores en la esfera cultural y así preparar el terreno para un eventual *Umschlag* político.

Esto señalará el fin del “interregno” constituido por la democracia y el capitalismo en sus formas contemporáneas, y regenerará las sociedades europeas revitalizando los elementos “saludables” indoeuropeos, aún preservados en su herencia cultural. Pese a que los contenidos específicos de esta visión y las tácticas para llevarla a la práctica son bastante diferentes, existe una afinidad estructural con la insistencia en que los infortunios de Alemania desde 1918 se debieron a las fuerzas de la “decadencia”, y en que su renacimiento social y político dependía de la reactivación de los saludables elementos “indoeuropeos” que habían permanecido en el *Volkskörper* (o cuerpo del pueblo).

El respeto casi hagiográfico de la ND por las figuras principales de la RC, unido a su focalización en la “hegemonía cultural”, puede verse como parte de una estrategia revisionista muy refinada para descontextualizar históricamente el fascismo, y de este modo expurgarlo de todas sus connotaciones indigestas, dejando intacta su verdadera misión histórica fundamental: reemplazar la decadencia de la democracia liberal por un “nuevo orden”, en el cual las identidades nacionales y étnicas se vean más intensificadas que diluidas, y las diferencias entre los pueblos sean más ensalzadas que limadas. La animosidad que los escritores de la RC sentían hacia la República de Weimar, que les convirtió en protagonistas culturales del movimiento “Los-von-Weimar” (Abandonemos Weimar), fue redirigida por la ND contemporánea contra la mundialización o “paradigma único” en su conjunto.

El “Tercer Imperio” puede haberse convertido en un proyecto más europeo que nacional. El anhelado renacimiento puede focalizarse ahora en las *ethnies* más que en las naciones. El cronograma para la consecución de la meta puede haberse ampliado indefinidamente, ahora que la crisis de Occidente sólo es perceptible para un élite “consciente”. A través de la prolífica producción publicista de sus portavoces, la ND se proponía ganar el control sobre las fuerzas de la producción cultural, y de este modo provocar un renacimiento europeo que haría añicos el monstruo totalitario y etnocida que la globalización representa para ella.

5. Corroborando la evidencia de las credenciales fascistas de la ND

Hay más evidencias de la afinidad estructural entre la ND y el fascismo en el modo en que muchos de sus temas centrales han sido-objeto de apropiación por la extrema derecha en Francia, Italia, Alemania, Gran Bretaña y Rusia. Sólo por dar un ejemplo, Christian Boucher, miembro del directorio nacional de la formación francesa *Résistance*, tercerposicionista (y claramente neofascista) y “nacionalista-revolucionaria”, afirmó en una entrevista con un miembro de la *Facción Revolucionaria Nacional* de Inglaterra

que sus principales influencias ideológicas eran Strasser, Jünger, Bombacci, Evola (un gran ideólogo de la república de Saló), Jean Thiriart (líder del grupo fascista *Jeune Europe* de la década de 1960) y Alain de Benoist. No debería olvidarse que Benoist ha «repudiado» públicamente al *Frente Nacional* de Jean Marie Le Pen y al movimiento «eurasiático» *Den*, de Alexander Dugin. También sostiene en su correspondencia conmigo que ha roto todos los contactos con su prosélito alemán Pierre Krebs, fundador del *Thule-Seminar*. No obstante, el hecho de que las ideas de la ND en general y los escritos de Benoist en particular continúen siendo citados por las tres organizaciones sugiere, como mínimo, una convergencia entre el ataque de la ND a los valores hegemónicos occidentales y ciertos esquemas demostrablemente fascistas, favorables a un nuevo orden postliberal. Estamos ahora en disposición de volver a los asuntos planteados al inicio de este capítulo, al respecto de la posición de la ND en el espacio político. Una vez se le aplica la prueba contundente basada en el nuevo consenso sobre el fascismo, la *Nouvelle Droite* de las décadas de 1970 y 1980 demuestra haber sido una forma altamente sofisticada y prolífica de revisionismo neofascista. Estaba empeñada en fijar la hegemonía cultural de un diagnóstico concreto sobre las realidades de finales del siglo xx, cuya estructura profunda era el núcleo palingenésico mítico ultranacionalista, común a todos los fascismos. Incluso si la racionalización superficial de este mito estaba fuertemente influida por ideas originalmente pro-puestas por los fascistas alemanes para analizar la crisis de la República de Weimar, la ND clásica contenía elementos muy innovadores, comparada con el fascismo de entreguerras y sus nostálgicas variantes miméticas de la era posterior, a la guerra: primero, su insistencia neogramsciana en la primacía de la cultura sobre la política, qué la separó de la esfera de acción política abierta; segundo, su focalización en la *ethnie* constituida culturalmente dentro de una Europa federalista, más que en el Estado-Nación como unidad básica de la comunidad homogénea que debe ser rejuvenecida; tercero, su celebración de la diferencia con

ánimo pretendidamente «xenófilo», Como base del rechazo a la mezcla racial y cultural; cuarto, su disposición a usar formas de pensamiento originadas tanto en la izquierda como en la derecha, con un desenfrenado eclecticismo; quinto, su intensa implicación en asuntos que durante el período clásico del fascismo eran configurados de forma diferente (por ejemplo, la modernización, la cultura, la democracia) o desempeñaron un papel menor, si es que desempeñaron alguno, en el imaginario de la extrema derecha (globalización, ecología, Derechos Humanos, Estados Unidos, multiculturalismo, Europa, el Tercer Mundo).

Pese a estos elementos de genuina renovación, y al hecho de que desde su misma formación a finales de la década de 1960 la ND se ha encontrado en un constante proceso de evolución y diversificación", no ha ofrecido ningún paradigma nuevo, como señala Piccone. Tampoco fue en principio un producto de la crisis de la izquierda como deduce Revelli, sino más bien el producto de la aguda crisis de credibilidad que el fascismo afrontaba como ideología extrasistémica viable en el período de posguerra, y del esfuerzo concertado para la transformación de la estrategia y el discurso del fascismo, con el fin de mantener vivo su proyecto palingenésico. En términos de la IT, la ND no ofreció ningún tipo de programa nuevo. Más bien hay que compararlo con las ediciones nuevas o modificadas de los productos de software desfasados (¿serían algo parecido a lo que supone el WordPerfect 6,3 respecto al 4.1?), cuyos diseños y propósitos básicos permanecían reconocibles e invariables, por debajo de todas las impresionantes mejoras del interface o la amplia colección de funciones nuevas que han sido añadidas para poner el producto al nivel de los productos rivales. En el punto más alto de su influencia, la ND fue por lo tanto un ejemplo clásico del adagio «*plus ça change, plus c'est la même chose*». No sólo retuvo en su cosmología el núcleo mítico de todas las ideologías fascistas de entreguerras, sino que llamaba a la recuperación de los valores primordiales precristianos como premisa de

la renovación cultural, e insistía en la relevancia de comprender la presencia de las ideas expuestas sesenta años atrás en un contexto completamente diferente. De forma bastante curiosa, este juicio tiene que ver con un comentario hecho por Giorgio Locchi en su obra *L'essenza del fascismo* (1981), que establecía su propia estrategia para mantener vivo el fascismo ideológico en el clima hostil del período de posguerra. Afirmaba que «la *Nouvelle Droite* es en realidad bastante antigua, la repetición de un "momento histórico" que ha sido totalmente superado». En resumen, mientras que la ND ha descartado exitosamente la «fraseología desfasada» del fascismo, no sólo ha retenido celosamente la estructura básica de sus sueños y actitudes, sino también algunos de sus análisis culturales originales.

Incluso la (con)fusión de izquierda y derecha; que impresionó tanto a Paul Piccone como para considerar que ese rasgo era el síntoma, de un nuevo paradigma, cuenta con precedentes históricos bien documentados en la trayectoria de la extrema derecha francesa. En el cambio de siglo, algunos intelectuales franceses de izquierdas se volvieron hacia la *Action Française*, convirtiéndose en parte de lo que Sternhell llama «derecha revolucionaria» (Sternhell ha sido naturalmente el teórico del fascismo favorito desde la publicación de su obra *Ni droite, ni gauche*). El resultado fue una nueva síntesis de la izquierda y la derecha en clave de extrema derecha, una forma de nacional socialismo que encontró su más clara expresión en el *Cercle Proudhon*, uno de cuyos miembros, Georges Valois, llegó a fundar *Le Faisceau* en 1925. La novedad de la ND reside no en proveer a las Ciencias Humanas un nuevo paradigma para la comprensión de la modernidad, sino en proporcionar al fascismo un nuevo pasaporte intelectual con el cual ha sido capaz de operar, en buena medida de incógnito, como una forma de especulación cultural puramente metapolítica. En ocasiones, sin embargo, las máscaras caen y los vínculos se vuelven transparentes. Un caso sobresaliente al respecto es el itinerario ideológico de Pierre Vial, profesor de historia en la Universidad de Lyon uno de los fundadores

de GRECE, y uno de los más prominentes abogados del «gramscismo de derechas» de la ND. En 1988 se unió al *Frente Nacional* y llegó a ser miembro de su comité central en 1990 y de su buró político en 1994. En 1995 creó *Terre et Peuple*, y en uno de sus boletines señaló la necesidad de prepararse «mental, psicológica y físicamente» para la «guerra étnica» que se estaba aproximando, una guerra que sería total. En marzo de 1996 escribió, en un artículo del periódico del FN *National Hebdo*, que aquellos que habían sido colaboracionistas durante la guerra simplemente habían estado rechazando «servir a los anglosajones o a los soviéticos». Más recientemente ha enfatizado una vez más que «es necesario, indispensable, establecer un vínculo permanente entre la guerra cultural y la lucha política. Para ello sería absurdo pretender que somos capaces de tomar el poder sin habernos asegurado el poder cultural». En otro artículo de *National Hebdo* publicado en abril de 1998, Vial bendecía la creación de *Cinecittà* por Mussolini, como evidencia de que «el Fascismo fue capaz de integrar los perceptivos análisis de Antonio Gramsci, quien atribuye a la lucha cultural un papel decisivo en la conquista y ejercicio del poder». En un caso como éste, las membranas que separan a la *Nouvelle Droite*, el lepenismo, el autoritarismo de Vichy y el fascismo histórico se demuestran extremadamente permeables, y la metapolítica de la ND se revela como una densa red de mistificaciones de una: agenda esencialmente fascista, empeñada en reemplazarla democracia liberal por una sociedad basada en una forma de racismo que podría denominarse «eugenesia cultural», aunque de la variedad «diferencialista».

6. La necesidad de precaución a la hora de juzgar a la ND

Independientemente de lo satisfactorio que pueda resultar tener un veredicto inequívoco acerca del pedigrí intelectual de la ND para aquellos que gustan de las respuestas simples, es preciso tener presentes una serie de reservas. Estos escrúpulos son precisos en interés del rigor académico y de la preocupación humanística por la verdad,

especialmente porque, como hemos visto, el celo antifascista de algunos intelectuales les ha conducido a exigir el destierro de la ND de la arena del debate público, con un espíritu que huele en sí mismo a profundo antiliberalismo, como si el gramscismo de derechas pudiera combatirse con maccarthysmo de izquierdas. Es más, resulta especialmente inteligente evitar los juicios reduccionistas y las argumentaciones simplistas en el contexto de la extrema derecha francesa, puesto que la sugerencia hecha en un estudio sobre ella (que no hacía concesiones al populismo o a la vulgarización) acerca de que los escritos de cierto ideólogo exhibían pautas de pensamiento fascistas condujeron en una ocasión a una exitosa querrela por libelo.

En primer lugar, deberían señalarse que la clasificación de la ND como fascista es un juicio taxonómico, no moral. La aplicación de otros tipos ideales de fascismo llevaría a extraer conclusiones diferentes, y el tipo ideal usado aquí, aunque es parte de un nuevo consenso, seguiría siendo rechazado por muchos expertos en estudios fascistas. Así pues, acepto de buena fe las protestas de los pensadores de la ND, en especial las del propio Alain de Benoist, que sostienen que el pensamiento de la ND no sólo no es fascista, sino que además es antifascista, afirmación por la que yo interpreto que ellos emplean, sean consciente o subliminalmente, un tipo ideal del fascismo diferente del aplicado aquí; un tipo ideal que excluye el discurso puramente metapolítico centrado en la *ethnie*, con un espíritu xenófilo y un contexto europeo.

En segundo lugar, incluso si el tipo ideal aplicado aquí y la conclusión a la que conduce al respecto de la ND son aceptados como útiles desde el punto de vista heurístico, esto no significa de ningún modo que exista algún vínculo directo entre la ND y el Nazismo u otras formas de fascismo virulentamente destructivo, sobre la base de fantasías eugenésicas y odios sistematizados. De hecho, la insinuación de que la visión del mundo de Benoist en la década de 1990 es muy parecida en su contenido ideológico y en su intención a la de los movimientos y

regímenes fascistas de entreguerras y, empleando un criterio de culpabilidad por asociación, está por lo tanto vinculada a las atrocidades cometidas por el Tercer Reich, sería académicamente insostenible, intelectualmente perverso y probable-mente un auténtico libelo. Lo único que se sugiere aquí es que la ND pertenece a la misma corriente ideológica (construida en forma de tipo ideal) de la cual el Nazismo es miembro, aunque éste sea más un primo lejano que un hermano de sangre. Como ilustra la profunda distancia que separa a la Italia de Mussolini de la Alemania de Hitler hasta 1936, todas las manifestaciones concretas del fascismo son únicas, y los intentos de implementar sus variadas políticas y visiones del mundo conducirían a realidades políticas y sociales muy diferentes.

Tercero, es extremadamente difícil realizar afirmaciones categóricas sobre la ideología de la ND, más allá de las generalizaciones sobre sus temas recurrentes, puesto que no sólo ha llevado a cabo un concienzudo proceso de evolución alejándose del eurofascismo filonazi que constituyó su punto de partida, sino que además, ha sido construida por decenas de intelectuales que tienen sus propios valores, especialidades e idiosincrasias, y son capaces de cambiar sus posiciones radicalmente en el tiempo, para abrazar nuevos puntos, de vista o centrarse en temas nuevos. Es más, cuando sus ideas echan raíces en círculos intelectuales extranjeros, éstas adquieren nuevas connotaciones y elaboraciones, debido al diferente contexto cultural al cual son aplicadas.

Para terminar, la producción cultural de algunos de los más importantes ideólogos de la ND en la década de 1990, incluyendo a Benoist y al intelectual italiano Marco Tarchi, sugerirían que ya no se ven a sí mismos como los samuráis del combate metapolítico. En lugar de eso, parecen haber sucumbido a una especie de criticismo radical del presente, no ofreciendo ninguna perspectiva de alternativa realista. De hecho Taguieff, la mayor autoridad en la Nueva Derecha francesa, afirma categóricamente que con la creación de su revista *Krízis* en 1988, Alain de Benoist

dejó completamente la arena política: «Alain de Benoist y su revista *Krisis* ya no pertenecen al espacio de la extrema derecha». Si este análisis es correcto, entonces algunos de los más sofisticados pensadores de la ND han adoptado ahora una postura de pesimismo cultural que deja fuera a la remesa de estudiosos de la política de extrema derecha, y mucho más a los del fascismo. En ese caso, aquéllos habrían dejado de ser parte de una «Nueva Derecha» como tal, y de facto aparecerían como críticos culturales «liberales» desafectos, al estilo de Noam Chomsky y Gore Vidal, que critican las deficiencias y contradicciones del liberalismo realmente existente sin sugerir una alternativa (más allá de aquella que consiste en prescribir que la democracia liberal sea genuinamente liberal, democrática y humanista).

No obstante, existe otra posibilidad que es interesante explorar brevemente, y que consiste en el hecho de que la nueva posición .de estos ideólogos, aparentemente apolítica, es en realidad afín a la del Ernst Jünger de posguerra. Jünger, una de las mayores estrellas en el firmamento de la ND, abandonó el Nazismo a mediados de la década de 1930, y a partir de entonces cultivó un criticismo cultural metapolítico. De este modo, aunque escribió una novela alegórica atacando al Tercer Reich, nunca renunció a la visión fascista del mundo expresada con tanta fuerza en *El Trabajador* (1932), ni denunció la celebración de sus trabajos por parte .de un pensador abiertamente fascista como Julius Evola.

7. La ambigüedad del «pesimismo cultural» y la posible persistencia de la actitud fascista de la ND

En este punto se hace importante distinguir entre dos formas de pesimismo cultural. El primero es un sentimiento de bancarrota moral y desmoronamiento estructural de la presente fase de la historia, hundida en un pantano del que no hay salida ni salvación. Tal convicción conduciría lógicamente al nihilismo, la resignación, la impotencia, el cinismo y la inercia, al menos en lo que se refiere a la política. De hecho, un *zoon politikon* que cayera en la tentación del

pesimismo cultural abandonaría lógicamente el fantasma del agitador y del comentarista, y se dedicaría en su lugar a las memorias, el solaz de la poesía o los placeres de una existencia estrictamente privada.

Sin embargo, entre los animales políticos es mucho más común lo que podría llamarse «pesimismo palingenésico», una convicción de que el caos y la decadencia actuales deberán dar paso antes o después a una transformación radical de la sociedad dentro de una nueva era, y que vale la pena creer internamente en un sistema de valores alternativo, incluso si dentro del actual estado de cosas puede parecer utópico, herético o directamente loco. Éste es el «pesimismo» de los nihilistas rusos, de Nietzsche, de los críticos culturales alemanes Lagarde, Langbehn y Moeller van den Bruck — estudiados por Fritz Stern en su obra *The Politics of Cultural Despair*—, así como del Jünger de posguerra. Significativamente, Mohler trata a Moeller como uno de los ideólogos claves de la Revolución Conservadora, siendo su desesperación sobre la República de Weimar el corolario de su fe en la última posibilidad de una «*Wiederanknüpfung nach vorswärts*»; una «reconexión hacia adelante» con los valores eternos que producirían una nueva Alemania, un «Tercer Reich». La clásica encarnación del pesimismo cultural de naturaleza palingenésica fue Spengler, quien, pese a ser famoso por su intuición de la inexorable decadencia de Occidente, en realidad dejó espacio en su esquema cíclico de la historia para una coda de «cesarismo» autoritario alemán, que abolirla la época del materialismo y revitalizaría la civilización. En el curso de la década de 1920 continuó desarrollando este tema en un diagnóstico plenamente desarrollado de las lacras de Weimar sin sucumbir jamás a las tentaciones del Nazismo.

Como ya hemos visto, uno de los convencimientos básicos para el diagnóstico de Mohler sobre la historia contemporánea tal como está expuesta en *The Conservative Revolution in Germany*, consiste en que la modernidad en su forma hegemónica predominante constituye un «interregno», un

período de disfunción, decadencia y amnesia colectiva respecto a los valores «genuinos», tan totales cuando son juzgados por las normas de una sociedad «orgánica» que no puede haber perspectivas de que un proceso de transformación saludable emerja desde el interior del sistema. Aquellos que intuitivamente «recuerdan» sus raíces y los valores espirituales más altos implícitos en este recuerdo, no tienen más remedio que convertirse en «nihilistas alemanes», lo cual significa, rechazar radicalmente el presente, con un espíritu de «creación destructiva», confiados en el conocimiento de que un renacimiento y un nuevo orden esperan al otro lado de la inevitable desintegración de una Civilización que adora los falsos ídolos de la igualdad, el individualismo y el materialismo.

Si bien la filosofía de la historia de Julius Evola es cíclica e idealista, más bien que esférica y nominalista, su diagnóstico del dilema de aquellos que pertenecen a la invisible comunidad de los iluminados en esta era de oscuridad es esencialmente la misma. Desde 1945 «el hombre» ha estado viviendo «entre las ruinas» del *kali yuga*. De acuerdo con la cosmogonía hindú, esta «edad oscura» constituye la última etapa de un proceso de decadencia que, un vez que haya llegado a su término, dará paso a una nueva edad de oro. La derrota del Fascismo y el Nazismo destruyó cualquier perspectiva inmediata de creación de un nuevo imperio basado en valores espirituales y dirigido por la nueva élite supranacional europea de «guerreros-sacerdotes» o *kshatriya*, que se unieron a las secciones internacionales de las SS hacia el final de la guerra. Aquellos que han resistido interiormente a la corrupción espiritual del sistema del mundo contemporáneo no tienen más opción que «cabalgar al tigre» en un estado de *apoliteia*, una cultivada reserva de la política convencional y de la versión mediática de los acontecimientos mundiales, una «emigración interior» de la derecha. Una página web alemana próxima a Evola, dirigida a estos exiliados espirituales, les aseguraba en el verano de 1998 que:

Todos los refugios externos han sido destruidos hace mucho [...]. Sólo el «Tíbet

interior» puede ser nuestro asilo en un mundo al cual no pertenecemos. Un mundo que no es más que una orgía de sinsentido, violencia y vulgaridad. Una modernidad cuya decadencia debemos volver contra sí misma si queremos permanecer internamente puros. Nosotros promocionamos la purificado devolviendo la obscenidad hacia el exterior. Lo nuestro no es odiar el mundo materialista y decadente. Nosotros simplemente estamos devolviendo su odio, que originalmente era el odio diabólico de aquellos que se rebelaron contra la Tradición, contra el orden divino y contra sí mismos.

Los *kshatriya* de hoy en día son exhortados a abandonar la seguridad del mundo en el conocimiento de que el tigre de la era moderna algún día se agotará, y apuntará el amanecer de una nueva era, incluso a pesar de que no suceda durante el tiempo de nuestras vidas. Para subrayar cuán erróneo resultaría confundir la *apoliteia* práctica y su consecuente retirada de la política de partidos con el abandono de la política como tal, debería destacarse que en la era del terrorismo negro en Italia, en la década de 1970, algunos «evolianos» creían que «cabalgar al tigre» resultaba bastante compatible con permitirse actos de violencia contra la población, no para derrocar al sistema, sino simplemente para mantener encendida la llama de la fidelidad a una «realidad más alta».

¿Cómo hay que considerar, entonces, a los intelectuales que hicieron una prominente contribución a la Nueva Derecha europea en su fase demostrablemente neofascista, y que ahora se han abandonado aparentemente al pesimismo cultural? ¿Están genuinamente desilusionados, son realmente «apolíticos», o están simplemente «despolitizados», a la espera de que Occidente colapso bajo el peso acumulado de su propia decadencia? Yo sugeriría que, si no han abandonado de forma explícita sus esperanzas palingenésicas en el nuevo orden y siguen produciendo críticas radicales contra Occidentes, puede que pertenezcan, a la tribu espiritual de los «Tibetanos interiores». En ese caso, todavía habitan en la caverna ideológica del «espacio de extrema derecha», en un estado de

hibernación espiritual, listos para emerger tan pronto como el invierno cultural de la modernidad capitalista se metamorfosee finalmente en una nueva primavera, y el odiado «interregno» liberal democrático llegue a su fin.

Un estudio de caso sobre esta intrigante posibilidad es el propio decano de la ND, Alain de Benoist. En tres entrevistas publicadas en *Telos* en 1994 pareció intentar disociarse, de una vez por todas, de las esperanzas palingenésicas que una vez albergó para la sociedad (aunque todavía dejó caer una o dos referencias codificadas, como cuando afirmó que el deber de la ND era «luchar por la revitalización de la vida colectiva, comprometida con la generosidad, la decisión y la solidaridad»). Aun así, un signo de que el lanzamiento de *Krisis* en 1988 no supuso, como sostiene Taguieff, una ticsura neta con el neofascismo a cuya revisión y redefinición había dedicado tanta energía intelectual atirante años, es su continua disponibilidad para verse asociado con diversos revisionistas, con la RC o con la extrema derecha. Esta actitud incluye la publicación para el editor francés de extrema derecha *Parides* de una serie llamada *Révolution Conservatrice*, que comenzó en 1989 a reimprimir los trabajos de Schmitt, Sombart, Niekisch y otros miembros de la Revolución Conservadora; la coedición de *Gedanken zu Grossdeutschland* (Pensamientos sobre la Gran Alemania), publicada en 1990 junto a Stefan Ulbricht, un activista del *Wiking-Jugend* (prohibido por el Ministerio del Interior alemán en 1994 por ser una organización de extrema derecha neonazi); y la edición para *Editions des Grands Classiques* de una nueva serie dedicada a *Les Grands Classiques de l'Homme de Droite*, que incluiría a Maistre, Thierry Maulnier, Edouard Drumont (autor de *La France Juive*), Georges Valois, Robert Brasillach y Pierre Drieu la Rochelle (colaboracionistas fascistas). Benoist ofreció como justificación de este último proyecto la siguiente observación: «*Quand les idéologies font faillite, la pensée de droite renâit*», dando a entender que el colapso de la izquierda combinado con los continuos fallos del liberalismo están creando el espacio para un

renacimiento de la derecha radical. Tales sentimientos difícilmente pueden indicar que Benoist haya renunciado a su utopismo palingenésico de derecha.

Tampoco lo hace su *L'Empire Intérieur* (Fato. Morgalla, Paris), publicado en 1995, que retrata el imperialismo como una fuerza ética e interior, un mito, y promete que «*revenir dans la clarté du mythe serait pour l'homme connaître une révolution comme il n'en a jamais eue*». Este mito, una vez hecho realidad en Europa, no sólo barrería la absolutamente inorgánica Europa de Maastricht, sino que mostraría el poder para federar a distintos pueblos, naciones y religiones en una sola entidad, finalizando la progresiva corrupción de la autoridad política que se estableció con el final del Sacro Imperio Romano. Las nostalgias palingenésicas también acechan en su artículo de 1996 «*Dans la rue*», publicado bajo el pseudónimo de Robert de Herte, artículo que encuentra en una ola de huelgas que afectan a Francia en ese momento, no sólo la evidencia de un «despertar social», sino la señal de que «un nuevo pueblo demanda ser construido». De este modo, está dentro de los límites de lo posible que el título elegido por Benoist para su nueva revista, *Krisis*, deba tomarse con todas sus connotaciones palingenésicas originales, en el sentido de «momento decisivo», ya que por consiguiente el intento de crear un foro en el que los críticos de izquierda y de derecha de la «modernidad realmente existente» cohabiten en el mismo número, genere una sensación de *déjà vu* a los estudiosos del fascismo».

Otro caso en el que puede existir un aparente alejamiento algo más que superficial respecto a la política neofascista es el periódico italiano *Diorama Letterario*, que en la década de 1980 desempeñó un papel en el distanciamiento del neofascismo italiano de su legado fascista y en su reorientada hacia la órbita intelectual de la Nueva Derecha Europea. Hacia 1990 su editor, Marco Tarchi, que abandonó el *Movimento Sociale Italiano* en 1981, había desertado completamente de la esfera de la política activa. Por lo tanto es posible tomar en sentido literal su vehemente insistencia en

que sus críticas contra la política de partido liberal y contra los valores occidentales hegemónicos son expresiones de un pesimismo cultural sin etiquetas, y que no añora el establecimiento de un nebuloso nuevo orden basado en el renacimiento de alguna entidad mítica como la «cultura indoeuropea» o el «sentido de lo sagrado». Aun así, a los pesimistas palingenésicos podría reprochárseles que sus críticas al sistema existente, que aparecen de forma tan característica en el periódico de Tarchi, llevan grano a los molinos metapolíticos.

Consideremos el número de marzo de 1996 como un ejemplo al azar. El titular de la portada, «no necesitamos tomar partido», es desarrollado por Tarchi en un editorial que pregunta:

¿Es una utopía creer que sería posible crear un espacio de reflexión fuera de la esfera de la política cotidiana y sus subterfugios, en torno al cual unir las energías de aquellos que no piensan que en la dialéctica derecha/izquierda/centro puedan encontrarse respuestas a las grandes cuestiones a las que nos enfrentamos, como la decadencia de la calidad de vida, la búsqueda de soluciones adecuadas a los problemas planteados por las sociedades multiétnicas, la reconstrucción de un concepto de bien común que pueda ser compartido por todos? Aquellos que piensan de ese modo tienen derecho a no ser clasificados sobre la base de prejuicios y categorías que se han quedado desfasados.

El propio Tarchi, ahora profesor de ciencia política en la Universidad de Florencia, puede muy bien interpretar que este «espacio de reflexión» está situado dentro de una órbita intelectual muy apartada del fascismo, sea en su encarnación histórica o en la de la Nueva Derecha. No obstante, ¿resultaría esto evidente para los lectores que lean con atención el resto del número? En él se subraya su familiaridad con la ND francesa publicando un artículo de Benoist, un llamado a la protección de las identidades regionales, un anuncio de *Eléments*, un repaso a la bibliografía de Carl Schmitt, una reseña sobre *Cosmópolis* (una novela que ataca la idea

de un gobierno mundial, presentándolo como el Leviatán del último día, como un proyecto totalitario concebido para imponer una cosmología única a todos los seres humanos, sin respeto a sus culturas originarias). La sección de «ofertas especiales de libros» se mantiene asimismo en la órbita del pensamiento de la ND, anunciando libros sobre Julius Evola, Carl Schmitt, «lo sagrado» y un estudio sobre Tolkien (la fantasía y la leyenda desempeñan un papel primordial en la preocupación de la Nueva Derecha italiana por «la época sagrada»).

El *ethos* se vuelve marcadamente hacia el fascismo clásico, sin embargo, en las demás «ofertas especiales», que incluyen libros de Drieu La Rochelle, Céline, Knut Hamsun y Ezra Pound. Para aquellos convencidos por las proclamas de Fini de que *Aleanza Nazionale* ha abandonado también el «espacio de la extrema derecha», debería resultar gratificante encontrar tres libros dedicados a ello en esta sección, junto con otros que exploran las «raíces del Fascismo» y comparan a Hitler con Stalin. La contraportada anuncia cuatro libros que sugieren cómo, dentro de la órbita de la «nueva» Nueva Derecha, la preocupación subyacente por el Fascismo clásico y el neofascismo puede aparecer rodeada de la tentativa de inventar un discurso que lo disfrace: son *Razzismo e antirrazismo*, que aúna las contribuciones de Benoist y Taguieff, el clásico de Mohler *The Conservative Revolution*; otro libro sobre Ernst Jünger, y *The Fascist Temptation* de Tarmo Kunnas. En conjunto, *Diorama Letterario* difícilmente puede demostrar una preocupación apolítica y puramente cultural por el mundo moderno, cualesquiera que sean las intenciones de su editor. En realidad, sus contenidos aún traicionan su papel previo como foro para intelectuales del descaradamente neofascista *Movimento Sociale Italiano*, que deseaban renovar el programa del partido, cruelmente nostálgico y anacrónico y basado en la República de Saló. ¡No es una coincidencia que el libro ofrezca incluir trabajos sobre Giovanni Gentile, Nicola Bombacci (que redactó el programa de la República de Saló) y *Los Balilla irán a Saló!* Marco Tarchi puede

no ser un «tibetano interior», pero haría que el mensaje que *Diorama Letterario* transmite a sus suscriptores resultase menos ambiguo si dejase de anunciar textos susceptibles de alimentar la nostalgia y las fantasías palingenésicas de la extrema derecha.

Resulta sin duda ingenuo sugerir que en *Krisis*, y posiblemente en *Diorama Letterario* también, encontramos una forma de crítica cultural radical que está de algún modo «más allá de la izquierda y la derecha». En lugar de eso, es tentador pensar que representan una curiosa innovación en el pensamiento fascista; que podría denominarse «fascismo fabiano»: sus protagonistas han recurrido, como el general Fabio Cunctator, a conseguir la victoria por medio del agotamiento del enemigo, más que a través de sus propios esfuerzos por derrotarlo. Al final de la *apoliteia* impuesta por el interregno de esta edad de ruinas, amanecerá una nueva era. El caos dará paso una vez más al orden. Las esencias étnicas y las auténticas culturas se regenerarán. Incluso si Benoist y sus asociados se han desmaterializado lentamente como ideólogos fascistas, igual que si fuesen gatos de Cheshire, las sonrisas que han dejado tras ellos aún miran aviesamente desde la extrema derecha.

8. Conclusión: viejos sueños, fracasos nuevos

Siendo aplicable a la ND el nuevo consenso en torno al «mínimo fascista», que se define en términos de versión ultranacionalista del mito arquetípico del renacimiento, su identidad central se revela como una per-mutación revisionista y exclusivamente ideológica del neofascismo. Aunque el valor taxonómico de este veredicto depende del uso de un tipo ideal concreto del fascismo, que está lejos de estar universalmente aceptado, su valor heurístico se mantiene intacto, debido al sentido que da a distintos hechos empíricamente verificables: i) la ND se originó en respuesta a la necesidad, reconocida por algunos neofascistas franceses en los primeros años de la década de 1960, de cambiar su ideología y tácticas sin abandonar sus valores y metas fundamentales; ii) los temas centrales de la

cosmología de la ND son en general consistentes con las definiciones al uso del fascismo (que también se ajustan a nuestro tipo ideal) proporcionadas por Maurice Bardèche y Giorgio Locchi, ambos ideólogos del revisionismo neofascista con vínculos demostrables con la ND en su fase de formación; la ND hace un amplio uso de muy variados análisis culturales, colectivamente conocidos como Revolución Conservadora, respecto de la cual puede demostrarse que ayudó a preparar el terreno para el éxito ideológico del nazismo y que son (si aplicamos el criterio del «nuevo consenso») variantes del fascismo alemán; iv) existe un profundo nexo entre la visión de la ND de una nueva Europa y la desarrollada por algunos fascistas de entreguerras, después de 1945 rescatada y elaborada por muchos neofascistas; v) la ND ha tenido una influencia demostrable en el discurso de algunas corrientes del fascismo y de la extrema derecha en diversos países europeos; vi) algunos miembros de la ND europea han mantenido contactos con los movimientos de extrema derecha o incluso han sido reclutados por ellos.

La sugerencia de que la ND francesa debería ser vista como un *think-tank* neofascista es ampliamente consistente con lo que emerge de la impresionante y concienzuda investigación de Taguieff acerca de la ND, y con sus aseveraciones acerca del desarrollo de ésta hasta finales de la década, de 1980. No obstante, la interpretación ofrecida aquí diverge de la interpretación de Taguieff en un importante aspecto, al defender que incluso después de la fundación de la revista *Krisis*, las corrientes de pensamiento originadas en la ND, incluyendo la de su más famoso portavoz, Alain de Benoist, pueden haber continuado conteniendo una agenda de extrema derecha dentro del espíritu de *apoliteia*. Esta posibilidad (que es materia de inferencia y especulación, puesto que no puede probarse si los portavoces de la ND la niegan) es completamente coherente con el hecho de que los ideólogos más habituales de la ND no tienen vínculos explícitos con ningún activismo político, y no van más allá de

ofrecer críticas altamente teóricas de los defectos fundamentales del sistema mundial actual, en clave de pesimismo cultural y sin sugerir ninguna alternativa práctica en el inmediato futuro.

Si se aceptan las líneas generales de este análisis —y por su propia naturaleza no podemos contar con un acuerdo universal, y menos aún por parte de los propios ideólogos de la ND-- tendrá numerosas implicaciones para los científicos sociales. En primer lugar, éstos deberían tratar a la Nueva Derecha como una forma de fascismo deliberadamente modernizada, y un miembro de pleno derecho de la familia ideológica de la extrema derecha, conectada con las manifestaciones más convencionales del fascismo a través de una delgada pero densa telaraña de afiliaciones e influencias tanto nacionales como internacionales. En segundo lugar, deberían reconocer que la creciente sofisticación de los discursos de extrema derecha y fascistas en Europa, particularmente notable en partidos como el *Front National*, *Alleanza Nazionale* y el *Freiheitliche Partei Österreichs*, es el resultado de una concienzuda estrategia adoptada por los neofascistas y ejemplificada por los pensadores de la Nueva Derecha, para adaptar su ideología y estilo de autopresentación al hábitat político posterior a la guerra, poco hospitalario con las demandas abiertamente racistas, antiliberales y revolucionarias a favor del derrocamiento de la, democracia liberal y la creación de un nuevo orden.

En tercer lugar, mejor que caer en condenas alarmistas de la Nueva Derecha tachándola de amenaza para la democracia, los científicos sociales y los periodistas quizás deberían darse cuenta de que precisamente porque la ND es fascista, sufre el destino de todos los intentos contemporáneos de llevar a cabo la utopía de un nuevo orden basado en un ultranacionalismo revolucionario, no importa cuán sutilmente se hayan «maquillado» para disfrazar su afinidad subyacente con el fascismo de entreguerras, del cual se dice sistemáticamente que debe ser marginados. La incapacidad de salir del gueto de la «metapolítica», y por lo tanto de la

inconsecuente e impotente especulación cultural (que destacó Marco Revelli) es un síntoma de la impotencia de todo el radicalismo fascista desde 1945 para incorporarse a la corriente ideológica principal; incluso si Ernst Jünger y Alain de Benoist han recibido prestigiosos premios literarios de las instituciones culturales, desconocedoras (esperamos) de la agenda oculta de los escritos a los cuales estaban tan deseosos de conceder respetabilidad y prestigio.

La pugna de la ND en cualquiera de sus formas para conquistar los laboratorios del pensamiento» está así pues basada en una falta fundamental de comprensión de la naturaleza de la cultura contemporánea y de la sobreestimación de la capacidad de las versiones políticas de la *mitopoeia* palingenésica para atraer a creyentes; siempre y cuando se considere a la sociedad fundamentalmente estable. Es más, el fascismo histórico está tan completamente desacreditado como alternativa al «sistema», que ni siquiera es probable que la acuciante crisis ecológica cree el espacio político para su reactivación, no importa cuánto se disfrace o travista su identidad original. Así pues, la idea de que Benoist, Pierre Krebs, Michael Walker y sus afines se hayan mezclado alguna vez con la «lucha cultural» a gran escala contra la sociedad en general, en nombre del renacimiento de los valores indoeuropeos o del retorno de lo sagrado, es tan patética como la confusión de Don Quijote en su encuentro con los molinos de viento. Una golondrina no hace verano, y unos cuantos escarceos verbales en la prensa de calidad acerca de si la ND debería ser prohibida como forma de fascismo, difícilmente puede constituir una auténtica guerra.

Sería así pues tranquilizador encontrar más científicos sociales deseosos de centrar sus energías intelectuales no en condenar a la ND como una amenaza para la sociedad, sino en redescubrir su propia identidad ideológica, ciudadanía ética, raíces históricas y comunidad cívica, refutando las falacias antropológicas y sociológicas ocultas en el núcleo del pensamiento de la Nueva Derecha. Sólo por poner un ejemplo, la lucha

del *Thule-Netz* por crear «un mundo heterogéneo de pueblos homogéneos» es un sinsentido antropológico, puesto que, en toda la historia escrita del mundo, los pueblos jamás han sido homogéneos, y menos aún en Europa. En realidad, tal proyecto podría ser descartado como una fantasía nociva, si no fuera porque el siglo XX produjo algunos ejemplos de sistemas políticos que intentaron recrear la utopía de una homogeneidad étnica mítica —parcialmente bajo la influencia de pensadores metapolíticos «puros»--y mostró la anti-utopía de atrocidades y genocidio que resultó de ella.

Visto desde esta perspectiva, los intelectuales liberales e izquierdistas deberían tal vez estar agradecidos a la ND, que al menos les proporciona la rara oportunidad de

batirse en duelos intelectualmente saludables con un movimiento político que se toma las ideas en serio. Después de todo, los especialistas en el tipo de cuestiones planteadas por la ND todavía se sienten marginados en una sociedad donde sus investigaciones son ampliamente ignoradas por el público en general y en la que existen pocos seminarios en los cuales presentar sus hallazgos. Si acaso, deberían mostrarse esperanzados ante uno de los conmovedores lemas proclamados por la página web de la *Thule-Netz*: «nada puede parar la llegada de una Europa de grupos de estudio».

© Extraído de *La extrema derecha en Europa desde 1945 a nuestros días*, Miguel Ángel Simón y otros, Tecnos, 2007.



¿Discusión o inquisición? La Nueva Derecha y el "caso De Benoist"

El "caso Alain de Benoist" ha puesto de manifiesto una grave carencia de las sociedades democráticas en su fase actual: la imposibilidad de establecer un debate serio y equilibrado sobre ideas y argumentos, un debate que cada vez más es sustituido por el ruido (ora apologético, ora inquisitorial) de unos "mass-media" donde la imagen y el impacto prevalecen sobre la reflexión y el rigor. Uno de los más profundos críticos de la ND, el liberal de izquierda Pierre-André Taguieff, ha visto cómo su intento de diseccionar las ideas de Alain de Benoist ha terminado

siendo interpretado como "fascismo" por la nueva inquisición del cerrado mundo intelectual de París. ¿Por qué? Porque Taguieff, en lugar de descalificar, estudiaba. Los eslóganes del "antifascismo" y el "antirracismo", esgrimidos contra el primero que se ponga por delante, estarían actuando como mitos mágicos destinados a ocultar el vacío ideológico de nuestro momento histórico. Taguieff dio cuenta de ese proceso en su libro "Sur la Nouvelle Droite", del que a continuación reproducimos un capítulo.

PIERRE-ANDRÉ TAGUIEFF

En muchos aspectos, el itinerario intelectual y político de Alain de Benoist puede ser analizado como el de un tráfugo. Su cultura política de los años sesenta giraba en torno a un anticomunismo radical, a un nacionalismo de tradición maurrasiana (en tensión con la visión supranacional y post-nacionalista de una Europa imperial por construir), y su "visión del mundo", centrada sobre la "defensa de Occidente", se fundaba por entonces en el "racismo científico" (la teoría de las razas revisada por la Genética mendeliana y por la Psicología diferencial de la inteligencia) y en un proyecto eugenésico inscrito en el corazón de la "biopolítica" del futuro. Sin embargo, en el curso de los años setenta de Benoist rompe progresivamente con el biologicismo y empieza a tomar distancias respecto al anticomunismo (que hacía las veces de pensamiento político para la derecha), hasta el punto de designar al liberalismo o a los Estados Unidos -encarnación de la sociedad mercantil- como "el enemigo principal". Para defender y subrayar las identidades culturales, las "comunidades orgánicas" o las etnias, Alain de Benoist procederá, en paralelo, a formular una crítica radical del nacionalismo y de su culto al Estado-nación, en particular en su forma republicano/jacobina -acusada de querer destruir las "especificidades" culturales

y los "particularismos". Y sobre la base de tal empeño en favor del "etnopluralismo" hay que interpretar su defensa de una "democracia orgánica" y la inesperada definición de un "tercermundismo de derecha".

El enemigo del comunismo, el acusador de la "marxistización" de la inteligencia europea, se convierte así en el enemigo de "Occidente", el defensor de las "identidades culturales" minoritarias o en vías de extinción, el paladín de una alianza Europa-Tercer Mundo contra el imperialismo "americano" (mejor dicho: americanomorfo), el debelador de las fechorías de la "sociedad mercantil", de los valores utilitaristas y del poder exclusivo del "dinero". Al rechazo de la ideología antifascista, heredado de la extrema derecha, viene a sumarse el rechazo de la ideología anticomunista: los comunistas dejan de ser enemigos absolutos para convenirse en interlocutores legítimos, en la medida en que siguen mostrándose irreductiblemente anticapitalistas y manifiestan cierto gusto por el "debate" o el "diálogo". La desaparición del peligro soviético, entre 1989 y 1990, no hace sino acelerar el proceso a base de convergencias polémicas (con el antiamericanismo al fondo) y de intereses filosófico-políticos recíprocos". Este encuentro entre un disidente de la

extrema derecha (Alain de Benoist) y algunos comunistas lo suficientemente heréticos resulta ciertamente atípico, y su marginalidad parece dibujada a imagen y semejanza del carácter minoritario de su gran negativa común: el re-chazo a aceptar el axioma según el cual "América" es el destino del planeta entero, en una época en que la hegemonía americana se impone sin contrapeso y en que el democratismo "mundialista" se confunde con el plutocratismo triunfante. Sea o no correcta, esta es la principal argumentación que comparten los "revolucionarios conservadores" tercermundistas y los revolucionarios comunistas post-estalinianos.

El "peligro" nacional-bolchevique

Este raro "diálogo" y contigüidad editorial entre Alain de Benoist y algunos interlocutores comunistas fue explotada, entre junio y julio de 1993, en el contexto de una extraña campaña de prensa cuyo objetivo declarado era denunciar un presunto peligro "nacional-comunista" en Francia. Que pueda legítimamente plantearse el problema de una deriva o de una "tentación" nacional-comunista en Serbia o en Rusia, en Rumanía o en Albania, es una cosa. Pero agitar la amenaza de una suerte de conspiración "nacional-comunista" en Francia, asociándole manifestos para mostrarse particularmente "vigilantes" frente a una presunta nueva andanada de "nacional-bolchevismo" -esta vez "a la francesa"-, es una iniciativa que tiene más que ver con la alucinación o con la manipulación. Un falso peligro encarnado por un enemigo ficticio: semejante método podía aplicarse fácilmente sobre un público "antifascista" crédulo, carente de enemigos absolutos intelectualmente cualificados (para diferenciarlos de los demagogos populistas), en un ambiente de temores y rumores. El cuento legendario del complot de los "rojipardos", que habrían suscrito una tenebrosa alianza para hundir "la democracia", ha ido sin duda al encuentro de una demanda ideológica, ha satisfecho un deseo de objetivación de las razones del miedo, designando a un enemigo cuya construcción resulta de la reducción a la unidad de las dos grandes figuras del Bárbaro Exterminador del siglo XX: el bolchevique y

el nazi (o el "fascista", para aquellos que nunca se han acercado demasiado a la historiografía contemporánea). Queda por hacer el análisis de la construcción de una leyenda de este género, que por otra parte fue un fracaso (la campaña de prensa, lanzada en la última semana de junio de 1993, quedó interrumpida a finales de julio, cuando ya poquísimos periódicos seguían a *Le Monde*), el análisis de la fabricación mass-mediática de un pseudo-peligro semejante. Pero tal análisis arrojaría luz particularmente sobre las últimas tentativas de supervivencia artificial de un "antifascismo" fosilizado, convertido en un discurso publicitario vacío de contenido pero apto para ser instrumentalizado en cualquier ocasión. Que una campaña autodenominada "antifascista" se reduzca a denunciar como pecado supremo el hecho de dar un artículo a la revista *Krisis*, identificando el acto con un episodio de colaboracionismo (por complicidad o por ignorancia del "peligro") con el enemigo absoluto (el "nazi" enmascarado), es la demostración, involuntariamente cómica, de la inconsistencia de la ideología neo-antifascista. Algunos antifascistas imaginarios practican una "vigilancia mágica" contra enemigos ficticios cuya actividad principal consistiría en "tender trampas" a pobres diablos mal informados (el modelo se aplica exclusivamente a la revista de Alain de Benoist): tal es la imagen ofrecida por esta penosa campaña de prensa.

Quizá sea preciso añadir una evidencia demasiado simple: para interpretar el papel del temible (neo)nazi en la escena político-periodística, habría debido buscarse a algún actor distinto a Alain de Benoist, que como figurante es muy poco verosímil. El hecho de que haya podido frecuentar a este o a aquel viejo o nuevo nazi (o asimilado), o que el difunto padre de uno de sus editores alemanes (Grabert) haya sido nazi, no basta para establecer su identidad de "nazi enmascarado", ni autoriza a definirlo como sustancialmente tal (él no habría cambiado; serían sus máscaras las que habrían variado). Estas inferencias abusivas, que sustituyen sistemáticamente el análisis crítico por la criptografía, tienen la deplorable

consecuencia de impedir que en Francia se abra un verdadero debate sobre los fundamentos del etnopluralismo y sobre sus praxis políticas (actuales o potenciales). La provocadora radicalidad de las posiciones de Alain de Benoist requiere réplicas argumentales. Pero en vez de esforzarse por disipar las ilusiones políticas ligadas a los mitos identitarios -desde el etnicismo hasta el nacionalismo xenófobo-, o de poner en evidencia los efectos perversos del diferencialismo comunitario, ciertos anti-fascistas imaginarios han preferido la vía de la facilonería y la comodidad intelectual, inventándose un Alain de Benoist al que se puede refutar sin fatiga, al que se puede demonizar a placer. La infamante reducción al nazismo de un temible adversario intelectual y político permite, de hecho, aniquilarlo simbólicamente sin dirigirle la palabra. La argumentación se reduce entonces a la injuria: "¡Cerdo nazi!". Inútil decir nada más. Estamos en el grado cero de la argumentación, que se puede observar en la praxis cotidiana de ciertos agitadores de plaza o de salón. Así se explica uno por qué tantos militantes sinceros de los años ochenta han desertado del campo de la acción denominada antifascista o antirracista: simplemente, han dado la espalda a un "anti-fascismo" de manipuladores y a un "antirracismo" de policías de paisano que yerran más o menos voluntariamente el tiro".

La evolución de la ND

El mito del complot "rojipardo", donde el "pardo" por excelencia viene encarnado por Alain de Benoist, ha marginado la discusión crítica de la construcción doctrinal realizada por la Nueva Derecha (ND). La explotación pe-ríodística del mito conspirativo, una vez más, ha desacreditado la lectura laboriosa de los textos, el trabajo de interpretación y la exigencia de una crítica racional. El problema que plantea la existencia de la ND, personificada -equivocadamente o no- en Alain de Benoist, no ha sido formulado; ha sido mitologizado a través de la aplicación mecánica de los estereotipos de una propaganda ya anacrónica, y en consecuencia ineficaz. Lo que sí es muy sorprendente es que tantas

personas "cultas" den prueba de tanta credulidad ante tanta pobreza retórica. Quizás el deseo de tener enemigos terribles, nominables y reconocibles ("comunistas", "nazis") es más fuerte que la voluntad de conocer y que el deseo de comprender.

Está fuera de discusión que Alain de Benoist, por los desplazamientos de sus posiciones y las transformaciones de sus modos de argumentar, puede ser considerado un tráfuga. El testimonio de algunos de sus amigos de otro tiempo, que ya no lo reconocen como "uno de los suyos" -esto es, de la derecha, de la derecha auténtica-, tiene en este caso el valor de una prueba suplementaria. Pero Alain de Benoist es un tráfuga paradójico. Por una parte, habiendo roto con su público "natural" (de derecha) y sus ambientes ideológico-políticos de origen, a fuerza de desconcertarles", tampoco ha encontrado un público a la izquierda, ni una comunidad intelectual que le dé asilo (a nuestras preguntas sobre Krisis, numerosos académicos e intelectuales "legítimos" han respondido que se trataba, a sus ojos, de una revista de muy alto nivel, pero todos nos han rogado que no citemos bajo ningún concepto sus nombres: es inútil interrogarse sobre la existencia del terrorismo intelectual en la Francia de los años noventa; su existencia queda probada por la auto-censura de la que dan muestra incluso los espíritus más libres). Por otro lado, y sobre todo, aunque ha salido de las tierras de la derecha -o al menos de los territorios derechistas señalados como tales-, de Benoist no ha emigrado a la izquierda: el hecho de que quiera polemizar con intelectuales de izquierda recuerda de forma suficiente que él continúa definiéndose a través de la diferencia frente a la izquierda -y aunque ésta sea anticapitalista y antiamericana, él insiste en presentarse como un opositor de la izquierda (como si frente a la derecha existente, adaptada al desorden establecido, debiera practicarse la deserción, la indiferencia o el desprecio). La (verdadera) izquierda sigue siendo para él el adversario legítimo, el único digno de este nombre. Es la situación de un tráfuga inestable, no encasillado; una situación bastante poco confortable en Francia, donde la

categorización derecha/izquierda no ha dejado en absoluto de desempeñar una función simbólica en el campo intelectual.

En esta situación paradójica no deja de haber un elemento trágico, que nace del antagonismo de los valores. Su negativa a prestar apoyo a un Frente Nacional en fase ascendente, a partir de 1984-1985, mientras algunos de los hombres que le eran próximos (Jean-Claude Bardet, Pierre Vial, etc.) daban ese paso, le ha terminado aislando de su generación de militantes procedentes de "*Jeune Nation*" o de los circuitos de "*Europe-Action*". Y él, correlativamente, ha asumido el riesgo de verse marcado como "traidor" por los ortodoxos del Frente Nacional. Por último, y para marcar distancias con esa reputación suya de hábil estratega (de "liante" profesional), hay que subrayar que su crítica radical del liberalismo económico, del moralismo parareligioso y del nacionalismo en cuanto tal (esto es, tenga o no tentaciones xenóforas) le ha valido tanto en los ambientes de la extrema derecha como en los de la derecha "respetable" una notoria fama de "comunista" o cryptoizquierdista. Así, de Benoist transcolora rápidamente del "pardo" al "rojo: para el centro-centrismo dominante, los "extremismos" se confunden. Pero esta posición atípica ha hecho nacer, a finales de los años ochenta, un nuevo público, igualmente atípico y transversal, en cuyo interior se ha desarrollado el reclutamiento de la nueva generación del *Grece* -en este ámbito es muy significativo que *Metapo*, mensual "por una nueva cultura europea", haya sido creado en 1989 por la "Nueva Derecha Juventud" (NDJ) y dirigido por Charles Champetier, a quien se le confiará la revista *Éléments* en 1991 bajo una nueva fórmula: *Éléments* "por la cultura europea" (ya no "por la civilización europea") y con la autodesignación "Nueva Cultura", que sustituye a la de "Nueva Derecha" (en el interín, en el verano de 1990, *Metapo* cerró sus puertas).

Paralelamente, la revista *Krisis*, al publicar exclusivamente textos de autores ajenos a la corriente de la ND -de lo que había sido la ND-, se ha creado un público propio que se encuentra con el de los autores en ella

publicados. La atipicidad intelectual y política es también un instrumento de transformación de la audiencia, un medio para reselectionar al público y para re-definir alianzas o afinidades. La atipicidad de Alain de Benoist, sea sincera o no, ha provocado una renovación y un rejuvenecimiento. Parece que este fuera el objetivo perseguido.

Los intelectuales y la ND

Un estudio de las cartas recibidas en los años ochenta por *Nouvelle Ecole* atestigüa la diversificación de su público lector y muestra que éste atraviesa las fronteras entre la derecha y la izquierda. Es muy significativo que, en sus cartas, los lectores que se sitúan en la izquierda insistan mucho sobre la apertura de la revista a los debates contemporáneos, así como sobre la posibilidad o incluso la necesidad de una "discusión" o de un diálogo entre intelectuales de izquierda e intelectuales de la ND. En 1982, por ejemplo, Jean-Michel Palmier escribe en *Nouvelle Ecole*: "Pese a todo lo que nos separa, siempre he leído los números de NE en el mismo día en que me llegaban, ya fuera por interés teórico, ya por saber hasta qué punto, en la lectura de un artículo, no estaba de acuerdo (...) Vuestra publicación es ciertamente notable desde más de un punto de vista. Hay un esfuerzo de documentación y de análisis constante, un rigor y una preocupación por dar a conocer problemáticas, que me parecen dignos de elogio. Sólo me disgusta que la izquierda teórica no disponga de una revista similar. (...) Va de suyo que no estoy de acuerdo con todo lo que se encuentra en NE, pero es precisamente esto lo que me interesa: el reconocimiento de las diferencias teóricas, de las divergencias de sensibilidad (...) Algunas de vuestras ideas son interesantes y me niego absolutamente a dejarlas a vosotros solos. Vosotros no tenéis miedo a las ideas y a los debates (...) He discutido varias veces sobre vuestras ideas con amigos de izquierda, y con frecuencia éstos se han mostrado dispuestos a renunciar a un determinado esquema por el simple hecho de vosotros lo habíais abordado antes. Yo creo lo contrario, y sigo pensando que suele ser más estimulante discutir con personas que tienen ideas

diferentes, pero inteligentes, que con personas que uno supone aliados, pero carentes de ideas. Encuentro que las cuestiones que planteáis son importantes, desde un punto de vista de izquierda, y que no es posible eludirlas. Me parece más inteligente responder a vuestras formulaciones teóricas con otras formulaciones, que excomulgaros o lanzaros anatemas. A veces tendría ganas de escribir varias páginas de comentarios sobre vuestros artículos, para criticarlos, argumentar, discutir. Pero sé que en este campo el silencio es general".

En esta significativa carta, Jean-Michel Palmier capta muy bien los rasgos del método usual de demonización aplicado a las "ideas" de la ND: las susodichas "ideas" no son consideradas en sí, para emplearlas como objeto de una discusión según reglas racionales, sino que son rechazadas inmediata-mente en tanto que emanación de un sujeto, ya individual (Alain de Benoist), ya colectivo (el Grece), preventivamente expuesto a la *reductio ad hitlerum* a través de una insinuación del tipo "Hitler era antiliberal; Alain de Benoist es antiliberal; luego es evidente que...". Esta carta atestigua, por otro lado, el extraordinario empobrecimiento intelectual que ha golpeado a la gente de izquierda en Francia: aterrorizados por la idea del contacto verbal necesario para dar vida a un debate, prefieren la mayor parte de las veces huir de la discusión y sacrificar la inteligencia argumentativa. Parece que este paralizante miedo a la controversia tiene dos razones principales. Ante todo, el miedo a sufrir una excomunión ideológica por parte de los inquisidores de tradición estaliniana (una inquisición que ha sobrevivido al estalinismo histórico), el deseo de evitar a toda costa caer víctima de cualquier reproche polémico - reproche frecuentemente basado en sofismas del tipo "discutir con un adversario significa legitimarlo y arriesgarse a ser seducido por sus tesis"-, cuyo efecto es la marginación, cuando no la criminalización, de quien ha sido víctima. Después, la fobia al contacto, a la contigüidad que toda interlocución implica, sea ésta polémica o no: en este pánico que

mueve a huir del adversario se reconoce la imagen del ensuciamiento, la obsesión de la mancha indeleble y contagiosa o del germen portador de infección; se vislumbra ahí el terror a verse contaminado por simple contacto verbal, incluso a distancia. Además de estas poderosas motivaciones, los partidarios del no-diálogo manifiestan, en su actitud de fuga, su poca seguridad, delatan su cobardía: el re-chazo del debate -con adversarios de verdad, por supuesto- es la habitual coartada de la mediocridad intelectual (consciente) y de la simple vileza. Pero las más viles motivaciones gustan de adornarse con motivos virtuosos y respetables razones.

En 1985, Edgar Morin escribía a *Nouvelle Ecole* para afirmar su acatamiento del principio del libre debate, que ponía en práctica inmediatamente: "Me interesa mucho leer NE. Aprecio en particular cuanto concierne a los pensadores alemanes de los que se habla (y que son desconocidos o mal conocidos) y la seriedad bibliográfica. Como Vds. saben, estoy entre quienes no los han convertido en chivos expiatorios. El diálogo es, pues, posible, tanto como la polémica. Algo que, obviamente, no impide grandes divergencias de fondo".

La ausencia de debate

La letanía de la denuncia de la "confusión de ideas" ha sustituido al análisis crítico y al "diálogo sin complacencias"; la condena virtuosa de los "cruces" ideológicos entre derecha e izquierda, que produciría una peligrosa "ambigüedad", ha desterrado toda reflexión sobre las evoluciones intelectuales de los actores, sirviendo para justificar la ausencia de una investigación seria sobre las transformaciones de las posiciones y las diferencias políticas. De ahí los llamamientos a la "vigilancia" redactados en la lengua burocrática del neo-antifascismo y lanzados por mentes opacas o ciegas, pero siempre perezosas.

El sitacismo pseudomilitante no se detuvo en los años noventa y el anti-fascismo conmemorativo ha seguido alimentando un imaginario catastrofista que ya carece de conexión con la realidad histórica. Este vano

parloteo sobre la "vigilancia" se ha convertido en una especialidad de la izquierda nominal, confortablemente instalada en puestos de poder cultural, como si el elogio de la pureza de las "ideas" pudiera sustituir al acto mismo de pensar y, así, compensar la inacción política o transfigurar la pasividad. Basta leer a un periodista cualquiera de *Le Monde*, ordinariamente especializado en las recensiones de libros, pero que sabe prestar ocasionalmente su pluma cuando se presenta alguna "gran causa", culturalmente sublimada con la presencia de prestigiosos signatarios (los premios Nobel obligan). En un artículo titulado "La confusión de las ideas", el periodista Roger-Pol Droit aplica a Alain de Benoist y a los intelectuales sospechosos de "complacencia" el mismo trato que cinco años antes había dispensado a Guy Debord: estigmatizar a las mentes peligrosas que "confunden las pistas" y en consecuencia, acumulando metáforas confusas, hacen caer a las personas honestas en la "niebla". La vieja cantinela que dice "Hijos míos, todo degenera, creed a vuestra abuela", asume una nueva actualidad, apenas un poco más paródica: "Hijos míos, todo degenera, ya no hay puntos de referencia". Para los cazadores de pistas y para los espías, la catástrofe es evidente: ¿En qué puede decirse que Guy Debord sea "de izquierda"? ¿En qué Alain de Benoist es "de derecha"? Cuando no se ve con claridad la frontera entre la derecha y la izquierda, entonces entramos en la "niebla": este es el axioma que ilumina los análisis político-filosóficos del periodista. En julio de 1988 escribía que Debord "se ha convertido en un maestro en el arte de confundir las pistas"; en julio de 1993 escribe que Alain de Benoist "organiza la confusión", "ha hecho de ella una especialidad", aplicando malignas "tácticas para confundir las pistas" -por ejemplo: "Tomar posiciones públicas tercermundistas y anticapitalistas, rechazar cualquier etiqueta, comenzando por las de izquierda y derecha". Estar "vigilante" significa espiar, desenredar, trazar pistas y despistar. El intelectual se convierte en un cazador de posiciones insuficientemente diferenciadas y de ideas deplorablemente impuras, políticamente impertinentes.

El análisis crítico y las propuestas combativas de Droit no van más allá: el periodista "desenredador" se contenta con denunciar la mencionada "con-fusión de las ideas" como "un riesgo político importante". A modo de argumentación contra la ND, Droit sirve a sus lectores, que supone ingenuos -y estúpidos-, una serie de fórmulas vacías enunciadas con autoridad: "Existen (...) en nuestra vida intelectual tendencias peligrosas", "bajo las nuevas situaciones permanecen los viejos peligros", etc. A lo cual se añade la habitual sobrecarga polémica, que consiste en adherir la etiqueta "extrema derecha" sobre el adversario al que hay que descalificar (en este caso la "Nueva Derecha", expresión cuidadosamente evitada) y la repetición de que lo peor está aún- por llegar, método corriente de dramatización (el "riesgo político importante", expresión cuya vaguedad garantiza su efecto). Resumamos la alerta: "una parte de la extrema derecha" (ha de entenderse "la ND") organ-za, en el mayor de los secretos, "una confusión de las pistas en el campo de las ideas", a través de debates y, diálogos con ciertos intelectuales de izquierda, lo cual, obviamente, no puede sino aumentar o extender de manera inquietante la terrible "confusión de las ideas", que despierta "viejos peligros" y representa "un riesgo político importante".

El simplismo maniqueo y la pobreza conceptual de semejante "análisis", reiterado como una letanía sobre todas aquellas obras que no tienen el aval del periodista-procurador", no deben hacer olvidar su función principal: la denuncia edificante y el llamamiento a la "tradición de vigilancia" tienen el objetivo de prohibir la confrontación de las "ideas", poniendo bajo sospecha a un cierto número de intelectuales, expulsados de por vida del espacio legítimo del debate. La "vigilancia", de tradición antifascista, es instrumentaliza-da con voluntad discriminatoria y queda puesta al servicio de un proyecto de segregación entre intelectuales "buenos" y "malos". Para huir de la "confusión de ideas", mito repulsivo del antifascismo retórico, las personas honestas, lectores de periódicos honestos, se comprometen a aceptar el debate

exclusivamente con interlocutores convenientes, preventivamente seleccionados por la autoridad periodística. El pseudo-antifascismo de pluma, a través de su método "antiniebla", predica, pues, el advenimiento de una sociedad fundada sobre la discriminación y sobre la segregación de los ciudadanos candidatos al "debate de ideas". La "vigilancia" imaginaria es una máquina para crear parias al hilo de las propias sospechas. Frente a los cazadores de "confusiones de ideas", frente a los censores del debate público y los delatores de mentes heterodoxas, la resistencia intelectual comienza con aquella frase que tanto le gustaba repetir a Lucien Febvre: *Oportet haerese esse*, "necesitamos a los herejes". Estos herejes no deben ser tratados como "indeseables", como intocables dialógicos, abocados a la execración o a la expulsión de las sedes culturales legítimas

. La movilización de los lugares comunes a través de un programa de purificación mental ha funcionado todavía bien, tantos años después de aquel "verano de la ND" de 1979, como un género *mass*-mediático cuyas manifestaciones pueden ser observadas en cualquier campaña contra las "ideas peligrosas".

Contra la censura ideológica

En 1980, recordémoslo, Annie Kriegel juzgaba "cierta" la "rentabilidad de los llamamientos a la vigilancia". Esta "rentabilidad" ideológica se ha mostrado decreciente cuando en julio de 1993, mientras Europa oriental continuaba experimentando una convulsiva salida del comunismo y violentas movilizaciones xenófobas hacían su aparición en la mayor parte de las naciones de Europa occidental, unos cuantos intelectuales "antifascistas" han considerado juicioso lanzar, una vez más, un "llamamiento a la vigilancia" para luchar contra "la actual estrategia de legitimación de la extrema derecha" que consistiría, sustancialmente, en "una amplia operación de seducción que toma por objetivo a personalidades democráticas e intelectuales, algunos los cuales destacan por ser de izquierda". Este modelo de operación estratégica se aplica, en

Francia, sólo a la revista *Krízis*, dirigida por Alain de Benoist, que en efecto ha publicado, con pocas excepciones, únicamente textos de autores clasificados a la izquierda. Los signatarios de este "llamamiento a la vigilancia" se proponen construir una "Europa de la vigilancia", no luchado contra los nacionalistas xenófobos y los populismos identitarios que legitiman la praxis de la "limpieza étnica" (en gran o pequeña escala), sino "asignándose la tarea de recoger y hacer circular lo más ampliamente posible toda información útil para comprender los circuitos de la extrema derecha y sus alianzas en la vida intelectual (editoriales, prensa, universidad)", y empleándose a "rehusar cualquier colaboración en revistas, obras colectivas, transmisiones radiofónicas o televisivas, congresos dirigidos u organizados por pl.:" so cuyos lazos con la extrema derecha estén atestiguados". El coraje requerido entra en los límites de lo razonable. Y tampoco se nos exige demasiada lucidez. Porque la "extrema derecha" así caracterizada, en su estrategia cultural de seducción del adversario y de autolegitimación, no puede designar a nadie más que a la ND; y los "ideólogos de extrema derecha" que "han comenzado desde un cierto periodo a hacer creer que han cambiado" se recurra a la persona de Alain de Benoist (acompañado, como mucho, por su homólogo italiano Marco Tarchi, tanto más sospechoso desde el momento en que abre su revista a la izquierda intelectual). Cuestión de etiqueta: la "extrema derecha" es la "Nueva Derecha" para quien sabe descodificar. De ahí resulta que al público "antifascista" (sensible a los temas antifascistas) se le propone la tarea exaltante de construir una "Europa de la vigilancia" creando un cordón sanitario en torno a una revista como *Krízis* (600 suscriptores) y a personalidades por ésta "atrapadas" y no arrepentidas. Pero los dirigentes del Frente Nacional no intentan "hacer creer que han cambiado" y no invitan a ningún intelectual de izquierda a escribir en sus publicaciones: así es como funciona realmente la "extrema derecha", la que difunde y legitima la temática xenófoba en Francia. El análisis político sobre el que se basa el "llamamiento a la

vigilancia" es pura y simplemente falso: la "extrema derecha" no actúa en modo alguno a través de la elaboración de una "estrategia de legitimación" que "saca partido de la multiplicación de los diálogos y los debates"; no busca seducir a la izquierda intelectual, ni llama al diálogo ni al debate, pero el susodicho llamamiento no necesitaba, ciertamente, basarse en la verdad para garantizarse una rentabilidad satisfactoria...

Para afrontar la realidad de las evoluciones intelectuales y políticas hay que invertir las representaciones: Alain de Benoist ha "cambiado" mucha desde la mitad de los años setenta, mientras que algunos de quienes le denuncian no han cambiado en nada, ni en los métodos ni en las certidumbres. Sin embargo, en todo este tiempo tanto Francia como Europa también han cambiado mucho. Lo que permite medir la ausencia de lucidez de un neo-antifascismo declamatorio y perezoso, que no ve hoy en Europa peor peligro que el de "debatir" o "dialogar" con intelectuales procedentes de la ND en Francia o en Italia. Durante este tiempo, a pesar de ese antirracismo riguroso, la estatalización "dulce" de la xenofobia prosigue, sobre todo en Francia, sin conmover grandes masas, y la utopía europeísta pasa a la política al mismo ritmo con el que la violencia xenófoba se hace cotidiana, tanto en el Este como en el Oeste. Los profesores de vigilancia, a juzgar por su silencio, no parecen preocuparse. El estalinismo intelectual tiene la piel muy dura.

Por principio, para que la ciudadanía democrática pueda vivir, la "libertad de hablar y escribir" no puede ser alterada. Lo habitual ha de ser implicarse en el campo de la argumentación, del diálogo y del encuentro ideológico, y el rechazo del debate debe ser la excepción a la regla. De otro modo, nada prohibiría a un individuo negar sistemáticamente la palabra a cualquier otro individuo que manifieste cualquier desacuerdo con él. Demostración por reducción al absurdo: la extensión indefinida del principio del no-debate con los adversarios destruiría un elemento propio de la humanidad que consiste en superar los conflictos a través del uso dialógico de la

palabra. Las cartas antes citadas de Palmier y Morin tienen el insigne mérito de recordar a la izquierda intelectual más sectaria del mundo que la finalidad de un debate -de cualquier género- es permitir a los interlocutores ponerse de acuerdo sobre las razones de sus desacuerdos. El diálogo no está por esencia destinado a concluir con una fusión, a eliminar las disensiones entre la humanidad. El "politeísmo de los valores" es insuperable. Al discutir en nuestra obra, sin complacencia pero sin demonización -en la medida de lo posible- las "ideas" de la ND, y más en particular las de Alain de Benoist, somos perfectamente conscientes de haber optado por el principio dialógico, y de poner en práctica algo como la buena voluntad argumentativa, una mezcla de buena fe y de probidad filológica. Sean cuales fueren nuestras divergencias, nuestros desacuerdos o nuestros antagonismos con las "ideas" de Alain de Benoist, tenemos el deber de estudiarlas, de exponerlas a un examen crítico y, si fuera necesario, al término de la discusión, rechazarlas. Sabemos que al actuar así violamos la regla implícita de una praxis demasiado corriente en la materia que consiste en condenar antes de cualquier examen crítico y después rechazar sin discusión. En una sociedad cuya palabra maestra normativa es la "lucha contra la exclusión", el hecho de excluir del diálogo legítimo a un "intelectual" que respeta las reglas del diálogo es, cuando menos, una paradoja que podría parecer, vista desde Sirio -que está muy por encima de Francia- un escándalo.

Es oportuno indicar en qué sentido debe extenderse la orientación "liberal" de la discusión: se trata de un liberalismo cultural, o intelectual, que al mismo tiempo es un presupuesto del Estado de Derecho moderno y una condición para el ejercicio de la libre discusión crítica. Bernard Lewis da esta definición simple, que pone el acento en la contraposición entre liberal y autoritario: "Por liberal entiendo respetuoso de la libertad individual y de los derechos humanos; el antónimo de liberal no es aquí conservador, sino autoritario".

El ejemplo de Raymond Aron

En su intervención sobre la ND, en julio y en agosto de 1979, así como en las conclusiones de sus Memorias, Raymond Aron planteaba el problema de qué actitud adoptar frente a la ND: ¿Para luchar contra las ideas de Alain de Benoist (su antiigualitarismo, su antiamericanismo, su antiliberalismo, su neopaganismo) sería preciso, por ejemplo, invocar la represión judicial para prohibir la circulación de sus textos? ¿Es cuestión de practicar el antirracismo judicial para censurar los escritos de Alain de Benoist? Desde la campaña de prensa de 1979 hasta la de 1993, muchos han sido los acusadores de la ND que, asimilándola de un modo u otro al nazismo, la han señalado ante las autoridades competentes para que se le aplicara la ley "antirracista" de 1 de julio de 1972²⁶. En esta perspectiva, concentrada sobre la "nazificación" del GRECE, nadie trata de discutir las ideas, y menos aún de discutir con sus re-presentantes; se trata simplemente de estigmatizar, denunciar, condenar. Para hacer aceptable, o incluso deseable, una censura. Por el contrario, Raymond Aron, en 1979 y en 1983, examina la posición de quienes defendían una censura ideológica, y demuestra que es algo incompatible con una visión liberal, es decir, con los valores y normas del liberalismo intelectual. El único verdadero problema es, de hecho, saber cómo podemos resistir, en un mundo no imaginario, a la forma moderna de la barbarie, que es el totalitarismo. O dicho de otro modo: ¿Cómo actuar para no hacerle el juego al pensamiento totalitario con las más loables intenciones antirracistas y antifascistas? En 1979, el filósofo-sociólogo determina un criterio típico del liberalismo intelectual: "Ninguna concepción del mundo, monoteísta o no, preserva en tanto que tal a las personas o a las sociedades de caer en el totalitarismo. El antídoto contra el totalitarismo es la negativa a arrogarse o a conceder a otro el monopolio de la palabra legítima".

La reclamación de una censura ideológica es, ciertamente, ambigua: no es, en sí, expresión de una visión totalitaria, pero puede transformarse en tal, puede derivar

hacia el ideal totalitario de una sociedad de pensamiento único que lleva a la práctica un deseo de ortodoxia sin límites. Las palabras, como las ideas, pueden matar: esta es la argumentación principal de quienes defienden la censura ideológica en nombre de una "corrección" de tipo antirracista/antifascista. Pero las palabras y las ideas en sí no matan con su sustancial eficacia simbólica: pueden matar sólo en un contexto, a través de ciertas praxis, cuando se hace cierto uso de ellas. En consecuencia, no se debe luchar tanto contra las "ideas peligrosas" como contra la peligrosa utilización de ciertas ideas, de todas las ideas que, como es notorio, pueden enloquecer. Por tanto, la censura de las palabras y de las ideas difícilmente puede satisfacer un programa de acción antitotalitaria: la censura no borra, no destruye; prohíbe algunos modos de circulación de los mensajes, desplaza el lugar de comunicación y prepara inevitables retornos del "desterrado". Por eso no se puede hacer otra cosa, en esta materia, que esforzarse en escoger la menos mala de las vías. Esto presupone que, en una época democrática, se confíe en el debate y en la racionalidad argumentativa, y que se desee firmemente evitar el caer en una temible paradoja, a saber, la de pretender combatir una amenaza totalitaria con los instrumentos de una política totalitaria, que mira a la instauración de una sociedad sin opositores ni "malpensantes", y que por tanto carece de espacios para el libre debate. En 1983, Raymond Aron afrontaba directamente la cuestión a propósito del "caso Alain de Benoist":

"Algunos judíos, las organizaciones oficiales de la comunidad judía, denuncian con frecuencia a la ND de Alain de Benoist imputándole una propensión al nacionalsocialismo: Al mismo tiempo, sugieren a veces a las autoridades reducirla al silencio, con el pretexto de que entraría en la esfera de acción de, las leyes que condenan las opiniones o los escritos que incitan al odio racial. Los judíos que reclaman una censura se equivocan. ¿Es Alain de Benoist, en el fondo de sí, antisemita? No lo sé, y poco me importa; no he encontrado pruebas

de tal cosa en ninguno de los textos que ha publicado en estos años. Él rechaza las acusaciones: en nombre de la enriquecedora diversidad de las culturas, estimula la supervivencia de las culturas regionales. ¿Por qué no iba a salvaguardar la especificidad judía? En todo caso, Alain de Benoist es demasiado sagaz como para no comprender que el nazismo ha quedado desacreditado para siempre con las cámaras de gas (...) Al día siguiente del atentado de la *rue Copernic*, un periodista de *Antenne 2* me hizo algunas preguntas sobre las causas y las responsabilidades del suceso; se esforzó por arrastrarme hacia el caso de los intelectuales de la ND. Le respondí bruscamente que no iba a prestarme a una manipulación de ese género. Quien deteste las ideas de Alain de Benoist debe combatir las con las ideas, no con las porras ni con el vitriolo. Las ideas matan, he dicho, pero la belleza y la fragilidad del liberalismo están exactamente en el hecho de que no sofoca ninguna voz, tampoco las peligrosas".

Así pues, quien considere que la ND representa un fenómeno peligroso debe ante todo precisar sus razones, sin recurrir a la condena polémica. Y después tendrá que criticar sus tesis, analizar sus temas y explicar por qué son infundados. Porque la ND, hasta que no se demuestre lo contrario, no moviliza a las masas ni está vinculada a partidos que amenacen explícitamente a las instituciones democráticas. Por eso podemos hacer nuestra la observación de Raymond Aron en medio de la campaña del verano de 1979 contra la ND: "Si representa un peligro, y dudo mucho que así sea, la réplica debe ser intelectual".

Corresponde al debate en sí, a través de su praxis dialéctica, hacer aparecer los desacuerdos, clarificar las verdaderas razones, determinar los puntos de discordia y, si es posible, sus reglas de formación, y por último señalar los límites, las fronteras que pueden ser abiertas y las que no, las de lo insostenible y las de lo intolerable. Fuera del espacio abierto por la discusión crítica, fuera del campo de los debates regulados, sólo resta la denuncia edificante, en un marco de condena a priori, de unos enemigos absolutos,

absolutamente odiables o despreciables; no queda sino la pose virtuosa del conformista, cobarde o mediocre, que hace de la necesidad virtud (el rechazo de dar la palabra a los enemigos, o de leer sus textos), actitud que va de par con el uso de los clásicos métodos policiales de descalificación del enemigo político o de los espíritus rebeldes. Esta alianza entre inquisición policial y virtuosismo ideológico caracteriza muy adecuadamente el espíritu pseudo-antifascista en que están redactados algunos artículos o libros sobre la ND. Romper con este espíritu de delación significa negarse a que la libre confrontación entre temas, tesis y argumentaciones sean sustituidas por voces o vetos lanzados desde alguna camarilla que funciona como una policía ideológica y que abusa de su ventaja al ocupar puestos de poder *mass-mediático*. De esto depende la praxis de la democracia, la cual presupone que los contrapoderes impidan a éste o a aquél grupo de poder monopolizar el uso legítimo de la palabra en nombre del Bien -un Bien que habitualmente se reduce a una "defensa de la democracia" cuya vaguedad se presta a cualquier uso.

Los verdaderos peligros que amenazan a la democracia

La práctica de la democracia presupone que los ciudadanos se muevan por un doble deseo de "instrucción" y de discusión. Porque la democracia no es ni el reino absoluto de los prejuicios de la mayoría, ni la clausura de la "soberanía popular" sobre sí misma. La condición que la hace posible es la apertura de un espacio de discusión que tiende idealmente a la autorreglamentación. Esto significa que ha de disminuir el peso de esos maestros de la verdad y de la justicia que pretenden imponerse desde el exterior de ese espacio, ya se presenten y legitimen esos maestros a través de títulos de anterioridad (la tradición) o de superioridad (la revelación), o ya a través de su reivindicación de representar a la mayoría. Porque la secularización nunca llega a realizarse completamente, y la racionalización moderna de las actitudes y los comportamientos constituye más un ideal que una realidad social. El deseo de trascendencia se satisface

precisamente tiñendo los puntos débiles del mundo desencantado, insinuándose en los espacios vacíos del proceso de racionalización. La forma predominante de la neotranscendencia política se encarna en la idealización del conformismo "de masa", conformismo que se sostiene gracias a la obra de legitimación desarrollada por los intelectuales "orgánicos", fabricantes de visiones ortodoxas. La potencia simbólica de los dispositivos *mass*-mediáticos transforma hoy las concepciones generales y dominantes en evidencias absolutas que alimentan la tiranía mórbida de la opinión pública mediatizada. La aparición de semejante "ortodoxismo" sin límites, que pone fuera de juego al clásico contrapoder del examen crítico, da vida a un nuevo dilema, pues la democracia pluralista, por principio, excluye la posibilidad de que se instale un "reino de la ortodoxia". Pues bien: en las sociedades pluralistas contemporáneas se va formando una ortodoxia exclusivista sobre la base de un cierto número de materiales simbólicos que corren el riesgo de amalgamarse eficazmente pese a su incompatibilidad lógica: la defensa de los "derechos humanos" y el respeto del "derecho a la diferencia"; el imperativo categórico de la "lucha contra la exclusión" (discriminación, estigmatización, segregación) y la praxis "antirracista" de exclusión simbólica de los "racistas" (definidos como los que "excluyen"); la defensa de las "víctimas" o de los "pobres" y la praxis del "deber de injerencia", que está derivando desde la ayuda humanitaria urgente hacia las operaciones militares de "pacificación"; el culto consensual del mercado sin fronteras y el llamamiento a respetar las fronteras entre derecha e izquierda... Todos estos ideales y todas estas praxis coinciden en determinar una "puesta al paso" ideológico-política cuyo campo de ejercicio es doble: tendencia a la monodoxia *mass*-mediática en las democracias liberales, imposición de un orden moral, jurídico y político en las naciones que se resisten a la "mundialización".

La tendencia general va hacia una homogeneización cultural y un impulso a la uniformidad jurídico-política del mundo,

necesaria para crear un mercado post-nacional. La paradoja más visible deriva del hecho de que el movimiento de unificación homogeneizante, nacido en las democracias pluralistas, parte de éstas para universalizarse ya mediante la moralización humanitaria, ya a través de la violencia militar. El ideal inconfesado de un mundo sin herejes, sin disidentes, sin contradictores, en fin, sin espíritus heterodoxos, progresa en las mentes y en los comportamientos. Su mundialización encierra el riesgo de llevar consigo la cancelación de la libertad de opinión, a través de la lenta descalificación de las ideas no conformes respecto a los estándares *mass*-mediáticos, descalificación puesta en práctica mediante la sospecha de heterodoxia. En este proceso dinámico hay que inscribir los rituales de exclusión simbólica dirigidos contra la ND y contra los intelectuales que aceptan debatir o polemizar con alguno de sus exponentes. Hay en ello, ciertamente, una forma emergente de "corrección política" a la francesa, cuya especificidad nacional consiste en mostrar una fuerte impregnación estaliniana. Lo primero que se recomienda, cómo acto "políticamente correcto", es rechazar el debate con determinadas categorías de adversarios intelectuales so pretexto de que se trataría de "nazis enmascarados". A esta representación del enemigo absoluto "enmascarado", heredada de la retórica estalinista, se añade el sambenito polémico, absolutamente descalificador, del ficticio "nacional-comunista", versión adaptada a los valores presentes de aquéllos otros sambenitos del tipo "hitleriano-trotskista": un adversario y un enemigo "barbarizado" se reducen a una sola cosa, y el resultado se eleva después a la categoría de enemigo de la humanidad "normal" (se reconoce aquí la inversión de una representación recurrente de la judeofobia occidental: el judío como "enemigo del género humano").

Hemos dejado de percibir la realidad histórica en su emerger, hemos dejado de explorarla en su novedad. La reducimos a signos o a huellas del pasado, de un pasado codificado, erigido como mito repulsivo: un pasado poblado por "viejos demonios".

Presuponemos que el presente debe estar sometido al pasado, y nos limitamos a descodificar este presente para ver en él repeticiones y resurrecciones. La búsqueda de lo mismo es la única búsqueda autorizada por el culto de la Memoria. Nuestro antirracismo es conmemorativo y nuestro antifascismo es conspirativo. Son ritos de exorcismo donde la letanía del "llamamiento a la vigilancia" cumple la función de nombrar indefinidamente al peligro y así hacerlo existir y conjurarlo, todo con un sólo gesto. Una vez más "entramos en el futuro caminando hacia atrás", por hablar como Valéry. Por lo que parece, no hemos abandonado la creencia de que la Historia es la ciencia de las cosas que se repiten, de las experiencias que se reiteran, de los peligros que se reproducen idénticamente, y que por tanto son fácilmente identificables: creencia ciega y cegadora. El "peligro fascista" de los años treinta, aquél que denunciaron justamente con coraje y lucidez los comités de vigilancia creados después de 1933, forma parte del pasado. Ni el "fascismo" ni el "racismo" nos harán la merced de retornar bajo formas que nos permitan reconocerlos fácilmente. Si la vigilancia fuese sólo un juego de reconocimiento de lo ya conocido, no sería más que un hecho de memoria. La vigilancia se reduciría a un juego de sociedad que recurre a las reminiscencias y a las identificaciones a través del reconocimiento. Ilusión consoladora de una historia inmóvil, poblada de acontecimientos conformes a nuestras expectativas o a nuestras obsesiones.

Vigilancia mágica: nos declaramos "vigilantes" para impedir el retorno de los "viejos demonios". Doble ilusión: el conocer no es más que un reconocer, y el actuar se reduce a un nombrar la amenaza, a decir que hay que percibir el presunto re-torno, que adviene en todo momento. Nuestra vigilancia mágica se nutre de dos convicciones absolutas: el nazismo está retornando continuamente; el racismo continúa creciendo. Estas representaciones míticas del eterno renacimiento y del incesante ascenso de las figuras del Mal absoluto están en el centro de nuestra demonología política. Lo imaginario satánico sigue vivo y el exorcismo político constituye un verdadero género periodístico. ¿Cómo viviremos sin nuestros queridos "viejos demonios", sin la compañía de estos incubos, ya amansados desde hace tiempo, que cambian de cara en función de las modas que guían nuestros mismos mitos repulsivos (desde el racismo hasta el nacionalismo, desde la xenofobia hasta el tribalismo, desde la eutanasia hasta la eugenesia, desde el clericalismo hasta el integrista)?

No es, pues, inútil recordar ciertas evidencias, empezando por esta: el consumo de mitos, para ser socialmente funcional y psicológicamente "nutricio", no es una producción de conocimiento. Conjurar no siempre significa conocer.

© Hespérides, revista de debate, pensamiento y cultura crítica, núm. 16/17, primavera 1998.



El Eterno Retorno. ¿Son fascistas las ideas-fuerza de la Nueva Derecha Europea?

El presente artículo pretende, como objetivo principal, explicitar las ideas-fuerza o concepciones nucleares de la Nueva Derecha Europea (ND). A la vez, al analizar la coherencia interna de dichas premisas básicas, se aportarán elementos de juicio al debate académico sobre la adscripción ideológica de la ND.

JOAN ANTÓN-MELLÓN

Introducción

Nuestra hipótesis principal mantendrá que dicha adscripción debe situarse, inequívocamente, en el terreno de la Extrema Derecha y/o Derecha Radical, debiéndose desechar, por tendencioso y falso, su propio análisis de que han logrado establecer un nuevo paradigma teórico-político más allá de la derecha y la izquierda. Dicha adscripción se refrendará al explicitarse las analogías y divergencias entre las concepciones nucleares de la ND y aquellas del Fascismo Clásico (1919-1945), una de las variantes de mayor relevancia de la Derecha Radical europea del primer tercio del siglo veinte.

La metodología utilizada ha consistido en clarificar y exponer la lógica nodal de los textos estudiados de la ND en torno a los siguientes parámetros clasificatorios: cómo se definen y describen (autodefiniciones); cómo analizan la situación histórica (diagnóstico); cuáles son sus aspiraciones (utopía); qué es todo aquello a lo que se oponen (objetivos); y, finalmente, cuáles sus principios ontológicos y axiológicos (visión del mundo y concepción del hombre, de la naturaleza y de la historia). Dicha coherencia interna será contrastada primero con el modelo teórico de Alain Bihr según el cual los tres factores decisivos de los idearios de Extrema Derecha en Occidente son: i) propugnar planteamientos ultra-etnonacionalistas elevando la identidad colectiva a la categoría de fetiche; ii) establecer la desigualdad como

una categoría ontológica y axiológica fundamental; y iii) defender una concepción belicista de la existencia en la que la lucha está glorificada como un factor supremo de la vida. En segundo lugar las concepciones nucleares de la ND serán cotejadas con aquellos factores constitutivos y definitorios del fascismo que diferentes científicos sociales han establecido como síntesis de sus investigaciones. Intentando así establecer las semejanzas en las diferencias halladas y, a la vez, las diferencias en las semejanzas.

Respecto a las fuentes consultadas se ha analizado en primer lugar una selección de la extensa obra del líder intelectual de la ND ortodoxa, Alain de Benoist, y de la ND heterodoxa, Guillaume Faye. En segundo lugar, se han revisado los editoriales y artículos más relevantes de las revistas *Éléments* (primer número septiembre/octubre de 1973, órgano oficial del Groupement de Recherche et d'Études pour la Civilisation Européenne -GRECE- de la ND francesa); *Trasgressioni* (primer número mayo/agosto de 1986, revista teórica de la ND italiana) y *Hespérides* (1993-2000, revista teórica de la ND española). Y, finalmente, se han estudiado los manifiestos más relevantes. Es el caso de *Manifiesto: La Nueva Derecha* del año 2000, redactado por Alain de Benoist y por el actual director de *Éléments*, Charles Champetier, así como, desde la ND española, del *Manifiesto del Proyecto Cultural Aurora*; ¿Qué hacer?

Elementos para un discurso de contestación, documentos aparecidos a finales del siglo veinte. También se ha analizado El Manifiesto contra la muerte del espíritu y de la tierra, aparecido en España en 2002.

Por lo que se refiere al origen y evolución de la ND europea constatamos que se trata de un conjunto de ideólogos, publicaciones y asociaciones culturales que, desde finales de los años sesenta del pasado siglo, pretenden renovar los clásicos discursos de la Derecha Radical europea de la primera mitad del siglo veinte (abandonando ineficaces nostalgias) para influir ideológicamente en todas las subfamilias de la Derecha (extrema, moderada, populista o neotradicionalista). En una época de hegemonía de los valores democráticos en Occidente, tras 1945, sus adversarios son poderosos: el cristianismo, además del pensamiento político de la Ilustración y sus correlatos de la cultura de la Modernidad. Sin embargo, la decadencia de la Izquierda Radical ha creado un vacío político-cultural que la ND quiere llenar planteando sus alternativas ideológicas a los desgastados planteamientos tecnócratas del liberalismo conservador y de la socialdemocracia. Se trata de explicitar las disfunciones de la postmodernidad (anomia, hiperindividualismo, ultramaterialismo, problemas identitarios) y ofrecer sus alternativas "capaces" de eliminar la "alienación", superar la "decadencia" y recuperar la auténtica "identidad europea".

El faro teórico, con importantes matices alternativos tácticos en los autores disidentes de la ND europea (Faye, Robert Steuckers, Pierre Vial) es la asociación cultural francesa Groupement de Recherche et Études pour la Civilisation Européenne (GRECE) fundada en enero de 1968 en Niza, y paralelamente en París y Toulouse, por cuarenta personajes, provenientes todos ellos de la Extrema Derecha y/o Derecha Radical francesa⁶. Su influencia se extiende sobre todo en las bases sociales cultas de la Derecha Radical europea, ávidas de salir del desconcierto producido por las derrotas del Fascismo Clásico (1909-1945) y de los gobiernos colaboracionistas de la Europa ocupada, así como por la posterior deslegitimación de los idearios de la Derecha

Radical por el peso que el antifascismo ha tenido, política y culturalmente, en la segunda mitad del siglo veinte. La influencia de GRECE cristaliza en la creación de asociaciones o grupos en diferentes países europeos con una mayor o menor relevancia, los más destacables en Italia, Bélgica, Gran Bretaña, España y Rusia. La revista francesa *Éléments*, por ejemplo, inspira la italiana *Elementi*, la rusa *Elementy*, la belga (Flamenca) *Elemente* y la alemana *Elemente*, la española *Hespérides* o la británica *The Scorpion*.

La cúspide de su influencia cultural en Francia la logran en la década de los ochenta disminuyendo gradualmente en fechas posteriores. En su trayectoria, el resto de asociaciones europeas no han logrado rebasar los límites de la base social de Derecha Radical y de los nostálgicos de Extrema Derecha, aunque en su haber debe constatar el importante logro de haber apoyado, culturalmente, los planteamientos ideológico-doctrinales de los Partidos Populistas europeos de Derecha Radical tipo FN/MNR (Francia); FPÖ/Alianza por el Futuro (Austria) o PxC (Cataluña-España).

El radical mantenimiento de una opción metapolítica (y el desprecio por la política) ha conducido a GRECE a periódicas rupturas de relevantes personajes, la mayoría de los cuales han recalado en formaciones política populistas de Derecha Radical (FN o el MNR) e incluso en partidos liberal-conservadores. Es el caso del profesor medievalista Pierre Vial (fundador de GRECE), que se sumó al FN y con posterioridad apoyó la escisión, en 1996, del MNR de Bruno Mégret (también fundador de GRECE) creando, en ese mismo año, una asociación cultural espiritualista neonazi: *Terre et Peuple*.

Otro disidente destacado es Faye, la voz de mayor importancia intelectual de GRECE juntamente con el propio Benoist hasta su abandono en 1986. Típico producto del Mayo del 68 derechista, al retornar a la palestra intelectual, a finales del siglo veinte, analiza las causas de la pérdida de influencia de GRECE, critica a fondo la opción

metapolítica por inoperante y reafirma los criterios básicos de la ND desechando los eufemismos y alambicaciones enmascaradoras, políticamente correctas, tan profusamente utilizadas por la ND ortodoxa. Él quiere, como Friedrich Nietzsche (1844-1900), la transmutación de todos los valores hegemónicos desde la Ilustración y un mundo heterogéneo formado por grandes unidades territoriales. Homogéneas étnicamente y con unas radicales desigualdades estructurales sociales y productivas para asegurar la sostenibilidad ecológica del sistema y el progreso de los pueblos.

Autodefiniciones

La ND europea, a lo largo de su recorrido histórico, se ve a sí misma como una variante radical y especial de la derecha y como los conservadores revolucionarios de su época. En 1994 el propio Benoist afirmaba que la ND era un disidente de la derecha institucionalizada. Por su parte José Javier Esparza, una de las figuras históricas más relevantes de la ND española, expuso que se habían cubierto varias etapas que podían describirse como un continuo alejamiento de la derecha convencional. Dada su opción táctica de actuación metapolítica, la ND europea se define en sus textos más emblemáticos como un "laboratorio de ideas", una "escuela de pensamiento", una "comunidad de espíritu" y también como un "espacio de resistencia contra el sistema".

Esa opción metapolítica, rechazada por la ND heterodoxa, se apoya en Antonio Gramsci (1891-1937) y su concepto de hegemonía, en una lectura del pensador comunista italiano que Faye califica, en sus críticas de finales del siglo pasado, de superficial. Se trata de que la conquista del poder político debe estar precedida del triunfo -la hegemonía- en el combate ideológico-cultural. Evidenciándose con ello su gran pragmatismo y eclecticismo teórico. Utilizan todo aquello que pueda ser útil para la defensa de sus concepciones nucleares ya provenga de la derecha como de la izquierda: Nietzsche, Martin Heidegger (1889- 1976), Julius Evola (1898-1974), Gramsci, Carl

Schmitt (1888-1985), Konrad Lorenz (1903-1989), Louis Dumont (1911-1998), Arthur Koestler (1905-1983), Giorgio Locchi (1923-1992), Georges Dumezil (1898-1986), Louis Rougier (1889-1982) o los conservadores revolucionarios del primer tercio del siglo veinte. Todo puede valer para la causa, en una exhaustiva labor de búsqueda de argumentos de autoridad intelectual, obviamente, desde una dimensión política y no científica, con grandes dosis de disonancia cognitiva cultural.

La ND europea pretende desarrollar una triple labor de desvelar las causas profundas de la decadencia de la civilización europea; realizar una acción de ingeniería ideológico-cultural para influir sobre la opinión pública; y, en tercer lugar, liderar intelectualmente a la sociedad en la superación de la decadencia y en la edificación de una comunidad política europea armónica y poderosa que, autorreconociendo su pasado identitario auténtico, renazca y construya su futuro en el presente. De ahí que su combate sea cultural pero también político. Sus oponentes/enemigos son muy poderosos y por ello ha habido que empezar por lo más elemental, en sus propias palabras, crear "un espacio de resistencia contra el sistema". Este espacio debe gradualmente ampliarse hasta lograr vencer ideológica y políticamente a las nefastas, en su opinión, consecuencias políticas y socioculturales del despliegue de la Ilustración y la posterior modernidad. Aunque, según su óptica analítica, el problema principal es anterior: el triunfo del cristianismo.

Esta es la razón por la que una importante definición, sintética y global, del año 2000 de la ND ortodoxa defina a ésta como: "comunitaria, ciudadana, europea y pagana". Su lectura enfatiza que los ideales de la Ilustración son una mera laicización del cristianismo y que este ha sido un nefasto cuerpo extraño, totalmente ajeno a las raíces indoeuropeas de nuestra cultura. A su vez, el liberalismo y el socialismo son analizados como epifenómenos muy negativos de la Ilustración y el cristianismo.

La ND es un laboratorio de ideas que, según sus propios análisis, ejerce una imprescindible labor de ingeniería cultural en un adocenado mundo burgués occidental liderado por Estados Unidos, que ha transmutado su judeo-cristianismo en la hegemónica doctrina de los Derechos Humanos (el mínimo común denominador de las doctrinas igualitarias). En realidad, en su opinión, una moral del rebaño -en la terminología de Nietzsche- destinada a alienar a unas masas de población occidentales embrutecidas por el alienante consumismo e infantilizadas por el Estado-Providencia. De esta forma la ND se ve a sí misma como "una promesa de renovación en el corazón del invierno gris y frío...una aventura del espíritu" de "pesimistas activos" mientras dure el interregno. La época del Kali-Yuga, en la terminología sánscrita usada por Julius Evola y por Mircea Eliade (1907-1986), designa una época en la cual la verdad yace sepultada por la ignorancia a la espera de redentores.

Los activistas de la ND europea se ven a sí mismos como unos redentores. Unos visionarios que, siguiendo a Friedrich Nietzsche, creen que los pueblos que tienen una más larga memoria son los que disfrutarán de un futuro más esplendoroso. Se creen visionarios y revolucionarios, ya que el contexto europeo está hegemonizado por materialistas valores burgueses: mercantilismo, individualismo, igualitarismo y universalismo. Todo ello un desastre fruto de una concepción errónea del hombre. Por el contrario, la ND propugna el predominio de la política sobre la economía, de la comunidad sobre el individuo, de la jerarquía sobre la igualdad y de la heterogeneidad sobre la homogeneidad universalista. Como afirma Carl Schmitt, en cita reproducida por Benoist:

[L]a noción esencial de la democracia es el pueblo, y no la humanidad. Si la democracia tiene que seguir siendo una forma política, sólo hay democracias del pueblo y no democracia de la humanidad.

Diagnóstico

La opinión de la Nueva Derecha europea sobre la realidad occidental en el momento presente no puede ser más negativa. Vivimos una época de total decadencia, adocenamiento y alienación. La ND española a finales del siglo veinte denunciaba una tendencia progresiva e inexorable hacia la muerte. Unos pocos años más tarde, en junio de 2002, insistían proclamando un nuevo Manifiesto contra la muerte del espíritu y de la tierra. Por su parte la ND francesa habla de umbral de esterilidad y de senilidad al referirse a la civilización europeo/occidental. Una profunda pérdida de sentido esteriliza a la sociedad contemporánea. Según su apocalíptica visión:

Como ha visto Konrad Lorenz, la civilización occidental nos arrastra a una muerte lenta. Sus modos de vida tienen incidencias psicológicas, neuróticas y patógenas: nos transformamos en seres domesticados y fragilizados en nuestros comportamientos. La decadencia demográfica, la debilidad de carácter, la degradación genética de los occidentales, son hechos confirmados por los propios médicos.

El hipermaterialismo, el productivismo, el igualitarismo y el hedonismo narcisista ahogan toda trascendencia, espiritualidad y belleza. El culto individualista al bienestar embrutece al hombre, lo convierte en un ser alienado, corrupto y lo incapacita para desarrollar sus posibilidades tanto como miembro de su comunidad como personalmente. Culto individualista que el dualismo cristiano había preparado al plantear que la auténtica vida era la futura vida en el cielo. El liberal, simplemente, sitúa al cielo en la tierra. Y de esta forma cada individuo se afana en lograr el mayor bienestar material posible en una sociedad entendida como una agregación despolitizada de átomos independientes y soberanos.

El corolario político de esta "alienante" realidad es el papel que cumple el Estado, juzgado como un simple y despolitizado regulador del sistema: "...un organismo técnico al servicio de la economía", cuya auténtica razón de ser sistémica, por tanto,

no es la dirección política de la sociedad sino garantizar los derechos individuales para la salvaguarda de la maximización de las inversiones realizadas. Todo ello complementado con los criterios igualitaristas de los Estados de Bienestar y el universalismo de los Derechos Humanos.

Incluso los Estados-Nación, a pesar de su pervivencia, están siendo superados por una tecnoestructura mundial, el auténtico gobierno en la sombra político- económico del planeta Tierra. Siempre según la lectura de la ND europea, este sistema pervive exitosamente por el grado de hegemonía ideológica que ha logrado, dado el gran nivel de interiorización de sus finalidades por parte de sus integrantes. De ahí que sólo exista una leve necesidad de coordinación política reguladora.

La economía se ha subordinado a la política, y los ciudadanos creen ser felices trabajando frenéticamente y consumiendo compulsivamente. En una sociedad, podríamos añadir desde nuestra propia perspectiva, de economía y sociedad de mercado en donde mercancías producen mercancías en un proceso circular constante. Esta sociedad de mercado para la ND es inaceptable -el término que utilizan es el de cancerización- no sólo por sus consecuencias de anomia, alienación y embrutecimiento, sino porque ahoga la auténtica esencia primigenia del hombre: su capacidad de ser comunitaria mediante su voluntad individual. El gobierno de los hombres se ve reemplazado por la administración de las cosas en donde todo se convierte en mercancías: productores, consumidores e incluso necesidades (en ocasiones de una radical falsedad). Como producto final de la combinación siempre de los mismos ingredientes: las estructuras económicas supranacionales, la ideología universal e igualitaria de los derechos humanos y la subcultura mundial de masas.

Desaparecido el modelo soviético por su ineficacia económica y autoritarismo, el enemigo principal para la ND pasa a ser el liberalismo como ideología y sistema de valores, y los Estados Unidos -denominada

como nueva Cartago- como líder occidental de la modernidad; un país que nace burgués, sin aristocracias de sangre y sin tradiciones. El liberalismo, según sus criterios, es una filosofía política y una ideología totalmente errónea: hace del individuo abstracto la clave de bóveda de todo su sistema. En el terreno político, el liberalismo tiene un consustancial fondo anárquico: el régimen ideal es aquel que establece la menor autoridad posible. Mientras, en un plano social, consume la ruptura con el principio holista y niega la noción de interés colectivo, siendo la sociedad una mera agregación de individuos que se agrupan para la mejor protección de sus intereses particulares. Por eso, expone la ND francesa:

[E]l liberalismo es una máquina de producir desilusión...jamás como en el momento presente la anomia social había sido tan grande...el liberalismo destruye las identidades colectivas, las culturas enraizadas y es generador de uniformidad... combatir el liberalismo es combatir el mal de raíz.

Sin embargo, la situación histórica existente, a pesar de su gravedad, permite una esperanza como consecuencia de la propia profundización del problema. Para Faye, en el siglo veintiuno se va a producir una confluencia de catástrofes -económica, social, política, ecológica, migratoria- que hará inviable la reproducción del sistema y obligará a un cambio de civilización. En años anteriores Faye ya había argumentado que, a partir de un cierto límite, la regulación de un sistema en crisis no es posible. Al producirse un colapso civilizatorio, los valores e idearios que lo legitiman perderán su hegemonía y nuestro autor aboga porque las alternativas que surgirán sean revolucionarias: orientadas hacia visiones del mundo orgánicas.

Objetivos

El objetivo genérico de la ND es el despertar de la conciencia de los europeos y este despertar es un combate tan ineluctable como necesario, puesto que, según su propio análisis, se lucha porque no combatir es morir, porque el mundo que nos rodea es el de la pasividad y el sueño, donde la energía del pueblo se muere. Se trata de tomar el

relevo de las ideologías dominantes (vistas como ramas de un tronco común) a partir de haber reconstruido una visión del mundo alternativa enraizada con la auténtica identidad europea. La ND afirma haber elaborado un sofisticado nuevo paradigma teórico que supera la obsolescencia de los esquemas tradicionales de derecha e izquierda. Una tercera vía ideológico-política más allá de la izquierda, revolucionaria o moderada, y de la derecha, moderada o extremista. Según sus criterios la auténtica división política del siglo veintiuno no se da entre derecha e izquierda sino entre universalistas e identitaristas. De ahí que al izquierdista lema del nuevo movimiento social "SOS Racismo" oponen su consigna identitaria y diferencialista "SOS Raíces".

La meta final es un mundo heterogéneo constituido por grandes unidades territoriales étnicamente homogéneas, la unión sin confusión según Benoist, y por eso se reivindica, como factor esencial, el derecho a la diferencia y el derecho de los pueblos. Como ya expusiera Joseph de Maistre (1753-1821), la ND opina que no existen los hombres de una humanidad en abstracto sino los individuos que forman diferentes pueblos, etnias y culturas. De ahí que sea imprescindible "pronunciarse por las doctrinas etnonacionales, contra el pacifismo y el humanitarismo".

La ND europea tiene unos objetivos estratégicos y tácticos muy claramente definidos, siendo lo más relevantes: potenciar un nuevo-antiguo concepto de libertad comunitaria; sustituir la hegemonía de los valores burgueses por valores aristocráticos; resucitar Europa mediante la reivindicación de su auténtica identidad pagana e indoeuropea; revitalizar la idea de comunidad dotándola de metas y sentido; separar los conceptos jurídicos de nacionalidad y ciudadanía; primar los criterios etnonacionalistas; combatir el igualitarismo y el universalismo; desmercantilizar el mundo supeditando la economía a la política; lograr la armonía con la naturaleza y una ecología integral preservando la biodiversidad; y finalmente, conseguir cambiar la democracia

representativa por una auténtica democracia participativa y plebiscitaria.

Conseguir todos estos objetivos regeneraría a Europa y le permitiría superar su decadencia y recuperar su genuina esencia, enlazándose pasado, presente y futuro. Para ello las ideas "sanas" de la ND deben cobrar vida en amplios y transversales movimientos políticos regeneradores de las patrias. Como expone Faye:

El futuro pertenece a las revoluciones culturales, espirituales y nacionales. El futuro pasa por la destrucción del orden económico internacional y por la consecución de una idea que ya está en camino: la concentración de espacios económicos autónomos en torno a grandes áreas culturales.

Visión del mundo, concepción del hombre, de la naturaleza y de la historia

La visión del mundo de la ND está articulada en torno a una serie de convicciones, verdades per se o primeros principios ontológicos y axiológicos. Por ejemplo, la convicción de que en la naturaleza existen unas leyes comunes a todos los seres vivos, extrapolables a los individuos y comunidades humanas: la selección, la desigualdad y la jerarquía son valorados como entes tan naturales como la tierra o el mar. Otra de estas concepciones básicas sería la hipótesis de la importancia de los contenidos informacionales filogenéticos que las comunidades humanas se transmiten de generación en generación y que se van incorporando a lo largo de la historia. Una tercera idea sería que una de las leyes generales de la vida es el conflicto y, por ello, combatir es vivir, siendo la debilidad la antesala de la muerte. Finalmente, una cuarta sería que la voluntad es un factor esencial para los seres humanos si quieren vivir una existencia auténtica, adecuada a sus potencialidades. Como expone el propio Benoist en famoso artículo publicitado, profusamente, en diferentes publicaciones de las ND europeas: no se trata de buscar una verdad objetiva, exterior al mundo, si no de crear una voluntariamente, a partir de un nuevo sistema de valores. Se trata de fundar

un neopaganismo que permita la realización de un modo de existencia auténtico y pleno.

La visión de la ND es empirista: sólo la naturaleza, incluida el hombre, es observable; por lo tanto Dios o no existe o es naturaleza y, por tanto el hombre también es, o puede ser, Dios. Y de la observación como método la ND extrae que la vida humana tiene, o desea tener, un ansia de trascendencia (de ahí que planteen la imbricación de la ontología, la metafísica, la antropología e incluso lo sacro) que el racionalismo ilustrado o post-ilustrado no contempla. Asustada, la Razón -piensan- se niega a tener en cuenta todo lo que no es Logos, y al hacerlo vive en el error. Hace constantemente la guerra pero la rechaza; el derecho es fuerza pero se niega a admitirlo, proclama la igualdad sin conseguirla nunca y rechaza la autoridad que no se base en argumentaciones utilitaristas.

Por todo ello la visión del mundo de la ND es alternativa al "pensamiento único" de la modernidad: el burgués se equivoca en casi en todo menos en el cálculo económico, y la desaparición de los valores aristocráticos ha representado para Europa una catástrofe, sólo comparable a la sustitución del paganismo en las comunidades indoeuropeas por el dualista, universalista e igualitario cristianismo. Por tanto la realidad, según la observa la ND, es esquizofrénica: por un lado, el capitalismo demuestra la supervivencia de los más fuertes y aptos en un combate de todos contra todos, pero, a la vez, el liberalismo pretende y ha conseguido domesticar al hombre occidental mediante el narcótico de los Derechos Humanos, ideología absurda de la modernidad en la medida que parte de la convicción de que todos los seres humanos son iguales y libres. Y, por el contrario, la ciencia (etología, biología, antropología) "demuestra" que los seres humanos son profundamente desiguales.

Y tampoco libres. La ND rechaza taxativamente una visión de la libertad individual, consecuencia de la creencia de que los seres humanos son titulares de unos derechos inalienables inherentes a la persona y, por ello, no concedidos por ninguna

instancia superior. La concepción de la libertad de la ND, muy bien explicitada por Evola -siguiendo a Nietzsche-, propugna que no hay una libertad general y abstracta sino libertades articuladas según la naturaleza propia de los seres. La libertad pertenece a un plano práctico y político y no al filosófico o moral. Debe ser conquistada: no existen beneficiarios espontáneos, sino únicamente fundadores y garantes. Nadie nace libre, pero algunos lo llegan a ser. La libertad resulta de la acción hecha para instaurarla o para apoderarse de ella. Tal acción puede ser el resultado de los individuos o de las colectividades.

Se es libre, por tanto, como individuo, por pertenecer a una comunidad. Y, como el todo es superior a la suma de las partes y posee cualidades que le son propias (holismo), el Estado debe primar no el bienestar material -prosaico objetivo- de los ciudadanos sino la garantía de su existencia y de su poder en la historia. De ahí que la felicidad también deje de ser un tema individual para pasar a una concepción colectiva, puesto que -otra creencia básica de la ND- los protagonistas de la Historia son los pueblos, las comunidades, las naciones y/o las culturas en una constante dialéctica de confrontación. Para la ND el hombre no tiene naturaleza sino cultura e historia, que se desarrollan a partir de unas características biológicas constantes: siempre -afirman- habrá cazadores y guerreros entre nosotros, fuertes y débiles, hombres superiores y hombres inferiores, aunque los partidarios de los Derechos Humanos no quieran reconocerlo y se nieguen a admitirlo. La visión del mundo, por tanto, de la ND es organicista, pluralista y diferencialista.

Por eso la concepción jurídica de los derechos individuales de la ND plantea una opción no universalista. Propone que cada comunidad política, histórica y cultural debe tener reconocido su derecho a establecer, como crea oportuno, cuáles son los derechos de sus miembros (de ahí su criterio de distinguir entre ciudadanía y nacionalidad). Y, obviamente, los derechos los concede la comunidad al individuo. El razonamiento consiguiente plantea que, si los hombres no

pueden ser valorados igual, tienen diferentes necesidades y pertenecen a diferentes comunidades humanas, ¿por qué establecemos unos mismos derechos universales y abstractos para todos cual lecho de Procusto?

Sólo se explica por el triunfo en el mundo de unos valores burgueses y cristianoides: individualistas, economicistas, igualitaristas y universalistas, basados en una errónea visión del mundo y del hombre, siendo la misión de la ND, mediante el combate ideológico cultural y metapolítico, advertir al mundo de sus errores y propagar otra visión del mundo alternativa, visionaria hacia el futuro y lúcida respecto al presente y al pasado.

Tan lúcida y potente es esta visión y el ideario que la explicita que, en su opinión, es capaz de armonizar pares en teoría antagónicos (como en su día pretendiera el Fascismo Clásico): instinto y cultura; racionalidad e irracionalidad; hipermodernismo y postmodernismo y tradición; ecologismo y desarrollo tecnológico; nación y comunidad supranacional (Europa); soberanía máxima del Estado y libertad económica individual; derecha e izquierda; sacrificio individual y libertad y/o felicidad colectiva. Immanuel Kant (1724-1804) y Karl Marx (1818- 1883) se equivocan, mientras Nietzsche, Heidegger y Evola aciertan. La sangre vale más que el oro. El hombre, como el resto de los seres vivos, es un ser nacido para combatir, asentado en un territorio y desigual, además de tender a la trascendencia y poder forjar (algunos hombres y algunos individuos) su destino. Más allá del bien y del mal cristiano, liberal o socialista. El modo de estar en el mundo fundamenta el derecho a transformarlo.

En lógica coherencia con todos los elementos anteriormente expuestos cabe destacar que la concepción de la libertad de la ND (coordinada con su visión social organicista) es, como lo plantea Nietzsche, ilimitada. Los hombres libres son sujetos y objetos de su existencia y, por ello, el mundo les pertenece. Manifestar su libertad supone

explicitar su autonomía. Y como expresa Benoist:

[S]ólo puede ser libre el hombre que se expresa creando. Ahora bien, no hay creación "pura". Se crea siempre a expensas de un objeto -ya sea la "naturaleza" u "otro-hombre-tomado-como-naturaleza"-...se apropia, no solamente como útiles y como instrumentos, sino también como "prolongaciones" y "partes" de su cuerpo. De los objetos (materiales y humanos) sobre los que se ejerce su acción.

Como es obvio, los planteamientos económicos de la ND (además de parte de los políticos) se derivan de estos criterios base o concepciones nucleares. El capitalismo es un sistema productivo idóneo siempre que esté controlado por poderes políticos etno-nacionales. En líneas generales la visión del mundo de la ND es la antítesis de la concepción burguesa-liberal del mundo y de sus valores. Se reivindica lo sacro, lo irracional y el espíritu de aventura, como complemento necesario a una racionalidad técnica imprescindible para realizar lo que se cree propio de los seres humanos: su voluntad de poder para forjarse destinos colectivos. A la contra del proceso histórico que conocemos como modernidad, la ND propugna que los seres humanos europeos, si quieren desarrollar sus potencialidades, deben eliminar la alienante domesticación cristiano-liberal a la que han sido sometidos. De esta forma la generosidad substituiría al cálculo, el idealismo/ altruismo al materialismo/pragmatismo, el sacrificio al hedonismo, y la aventura colectiva a la comodidad egotista. El enriquecedor combate, piensan, factor de superación constante, condicionaría el ser de hombres y comunidades. Para la ND europea, sin fisuras ni políticas ni ideológicas, una adecuada forma de "estar en el mundo" tomaría el lugar de una absurda manera de vivir, tan alienante como sin sentido y norte.

El análisis realizado hasta el momento presente permite plantear que el ideario de la ND se mantiene en los esquemas prototípicos de la Derecha al levantar la banderas de la desigualdad, la visión de la

vida como combate, la tradición y la concepción orgánica de las comunidades étnicamente homogéneas y puede ser juzgado como un posible canto del cisne de los valores aristocratizantes de las sociedades europeas de Antiguo Régimen enfrentadas a la Modernidad. Lo aristocrático como contrapunto a lo burgués. Sería un survival en la terminología de la Antropología. El propio Alain de Benoist nos confirma esta hipótesis al revelarnos, en el "Prefacio" de su obra, *Le grain de sable*, que el origen del seudónimo que más ha utilizado, Robert de Herte, es un homenaje a un pariente materno, Charles-Germain de Herte, aristócrata y teniente de regimiento de mosqueteros que fue guillotinado durante la Revolución francesa a los 38 años de edad.

Concepciones nucleares de la ND y del Fascismo clásico (1919-1945). Una identidad no idéntica

Establecidas las ideas-fuerza de la ND europea, constataremos cuáles son sus parámetros cultural-políticos de referencia, a quienes consideran los grandes clásicos de la historia de las ideas. Según el objetivo inicial que planteamos de determinar su posible adscripción al campo de la Derecha Radical/Extrema Derecha y el grado de continuidad con el Fascismo Clásico.

La ND francesa en 1996, en una sección didáctica de su órgano de expresión oficial *Éléments*, recomienda leer a los dieciséis autores y obras que a continuación se exponen:

- Friedrich Nietzsche: *La volonté de puissance*.
- Georges Sorel: *Réflexions sur la violence*.
- José Ortega y Gasset: *La révolte des masses*.
- Maurice Barrès: *Scènes et doctrines du nationalisme*.
- Maurice Barrès: *Le voyage de Sparte*.
- Charles Maurras: *L'avenir de l'intelligence*.

- Joseph de Maistre: *Considérations sur la France*.

- Abel Bonnard: *Les modérés*.

- Armin Mohler: *La révolution conservatrice en Allemagne, 1918- 1932*.

- Arthur Moeller van den Bruck: *La révolution des peuples jeunes*.

- Silvio Vietta: *Heidegger, critique du national-socialisme et de la technique*.

- Thierry Maulnier: *Au-delà du nationalisme*.

- Werner Sombart: *Le socialisme allemand*.

- Carl Schmitt: *Du politique. "Légalité et légitimité" et autres essais*.

- Ernst Niekisch: *Hitler une fatalité allemande et autres écrits nationaux-bolcheviks*.

De forma paradigmática esta selección, obras publicadas por Labyrinthe (editorial oficial de GRECE) o en colecciones dirigidas por miembros de GRECE, se inicia con una obra de Nietzsche y otra sobre Heidegger⁴⁴. En ella se recogen textos clásicos del ultranacionalismo francés (Barrès, Maurras); las obras capitales sobre y de la Revolución Conservadora Alemana; además de incluir a clásicos como Ortega y Gasset y de Maistre, así como la curiosidad de revitalizar a un olvidado, el líder intelectual de los nacional-bolcheviques alemanes, Niekisch.

De todos ellos merece la pena destacar el grupo de autores de la Revolución Conservadora Alemana (Mohler, Moeller van den Bruck, Sombart y Schmitt) dada la importancia de la influencia que han ejercido sobre la ND. De tal modo que sus ideólogos más destacados se identifican con ese movimiento cultural del primer tercio del siglo pasado y se ven a sí mismos como los revolucionarios conservadores de los siglos veinte y veintiuno. El propio Faye así lo explicita:

La actitud que nosotros tomamos frente a la modernidad se puede entender como la prolongación -pero evidentemente no el calco- de las posiciones de los principales

pensadores de la "Revolución Conservadora".

Los revolucionarios conservadores alemanes son un referente para la ND, colectiva e individualmente. Varios ejemplos. De los 248 artículos publicados en la revista de la ND italiana *Trasgressioni* entre 1986 y 2002, de los artículos de autores considerados como clásicos, veinte han sido textos de Ernst Jünger (1895-1998) (9), Schmitt (6), Oswald Spengler (1860-1936) (3), Sombart (1) y Knut Hamsun (1859-1942) (1). En el número 19 de la revista de la ND española *Hespérides*, se anuncia la próxima aparición de un número monográfico sobre la Revolución Conservadora alemana, número que no ha llegado a publicarse por la desaparición de la revista. Esa admiración se convierte en devoción por lo que se refiere a la figura de Jünger. El primer libro publicado por la ND española en su colección *Los Libros de Hespérides* ha sido el de Alain de Benoist: *Ernst Jünger y el trabajador*. La ND francesa ha editado numerosos textos de y sobre este autor, por ejemplo Dominique Venner publicó en *Éléments* en 1995 un artículo titulado "Jünger: la figure même de l'Européen". El propio Benoist, a partir de 1989, dirigió la colección "Revolución Conservadora" de la Editorial Pardés (fundada por discípulos franceses de Evola), y en 1998 publicó una obra titulada *Ernst Jünger: une bio-bibliographie*, en la editorial de GRECE *Le Labyrinthe*.

En 1932 Edgar J. Jung (1894-1934), secretario del líder político conservador Franz von Papen (1879-1969), escribe en su obra *Deutschland und die Konservative Revolution*: Llamamos Revolución Conservadora a la recomposición de todas aquellas leyes y acciones elementales en ausencia de las cuales el hombre pierde el contacto con la naturaleza y con Dios, viéndose incapacitado para edificar un orden verdadero. En lugar de la igualdad proponemos los valores interiores, en lugar de la orientación social la apropiada integración en una sociedad jerárquica, en lugar de la elección mecánica el surgimiento orgánico de jefes auténticos, en lugar de la coerción burocrática la responsabilidad

personal de una auténtica autodisciplina, en lugar de la felicidad de las masas el derecho de la comunidad del pueblo.

Según Keith Bullivant, los criterios fundamentales de los revolucionarios conservadores alemanes fueron: cuestionarse la primacía de la racionalidad; el rechazo a la militancia partidista; pretender sustituir la democracia por un sistema autoritario y jerárquico; rechazar lo que denominaban "viejo conservadurismo"; valorar positivamente las experiencias guerreras y, por último, potenciar eternos valores vitalistas para superar la decadencia. De esta forma el rechazo a la decadencia y una firme voluntad de defender una concepción del mundo jerárquica, orgánica, comunitarista y guerrera constituyen la razón de ser o alma mater de la Revolución Conservadora alemana. Estas concepciones nucleares son compartidas por la ND europea. De ahí que en los años iniciales de GRECE, en 1977, en un editorial de *Éléments* (nº 20, febrero/abril) titulado "La Revolución Conservadora", se exponga lo interesante de los análisis y criterios de estos autores como colectivo y se abogue por una nueva revolución conservadora.

Esta concomitancia de criterios y objetivos entre antiguos y nuevos conservadores revolucionarios es uno de los argumentos de mayor peso que utiliza el profesor británico Roger Griffin para explicitar el carácter esencialmente fascista de la ND europea, según el tipo ideal weberiano que establece. A partir del cual el fascismo (genérico) debe verse como una forma de ultranacionalismo revolucionario, cuyo mito movilizador es la visión del renacimiento de la nación en un nuevo orden post-liberal que ponga fin al período de agudo declive y decadencia. Y por ello el argumento central que utiliza es el del común diagnóstico realizado por la ND y el Fascismo Clásico de la existencia de una crisis y decadencia civilizatoria que deben ser superados por amplios y transversales movimientos políticos regeneradores de las patrias en procesos palingenésicos. Este aspecto central de la decadencia también es subrayado por otra autoridad académica en el estudio del

Fascismo Clásico, Robert O. Paxton, al afirmar en el inicio de la definición que efectúa que "se puede definir el fascismo como una forma de conducta política caracterizada por una preocupación obsesiva por la decadencia de la comunidad".

El carácter palingenésico-nativista de las propuestas políticas de la ND y del Fascismo Clásico en sus aspectos ideológicos nos conduce a la necesidad de subrayar otro de los aspectos centrales de ambos idearios: la importancia clave de la idea de comunidad según planteamientos ultranacionalistas. Se trataría de un auténtico fetichismo de la identidad colectiva en la terminología de Bühr. Patrias con un destino colectivo a desarrollar, y por ello necesariamente homogéneas; racial o culturalmente puras en la propuesta fascista, o respetando las diferencias étnicas, evitando el universalismo y el mestizaje multiculturalista, en las propuestas de la ND y en lo que ha venido en llamarse racismo diferencialista o culturalista.

Por otra parte, la reivindicación de las desigualdades humanas como un factor natural, enriquecedor y socialmente útil también es un relevante factor compartido entre la ND y cualquier discurso que puede ser considerada adscrito a la gran familia ideológica de la derecha. La cual incluye diferentes subfamilias o subconjuntos como todos aquellos que pueden ser agrupados en el término Derecha Radical. A su vez, esta está formada por otros subconjuntos entre los que merece destacarse, por su gran coherencia ideológica y política, el fascismo. Las analogías entre la ND y el fascismo clásico vienen dadas por factores, previamente expuestos, como compartir un mismo o parecido diagnóstico y una misma o parecida visión del mundo a partir de los referentes filosófico-culturales utilizados por ambos; todo ello a partir de una idéntica concepción del hombre, la naturaleza y la historia: el hombre visto como un ser agresivo, jerarquizado y territorializado. Los descendientes de Caín, según afirma el propio Benoist. Siendo el factor de la agresividad y la exaltación de la lucha un factor decisivo de la vida humana otro

elemento de concomitancia entre la ND y el fascismo, entendido el eterno combate de un modo socialdarwinista extremo en la opción fascista, y de una forma metafísica-existencial en la ND. De ahí que la ND rechace el socialdarwinismo, e incluso al fascismo, al que acusa de totalitario y de jacobinismo pardo. El fascismo fracasó y por ello la ND lo analiza como cosa de un pasado caduco. Lo importante son las concepciones nucleares a otro nivel superior, el nivel de la Derecha Radical. Sin embargo, la esencia del fascismo se encuentra en la convicción de que la civilización avanza cuando existe un orden político "natural" por el cual los no selectos están al servicio (incluso esclavizados) de los selectos. Y ese es el futuro ordenado que plantea Faye (en continuidad clara entre el fascismo clásico y la ND) como posible, deseable y capaz alternativa de solucionar todos los problemas:

Reflexionar sobre una organización mundial a dos velocidades, del hecho de la imposibilidad tecnosociológica de extender a todo el planeta la lógica del "progreso-desarrollo"...Es posible imaginar y predecir el retorno de una gran parte de la humanidad a las sociedades tradicionales, poco consumidoras de energía, socialmente más estables y más felices, mientras que en el cuadro de una sociedad planetaria, una minoría podría continuar siguiendo el modelo de vida tecnoindustrial. Mañana dos esferas: una nueva Edad Media y la Hiperciencia...arqueofuturismo, asociación explotadora de dos contrarios.

La derrota del fascismo en 1945 supuso su demonización, la marginación política y cultural de sus idearios y la hegemonía de los valores democráticos anti-fascistas en los países demoliberales, cuya explicitación más avanzada fue la constitucionalización de los derechos colectivos en los países que se han definido como Estados sociales y democráticos de Derecho. Ante esta realidad, la supervivencia de los idearios fascistas se efectuó en círculos muy marginales de creyentes, entre otros factores porque el fracaso de la fórmula política fascismo disgregó a las diferentes subfamilias de la

Derecha Radical que habían apoyado el desarrollo de los movimientos fascistas-así como otros modelos autoritarios como el franquismo o el salazarismo- en lo que ha sido denominado "Compromiso Autoritario", alianza contrarrevolucionaria o "Contrarrevolución Preventiva". El fascismo se convirtió en una ideología maldita, criminalizada jurídicamente salvo por unas escasas minorías de creyentes y/o simpatizantes - obviamente los oportunistas desaparecieron-. Esta situación de alejamiento máximo del poder hizo que cobrara una relevancia superior la conservación de las ideas-fuerza que homogenizaron a la Derecha Radical en el primer tercio del siglo veinte. Esta ha sido la muy complicada labor que la ND se impuso reconvertir dichas ideas-fuerza adaptándolas a una época de predominio indiscutido de las ideas y valores democráticos. Una adaptación necesariamente sofisticada ya que, para que perviva lo estratégico, era necesario desprenderse de lo táctico. Una identidad no idéntica disfrazada de nuevo paradigma más allá de la derecha y de la izquierda.

El fascismo clásico constituyó una fórmula política exitosa en Italia y Alemania de 1922 a 1945, una alternativa de derecha radical/extrema derecha a las miserias, contradicciones y problemas de la modernidad liberal. De la misma forma, la ND ha desarrollado un ideario alternativo a las disfunciones de la posmodernidad desde una óptica de Derecha Radical en los terrenos político y cultural, respetando (igual

que en los años treinta del pasado siglo) las jerarquías sociales y el sistema productivo capitalista. Una alternativa que, como la Derecha Radical ha evidenciado en múltiples ocasiones, es accidentalista, lo que ayuda también a explicar las diferencias tácticas, e incluso algunas estratégicas, entre el fascismo clásico y la ND. Por eso la ND puede rechazar el totalitarismo y la violencia como método sistemático de actuación política, y a la vez abogar por una "auténtica" democracia pebliscitaria-representativa y federalista.

Pero todas estas cuestiones no son lo más relevante. Lo relevante es la convicción de la ND de que los protagonistas de la historia son las comunidades étnicamente homogéneas; que la libertad sólo está al alcance de unos pocos seres humanos selectos; y que una sociedad humana armónica es aquella en la cual los hombres se definen y actúan como agresivos, jerárquicos y territorializados, donde desarrollan una teoría política e instituciones en consonancia. Todo lo contrario de las concepciones nucleares ilustradas según las cuales los seres humanos nacemos libres, iguales y racionales. Como afirma la expresión latina *Tertia non datur* (no hay tercera vía) entre la democracia y la barbarie, tanto en el terreno de las ideas, los actos o las instituciones. Tal vez podríamos recordar como conclusión final aquellas sabias estrofas de un viejo tango porteño: "no hay nostalgia peor que añorar lo que nunca jamás sucedió".



¿Viejos prejuicios o nuevo paradigma político? La Nueva Derecha francesa vista por la Nueva Izquierda norteamericana

Resulta desconcertante leer los oscuros presagios formulados por cuarenta miembros del *establishment* de izquierda y liberal parisino sobre la amenaza de un "nuevo fascismo", reclamando sean excluidas de la discusión pública ideas consideradas particularmente repulsivas, antes de que éstas hayan podido ser evaluadas críticamente -un proceso que ya en sí es rechazado como "peligroso".

PAUL PICCONE

En una breve declaración que no ofrece argumentaciones documentadas y que no identifica claramente a sus "blancos", los "preocupados" intelectuales franceses delinean simplemente un escenario de "nosotros" contra "ellos" que nos remite a la familiar oleografía de la Segunda Guerra Mundial: de un lado, los paladines de los valores liberal-democráticos de *liberté, égalité, fraternité*; de otro, las fuerzas del Mal insertas en circuitos "antidemocráticos" y "neonazis" que intentan legitimar sus siniestros proyectos; exclusión, violencia, crimen. ¿De nuevo un ejemplo de ese presente que trata desesperadamente de entender un futuro que es irreductible a una mera extensión del pasado? Como las sucesivas polémicas han dejado claro, estos vigilantes de izquierda estaban simplemente recurriendo a la muy experimentada praxis *macarthysta* que consiste en dirigir acciones inquisitoriales contra nadie en particular y, por eso mismo, potencialmente contra todos en general, para así crear un clima de intimidación ideológica en aquellos ambientes donde se pretenda tomar en consideración los llamados "discursos alternativos" o los "relatos" no ortodoxos. Pero, ¿qué es ese "nuevo fascismo"? ¿Se refieren a Yirinovski o a Le Pen o a Sch6nhuber o a...? El original "manifiesto" publicado en *Le Monde* el 13 de julio de 1993 no lo dice. Pero en la polémica posterior se hizo evidente que el verdadero objetivo no era en realidad el obvio imputado: la extrema derecha, sino la Nueva

Derecha en general, y Alain de Benoist en particular. Más aún: en un paradigmático estilo neoestalinista, también liberales patentados con impecables credenciales académicas, como Pierre-André Taguieff, eran públicamente castigados por haber osado tomar en serio y estudiar, y con ello legitimar, a la Nueva Derecha como entidad política relevante.

Consideradas todas las críticas posteriores, se puede pensar que el incidente no ha sido más que la reacción excesiva de un puñado de zelotes que han conseguido engañar a intelectuales "respetables" induciéndoles a firmar el manifiesto -un lapsus embarazoso de la *political correctness* en versión francesa que habría que olvidar lo antes posible, para concentrarse en otras cuestiones de mayor sustancia que el propio manifiesto identifica como raíces causales del resurgir de esas "insidiosas perversiones del pensamiento" que amenazan a las democracias liberales: "crisis económica, paro, exclusión social y una sospecha generalizada sobre el mundo político"... De forma más bien sorprendente, justo un año después el mismo grupo ha republicado prácticamente el mismo Manifiesto, aunque, eso sí, esta vez firmado por mil quinientos vigilantes de grado inferior, presumiblemente ansiosos de confirmar sus propias credenciales de simpatizantes del Partido Comunista. ¿Se ha vuelto loca la izquierda francesa, o por lo menos una parte sustancial de ella? En una época en que la bancarrota de

prácticamente todos los principales modelos políticos reclama urgentemente una intensificada búsqueda de nuevas alternativas y perspectivas actuales, parece que mil quinientos fundamentalistas de izquierda, olvidando la vergonzosa herencia estalinista, tratan de desterrar del debate teórico y de excluir de la discusión pública cualquier desviación del dogma dominante, etiquetando a sus adversarios políticos como "fascistas", "neofascistas" y "neonazis": términos que no tienen ningún significado preciso más allá de algún residual poder de demonización.

En cualquier caso, y a pesar de su carácter abiertamente fraudulento, el Manifiesto ha tenido éxito al marginar, al menos temporalmente (o al perpetuar su ya existente marginación), a la Nueva Derecha francesa, de la misma forma en que cuarenta años atrás Joseph McCarthy logró reducir al silencio a la izquierda norteamericana, a pesar de la censura formal pronunciada contra él por el Senado de los EE.UU. Al igual que le ocurrió a la de-recha americana, que en los años sesenta se encontró de improviso con que tenía que enfrentarse de nuevo a un renacimiento de todas aquellas "ideas peligrosas" -y de muchas otras-, así hoy los vigilantes de la izquierda francesa yerran palmariamente si presumen que sus vanos "manifiestos" neoestalinistas pueden sustituir el diálogo racional y reprimir permanentemente las "ideas peligrosas". Esta clase de esfuerzos son, en general, la última y dese-perada salida de los grupos dirigentes ya agotados cuando tienen que legitimar unas ideologías políticas cada vez menos sostenibles, pero aún hegemónicas. De un modo u otro, las ideas "subversivas" de la Nueva Derecha francesa están teniendo considerables repercusiones en toda Europa, en un momento en que la izquierda se muestra teórica y políticamente acabada, mientras que la derecha experimenta una inesperada resurrección. Estos fenómenos pueden señalar un importante cambio de paradigma que amenaza con romper la tradicional división entre izquierda y derecha, y apuntan a una re-configuración de la política de la posguerra fría. Por estas

razones, la Nueva Derecha debe ser afrontada abiertamente, y no excluida a través de pretenciosos manifiestos *ex cathedra*. Una izquierda intelectualmente honesta no puede comportarse de otra forma.

La ND, ¿es "nueva" o es "derecha"?

Afortunadamente, la izquierda americana no ha estado en el poder tanto tiempo como su homóloga francesa. Quizá por ello no se ha atrincherado en las instituciones y no se ha hecho tan complaciente, dogmática e hipócrita. No obstante su notoria unidad de policía comunista -generalmente conservada en naftalina en guetos académicos políticamente irrelevantes-, al menos algunas de sus partes son notablemente más heterogéneas, más abiertas y en consecuencia más capaces de afrontar las ideas "subversivas" en su propio terreno, sin tener que recurrir a la represión mediante "procedimientos administrativos". Si la ND es tan sospechosa como sostienen los vigilantes, nada mejor que una investigación racional y abierta para sepultarla en el cemento-rio predilecto de la izquierda: el basurero de la historia.

Semejante *Auseinandersetzung* no puede, empero, limitarse a ser un abstracto ejercicio de tolerancia liberal; debe ser un esfuerzo serio por entender, aprender y criticar algo que, en un examen detallado, demuestra ser, globalmente, un conjunto de ideas bastante interesante. Esto puede ser explicado por el hecho de que, como muchos y muy serios analistas se han afanado en subrayar, una buena parte de ese conjunto constituye (o constituía, antes de la involución posmoderna de la izquierda académica estadounidense hacia una identidad política narcisista) una representación de posiciones usuales de la izquierda: democracia participativa, autodeterminación, autonomía local, oposición al capitalismo, al dominio burocrático, al nacionalismo, al racismo y al imperialismo tradicional. Mientras la izquierda ex-marxista más asentada ha dejado de acusar a la "industria cultural" de producir una conciencia popular alienada y, de forma bastante sorprendente, ha desarrollado la apología más articulada del *kitsch* cultural

rebautizándolo eufemísticamente como "cultura popular", la ND no sólo ha retomado esta crítica, sino que, diferenciándose de la incapacidad de la Escuela de Frankfurt para prefigurar alternativas válidas y de su consiguiente huida hacia la alta cultura y el alto modernismo, también ha propuesto estrategias políticas concretas para combatirla.

Hubo un tiempo, antes de probar el narcótico del poder institucional o la eutanasia intelectual de los puestos de relieve, en que la izquierda más asentada solía criticar al liberalismo como ideología capitalista, al capitalismo como sistema que conducía a la destrucción de la personalidad, de la tradición y de la cultura, y a la cultura popular como instrumento de cretinización colectiva. Ahora es la ND la que acusa al liberalismo como dominio burocrático sobre una población reducida a una masa homogénea de individuos abstractos, al capitalismo como némesis de la autodeterminación local y de las culturas tradicionales (las únicas aún capaces de constituir una individualidad autónoma) y a la cultura de masas como un opio del pueblo. Tras las mistificaciones de la Teología de la Liberación y del multiculturalismo, también el anticlericalismo de la izquierda -la condición sine qua non de la política radical antes de la Segunda Guerra Mundial- ha cedido el paso a una oportunista tolerancia religiosa. La ND, en lugar de esto, ha desarrollado una rigurosa crítica del cristianismo (apoyada, por desgracia, en una mala lectura de la historia y de la doctrina tanto del catolicismo como del protestantismo). En cuanto al antiamericanismo -otra predilección paradigmática de la izquierda- hoy se limita a una adhesión puramente formal en la izquierda, mientras que se ha convertido en un eje fundamental de la plataforma de la ND. Sin salirnos del mismo esquema, digamos que la izquierda posmoderna ya no es capaz de desarrollar una crítica de principio respecto a esa derecha tradicional que se obceca acríticamente en el nacionalismo, el capitalismo, el imperialismo, el racismo, etc. (porque ha llegado, en su complejo, a compartir algunos de sus puntos

de vista); la ND, en cambio, ha roto netamente con el Frente Nacional en Francia y con Alianza Nacional en Italia precisamente sobre esos mismos temas. Como Taguieff ha sugerido, de Benoist podría ser perfectamente uno de los pocos hombres de Nueva Izquierda que van quedando.

Lo que hace particularmente interesante a la ND es el hecho de que no se limita a proponer una extravagante inversión de posiciones, sino que representa el fin de las contraposiciones tradicionales de izquierda y de derecha en favor de un nuevo paradigma político. Siguiendo su crítica del liberalismo y del universalismo, el significado del hundimiento del comunismo iría más allá de la desaparición de un detestable y opresivo sistema político y afectaría al punto central de las nuevas estructuras del poder moderno. Lo que ha conducido al sistema soviético al hundimiento no ha sido el keynesianismo militar de Reagan, ni mucho menos los crímenes de Stalin, sino su despilfarradora planificación central, la ingeniería social y el abstracto racionalismo; características que, aunque más mitigadas, caracterizan también a todos los regímenes liberaldemocráticos. Por lo tanto, lejos de ser opuestos irreconciliables, el centralismo burocrático de la ex URSS y la tecnocracia liberal occidental demuestran ser variaciones del mismo modelo básico ilustrado -un modelo que, aun definiendo todos los conflictos en términos económicos, en realidad ha absorbido con éxito una lógica de dominación más general, una lógica situada más allá del conflicto entre trabajo y capital y basada en el poder político y en la mediación entre gobernantes y gobernados, expertos y masa, administradores y administrados. Durante la última mitad de siglo, censurar al capitalismo por cualquier problema imaginable ha sido la manera más cómoda de ocultar el igualmente discutible rol desempeñado por la Nueva Clase de los políticos, intelectuales y burócratas en la institucionalización y administración de las nuevas estructuras de poder [...]

La ND llega a su versión de la teoría de la dominación y de la ideología de la Nueva Clase a través de su propia teoría del racismo,

de la crítica del liberalismo y de la violenta repulsa del liberalismo abstracto. Ninguna de estas posiciones ha sido, en uno u otro periodo histórico, ajena a tal o cual sector de la izquierda. La Dialéctica de la Ilustración de Max Horkheimer y Theodor Adorno -la "Biblia" de la Escuela de Frankfurt, si un libro puede ser definido en estos términos- se propone como principal objetivo el desarrollo de una teoría del antisemitismo y la reivindicación de esa particularidad cultural que de Benoist ha reciclado como "derecho a la diferencia". Todavía medio siglo después de la primera redacción de Dialéctica de la Ilustración, aun los más atentos críticos de la ND han etiquetado varias veces estas ideas como "racismo diferencialista", es decir, un racismo mucho más sutil y pernicioso que en sus habituales versiones biologicistas.

En su intento por entender las raíces causales del exterminio nazi del judaísmo europeo, Horkheimer y Adorno reconducen el antisemitismo a la lógica de la identidad de la ideología ilustrada y a la estructura del pensamiento conceptual, como explica el título de su libro. El universalismo abstracto, contrapartida conceptual del capital (trabajo abstracto), llega a dominar la particularidad concreta de la misma forma en que el capital domina al trabajo. Esta lógica de la identidad, según la cual el concepto abstracto redefine a lo particular y concreto a su imagen y semejanza, deslegitimando de paso to-do lo que queda excluido de este ejercicio de ingeniería conceptual, corresponde a la lógica del capital -la famosa "inversión" descrita por Marx en El Capital, a través de la cual el trabajo objetivado (el capital) se hace más concreto que el trabajo vivo que lo ha creado, hasta el punto de definir a este último como una mercancía abstracta adquirida y vendida en el mercado-. En ese contexto, el antisemitismo es enfocado como un caso especial de esta lógica más amplia. El judío culturalmente recalcitrante, que había rehusado desprenderse de su especificidad en este proceso de homologación capitalista, debe desaparecer: todo lo que no pueda ser asimilado, debe ser exterminado. Por eso la Dialéctica de la Ilustración termina estableciendo una continuidad entre el

fascismo y la industria cultural, principal agencia que administra la integración social. Así, por implicación, la industria cultural representa la continuación benigna del mismo proyecto de homologación universal. Derrotado en el campo de batalla, el fascismo habría ganado la guerra cultural. Sumando a este dato la habilidad del sistema para satisfacer necesidades, tanto las fundamentales como las más artificiales, Horkheimer y Adorno no perciben ninguna vía de salida; de ahí su estrategia de hibernación teórica y de poner el acento en una teoría estética que glorificaba la impenetrabilidad (entendida como inmunidad a la instrumentalización) como sucedáneo de la teoría política y social.

A fecha de hoy, sólo un puñado de irreductibles intelectuales de izquierda se pronuncian todavía contra la industria cultural. Redefinida como una respetable disciplina académica, la "cultura popular" casi ha dejado de ser considerada como el opio de las masas. Ahora es un legítimo "terreno de contestación" que, se dice, puede proporcionar un gran número de posibilidades de emancipación. Pero la esencia de la crítica originaria de la Escuela de Frankfurt se ha convertido en una parte de la ideología de la ND, en gran medida integrada en una crítica más amplia de los EE.UU. y de su hegemonía cultural. Es verdad que, aun reconstruyendo de forma independiente el desarrollo de la Teoría Crítica, la ND no deja de caer en algunas de las mismas trampas: su crítica de la industria cultural viene vinculada a un más amplio antiamericanismo que en realidad se basa en un grave malentendido. Como Horkheimer y Adorno, también de Benoist sufre el espejismo del modo en, que la industria cultural representa a los EE.UU: una triste mezcla de Walt Disney, Coca-cola y MacDonald's.

¿Qué contribución puede aportar la ND?

Tanto el antiamericanismo como la crítica del cristianismo son sintomáticos de una característica problemática de la ND en general y de Benoist en particular, que puede

explicar (pero no justificar) una parte de la hostilidad de los "vigilantes" de la izquierda. Como Taguieff ha documentado atentamente, desde su creación en 1968 la ND ha modificado sus propias posiciones tan densa y drásticamente que ahora se enfrenta a un problema de credibilidad. Sus nuevos puntos de vista sobre la raza, ¿serían simples argucias retóricas para legitimar el mismo viejo racismo biológico sostenido un cuarto de siglo atrás? El "derecho a la diferencia", ¿sería una estratagema para justificar un nuevo tipo de apartheid cultural destinado a que la civilización euro-pea (¿aria?) garantice su pureza? La crítica de la nación y el redescubrimiento del federalismo, ¿no serían más que otro medio para atacar la igualdad y en consecuencia relegitimar indirectamente las viejas estructuras jerárquicas? La crítica al liberalismo, ¿sería en el fondo una justificación del obstinado proyecto conservador de dismantelar el aparato redistributivo del Estado centralizado? Presumiblemente, los "vigilantes" de la izquierda responderán a gran parte de estas preguntas, si no a todas, de modo afirmativo. Ahora bien, sobre la base de lo publicado, hay una remota posibilidad de que puedan tener razón, pero es extremadamente improbable. Y en cualquier caso, nadie ha presentado argumentos convincentes para llegar a tal conclusión, de modo que permaneceríamos en el campo de las ociosas conjeturas sobre posibles móviles. Por otra parte, el discurso racional no puede preocuparse de móviles inverificables y debe tomar las ideas en su valor de hecho: lo que uno dice y escribe explícitamente debe ser considerado más importante que lo que alguien pueda, sobre la base de teorías del complot, de intuiciones o de simples sospechas, presumir que "realmente" se piensa. Si estos significados sospechosos están claramente articulados y documentados, entonces sí deben ser criticados y atacados. Pero hacerlo prematuramente es una actitud intelectualmente irresponsable.

Peor aún negarse a estudiar y a entender seriamente a los adversarios puede tener como efecto la incapacidad para comprender

cuanto haya de verdaderamente original en sus puntos de vista y, en el caso específico de la ND, por qué sus ideas están teniendo un impacto tan profundo en Europa. Una negación concreta comporta siempre la apropiación crítica de cualquier contenido que los adversarios puedan ofrecer. Así, en un período en el que la conflictividad étnica ha hecho precipitarse a muchos países en brutales guerras civiles y amenaza a muchos otros en el mundo, la reivindicación por parte de la ND de un nuevo concepto de "etnicidad" -incluso si éste se ha liberado claramente de la hipoteca de las viejas incrustaciones raciales, nacionales o naturales- es extremadamente problemática. Por este motivo es absolutamente urgente comprender sus implicaciones e investigar su posible nuevo papel en el interior de las instituciones políticas de la posguerra fría. Aunque este tipo de problemas puedan parecer a primera vista como un retorno a la política de la extrema derecha de los años precedentes a la Segunda Guerra Mundial, no represento ciertamente una novedad en los EE.UU. o en Canadá, donde han estado al orden del día, durante al menos las dos últimas décadas, bajo la etiqueta del multiculturalismo. Lo que distingue a las perspectivas de la ND de las posiciones de la izquierda americana es la crítica del liberalismo, la teoría del Estado y, en menor medida, el concepto de democracia.

Si bien el multiculturalismo americano reconoce la irreductibilidad de las diversas tradiciones culturales (o la indeseabilidad de la tentación de subsumirlas a todas bajo un único modelo predominante, algo que lo aproxima notablemente la acepción del "derecho a la diferencia" de la ND francesa), este multiculturalismo opera enteramente dentro del contexto del Estado liberal postmoderno, lo cual genera una 'serie de insuperables contradicciones. Desde el punto de vista de la ND, los valores culturales preceden lógicamente a las instituciones políticas, y de hecho las determinan. No es necesario adentrarse en la maraña de la teología política para reconocer que los Estados Unidos, en la medida en que su administración liberal "políticamente

correcta" pueda estar tentada de caer en las llamadas inclinaciones "eurocéntricas", son el legado secularizado de la Reforma protestante. Sus instituciones fundamentales no pueden ser separadas de tales raíces culturales sin sumergir al sistema entero al caos. Aunque el Estado estuviese en condiciones de desprenderse de todos los residuos axiológicos, el cuadro resultante (en teoría estrictamente procedimental) presupondría todavía opciones particularistas dependientes de factores culturales. Conclusión: por muy "políticamente correcto" (o sea, compatible con el abstracto universalismo liberal) que intente mostrarse, el multiculturalismo seguirá siendo fundamentalmente incompatible con el Estado liberal.

El problema con la escena política americana puede remontarse a la tentativa de aplicar el liberalismo a nivel federal pero concediendo a sus unidades políticas constitutivas (los estados) el máximo espacio posible para articular su particularidad cultural en el interior de instituciones políticas locales. Desde este punto de vista, en la estructura originaria del federalismo americano estaba implícita una versión del multiculturalismo: una estructura, sorprendentemente, muy similar a la versión del federalismo fundada sobre el "pluralismo pagano" que la ND sostiene. Desde el inicio, esa versión entraba en contradicción con un sistema que suponía un colegio electoral nacional y que por tanto se entrometía en la autonomía de las unidades federadas, en teoría soberanas. A partir de los primeros decenios del siglo XIX, los EE.UU. han tratado de resolver esta contradicción favoreciendo un modelo de facto nacional. Tal alternativa ha tenido resultados espectaculares, culminados en la creación de la que hoy es única superpotencia mundial, pero al precio de minar sus auténticas bases.

He aquí una variación sobre las contradicciones que Carl Schmitt advertía entre liberalismo y democracia: el multiculturalismo (equivalente funcional de la democracia) sólo puede prosperar en el Estado intervencionista liberal si se reduce a celebraciones de irrelevante carácter

folclórico, culinarias o de cualquier otra manifestación superficial. Cuando toca cuestiones serias como, por ejemplo, la religión, queda claro que la contradicción es irresoluble salvo que se practiquen fundamentales revisiones constitucionales. Como pudo verse en la controversia respecto al aborto, no existe absolutamente ningún modo, a nivel federal, de reconciliar la moralidad en conflicto de las partes en causa sin alienar a un segmento significativo de la población, incitando así a la desobediencia civil (o directamente al terrorismo) y, por fin, deslegitimando al Estado como tal. Una pluralidad de culturas puede coexistir sin que se destruyan o absorban unas en otras sólo si tal pluralidad queda encarnada en comunidades orgánicas, no simplemente en individuos aislados. En este último caso, el resultado es no sólo la gradual cancelación de la especificidad cultural, sino también una verdadera descomposición de la individualidad, que explica la inextricable conexión existente en los EE.UU. entre la homogeneización cultural a través de la industria cultural, el crecimiento de la industria terapéutica y la progresiva desintegración de la comunidad.

Paradójicamente, a pesar de su virulento antiamericanismo, la articulación que la ND hace del concepto de etnicidad en el contexto de un federalismo "pagano" (o neutral respecto a las prácticas religiosas) y en conexión con una noción de democracia participativa en pequeñas y axiológicamente homogéneas comunidades locales, retorna sin saberlo el originario modelo americano. Y lo hace en un momento en el que la mayoría de los americanos parece haberlo olvidado para abrazar acríticamente un liberalismo cada vez más problemático a causa de su extensión en las distintas unidades de la federación, hoy transformada de hecho en un Estado nacional. Todavía más paradójico es descubrir que algunos de los sectores más agudos de la izquierda americana, aunque aparentemente ignorantes de los puntos de vista sostenidos por la ND, comienzan a converger en posiciones similares.

© Hespérides, revista de debate, pensamiento y cultura crítica, núm. 16/17, primavera 1998.



La Nueva Derecha y la reformulación «metapolítica» de la extrema derecha

La denominada Nueva Derecha (ND) nace en Francia a principios de los años setenta, pero desde entonces ha conocido una enorme expansión en el ámbito político de la derecha radical europea, abriéndose agrupaciones que tomaban su modelo en Italia, Bélgica, Alemania, Gran Bretaña, Rusia y España.

MIGUEL ÁNGEL SIMÓN

El origen de este movimiento hay que buscarlo en el GRECE, que nace en enero de 1968, y que bajo el liderazgo de Alain de Benoist comienza a plantearse la necesidad de reformular el pensamiento político de la derecha radical europea y presentar un nuevo modelo intelectual o un nuevo paradigma que sirva de referencia intelectual al resurgir de la derecha neopopulista, un programa del que se harán eco autores como Tarchi en Italia, Steuckers en Bélgica, Douguin en Rusia o Esparza en España. Su proyecto es, por tanto, metapolítico, es decir, se ocupa de poner las bases de la renovación de la derecha radical europea, de que sus valores alcancen la hegemonía cultural, pero no entran directamente en la refriega política.

El origen de tal pretensión bebe en las fuentes mismas de la derecha radical europea y su orientación es clara a la luz de los autores a los que se remiten, la línea intelectual que destacan, y los valores a los que se adscriben. Efectivamente, entre los autores privilegiados por los trabajos de la ND encuentra un lugar destacado la denominada *Konservative Revolution*, el movimiento político-intelectual que en el período de entreguerras planteaba la necesidad de acometer una revolución conservadora que acabase con la decadencia a la que los sistemas demo-liberales sometían a Europa. Asimismo, las referencias de la ND a autores como Ernst Jünger, Charles Maurras, Oswald Spengler, Alfred Rosenberg, Ernst Niekisch, Moeller van den Bruck, Julius Evola, Friedrich Nietzsche, Martin Heidegger o Carl Schmitt, son

constantes. No obstante, hay que indicar que un elemento característico de estos autores es la erudición que presentan sus textos, las referencias a los más diversos dominios de las ciencias sociales y humanas es destacada como telón de fondo de una línea de pensamiento que, no obstante, mantiene firmes una serie de valores que constituyen su núcleo ideológico: presentar una “alternativa a todo aquello que juzgan como nefasto, la hegemonía del liberalismo universalista y el liderazgo ideológico de uso valores democráticos que se fundamentan filosóficamente en la doctrina de los derechos humanos” (J. Anton Mellon).

Y se tenemos en cuenta que “los criterios fundamentales de los revolucionario conservadores alemanes fueron: cuestionarse la primacía de la racionalidad; el rechazo a la militancia partidista, pretender substituir la democracia por un sistema autoritario y jerárquico, rechazar lo que denominaron el “viejo conservadurismo”, valorar positivamente las experiencias guerreras y, por último, potenciar eternos valores vitalistas para superar la decadencia”, tendremos un adecuado plano del programa que suscriben estos autores.

En la cosmovisión propugnada por la ND hay una serie de elementos que debemos destacar. En primer lugar está su marcado europeísmo, en lo que se ha convertido en uno de los elementos característicos de la renovación intelectual de la derecha radical europea tras la Segunda Guerra Mundial, la idea de Europa ha venido a tomar el centro

de su cosmovisión política sustituyendo a los estados-nación. Así, “el tradicional chauvinismo aislacionista de las diferentes extremas derechas europeas es substituido por ... el mito unificador transnacional Europa ... el vieto nacionalismo se disolvía en un concepto superior racial y etnográfico de base más biológica que cultural”.

En esa constitución de Europa como pivote geográfico alrededor del que establecer su nueva cosmovisión, desempeña un papel fundamental la búsqueda del sustrato común europeo. Se recurre a los análisis de Konrad Lorenz, la socialbiología, la lingüística, la mitología, etc, y se cree encontrar ese fondo europeo en el pueblo Indoeuropeo, mientras que, por la influencia de Nietzsche, Guenón, Evola y de la propia tradición fascista, la ND suscribe plenamente el neopaganismo, convirtiendo la crítica al cristianismo en un elemento fundamental de su discurso.

A esa concepción de Europa se añade otro concepto que ha tenido mucho éxito en los ámbitos ideológicos de la derecha contemporánea, el “diferencialismo”, eventualmente los autores de la ND dicen denotar cualquier concepción racista a la que consideran intelectualmente insostenible y señal de ignorancia. Así profesan una lógica diferencialista que proclama el máximo respeto por todas las culturas en su integridad, un respeto que llega tan lejos que imposibilita el intercambio intercultural; así se pide, por ejemplo, que la cultura de los musulmanes que viven en Francia sea respetada impidiendo que se produzcan interferencias entre ella y la cultura francesa propiamente dicha. De este modo, podemos decir que con el diferencialismo, la ND sustituye el racismo biológico por un nuevo racismo cultural que, en todo caso, divide a la humanidad en compartimentos estancos entre los que no cabe intercambio, mezcla, ni roce.

Finalmente, Europa debe estar unida frente al paradigma de la modernidad decadente, del materialismo y el sepulturero de la tradición, el modelo demo-liberal que su agente privilegiado, EE.UU. quiere imponer

a todo el planeta. A este respecto, el diagnóstico ya nos es familiar y, de nuevo, se vincula a la cosmovisión apocalíptica de la decadencia de Occidente: así el *Manifiesto: la Nueva Derecha del año 2000* lamenta la sociedad actual en la que “un individuo inseguro flota por entre los mundos irreales de la droga, lo virtual y lo mediático”, o “la tendencia hacia la muerte que hoy nos domina”.

El proyecto palingenésico pasa por una Europa unida, por “apuntar rápidamente hacia una unidad política y hacia el redescubrimiento de sus raíces culturales comunes”. Por potenciar un nuevo-antiguo concepto de libertad comunitaria que permita sustituir la hegemonía de los valores burgueses por valores aristocráticos y establecer una nueva jerarquía ya que “el igualitarismo supone el hundimiento de todo lo que es elevado y diferenciado dentro de los que es homogéneo, indiferenciado, equivale, de hecho, a la inversión de las jerarquías”. Finalmente, caído el bloque del Este, la palingenesis europea pasa por el diferencialismo frente al universalismo, el predominio de la política y la ruptura con EE.UU. buscando la alianza con los países del Tercer Mundo y, especialmente, con el mundo árabe. Europa debe, por tanto y también de un modo clásico en esta corriente de pensamiento, constituir una “tercera vía”, un modelo alternativo al socialismo y al liberalismo.

No podemos cerrar este epígrafe sin señalar esquemáticamente el calado real de las ideas de la ND entre las distintas formaciones políticas, su naturaleza y el alcance de su estrategia metapolítica. Así, por ejemplo, hay que señalar que pese al conocido repudio de Le Pen por parte del portaestandarte de la reformulación de la ND, Alain de Benoist, buena parte del discurso del FN recoge posiciones esbozadas por los ideólogos inspiradores de la reconstitución de la extrema derecha europea posterior a la Segunda Guerra Mundial. Si, el antiliberalismo, antimodernismo y aniustración forman parte esencial del discurso de los partidos de extrema derecha y de algunos nacional-populismos, no son

casuales sus paralelismos con las fórmulas de Alain de Benoist o Julius Evola. Así, por ejemplo, si Benoist o Evola son los teóricos de la degeneración de Europa como consecuencia de la aplicación de los principios liberales ilustrados y de la propia modernidad, Le Pen y la escisión del MNR se hace eco de ello, recoge toda la corriente pesimista de la ND al referirse reiteradamente al “proceso de decadencia” espiritual y moral, mientras que el MNR demanda el “renacimiento de las virtudes que fundamentan nuestra civilización”. En cuanto a las soluciones propuestas, también los ecos, en este caso especialmente de Evola, son particularmente visibles en su proyecto resacralizador de la sociedad del FN: “una civilización no puede ser duradera sin remitirse a un orden espiritual que sobrepase a los individuos (...) es el momento de reintroducir lo sagrado en nuestra sociedad”.

Igualmente, la pretensión de suponer algo distinto a los partidos tradicionales y de eliminar el *clivaje* izquierda/derecha tan frecuente entre los nacional-populismos y los neofascismos o posfascismos, se hace eco de las reiteradas demandas de Benoist de la necesidad de superar el caduco antagonismo entre izquierda y derecha que, como es sabido, forma parte de la más vieja tradición de la derecha autoritaria y fue un componente esencial de los fascismos clásicos.

Finalmente, el “diferencialismo” de Benoist también encuentra amplia acogida, como veremos, en la formulación ideológica de los nacional-populismos y los fascismos contemporáneos, aunque frecuentemente

teñido de un racismo abierto que Benoist dice despreciar.

Pero quizás es en las zonas “débiles”, menos trabajados o elaboradas más apresuradamente del discurso de algunos partidos o movimientos nacional-populistas o fascistas en las que mejor se percibe su vinculación con la renovación intelectual que ha puesto en marcha la ND, a nadie familiarizado con el trabajo de Alain de Benoist le pasará desapercibida la visión que Le Pen tiene de la Europa “deseable”, una visión de Europa que se ve obligado a realizar apresuradamente al calor de las elecciones europeas y que le obliga a acudir a las imágenes disponibles en su entorno ideológico: “Europa será imperial o no será”.

Si, de un modo claro, no existe una correspondencia directa, por otra parte imposible dado que el proyecto *metateórico* de la ND le exime de los compromisos y servidumbres políticas a las que se ve sujeto el FN, no es menos evidente la “familiaridad” de los recursos ideológicos de ambos movimientos. En definitiva, como señala con acierto Joan Antón: “estos planteamientos podrían juzgarse como una curiosidad cultural (...) si no valoráramos que hay partidos que inspiran sus programas políticos en parte de esas concepciones o están en el poder, o logran millones de votos, como obtuvo Le Pen con el apoyo de las organizaciones neopopulistas FN y MNR”.

© Extraído de *La extrema derecha en Europa desde 1945 a nuestros días*, Miguel Ángel Simón y otros, Tecnos, 2007.



El Frente Nacional y la Nueva Derecha

Mi primera observación concierne al status respectivo de la Nueva Derecha (ND) y del Frente Nacional (FN): la primera es una corriente de pensamiento que lleva una batalla metapolítica, que cree ser capaz de sacar a la calle y difundir un cierto número de "ideas-fuerza" o de "conceptos-agentes" que se oponen a las ideologías dominantes de la modernidad. El segundo es un partido político cuyo objetivo es la conquista del Estado a través del juego electoral (y también, desde hace algún tiempo, mediante la infiltración en los ambientes sindicales y asociativos).

CHARLES CHAMPETIER

La contraposición más evidente entre ND y FN, válida además respecto a cualquier otro partido político, está en su diferente naturaleza. Esta diferencia de naturaleza no es, en sí, neutra, sobre todo cuando influye sobre los medios y sobre los fines: la metapolítica, tal y como la concibe la ND, no es "otro método" para hacer política, sino algo diferente de la política. Para ser claros: yo opino que cualquier iniciativa ligada a la política convencional está destinada, a fin de cuentas, al fracaso, porque enseguida se halla frente a dos opciones igualmente peligrosas: la vía reformista (si se contenta con modificar el sistema existente sin poner en discusión sus fundamentos; por ejemplo, pretender enmendar los males de la sociedad liberal con un discurso nacional, lo cual sería como retornar al siglo XIX para afrontar el XXI), o bien la vía revolucionaria (destruir el sistema por la fuerza). Ahora bien, el reformismo no está evidentemente en condiciones de ofrecer lo que nuestra época espera, es decir, una auténtica superación de la modernidad y la invención de nuevos modos (políticos y sociales) de "vivir juntos"; respecto a la "revolución", que ha tenido todavía sentido hasta mediados de siglo, hoy se ha convertido en una ilusión (a veces mantenida viva como nostalgia incapacitante) en la medida en que el poder ha fragmentado suficientemente los centros de decisión como para precaverse contra la violencia específica de una parte del pueblo. Y sobre todo, todas las "revoluciones realizadas" (fascista, nazi,

comunista), lejos de liberar al hombre, no han hecho otra cosa que proseguir, acelerándolo, el proceso moderno de dominación. Abrir "frentes metapolíticos", como la ND hace desde sus orígenes, presupone el haber tomado conciencia de esta impotencia política -cosa que, por lo demás, cierta "izquierda" intelectual (Illich, Castoriadis, etc.) estaba haciendo en ese mismo momento. Hoy no estamos en una lógica de "explosión" del sistema por medio de un conflicto abierto, sino más bien en una lógica de implosión a través del descompromiso y la desimplicación de una parte creciente de nuestros contemporáneos (una *secessio plebis* a escala planetaria, podríamos decir).

Pero, para volver a la cuestión, esta divergencia estratégica entre la ND y el FN no debe ser el árbol que esconda el bosque de las divergencias ideológicas. Cuando se dice que todos critican a Le Pen, se equivoca. Le Pen no es criticado, sino demonizado: se le transforma en "figura del Mal", como ocurre con Hitler o Stalin, precisamente para no tener que criticarlo en cuestiones sustanciales. Los intelectuales oficiales prefieren tocar la fácil partitura del Mal absoluto, reducido a una reacción afectiva de repulsión orquestada por los media. Frente a tal comportamiento es fácil experimentar una especie de "simpatía negativa" (muy poco nietzscheana, si lo pensamos bien), como cuando uno defiende a los perseguidos de los

perseguidores. Pero luchar contra la degradación del debate democrático no significa aprobar o justificar las argumentaciones de los que resultan excluidos. La ND contrapone a Le Pen juicios de hecho y de valor, no juicios morales. Para no extenderme, me contentaré con señalar algunas contraposiciones esenciales que tienen que ver con el problema de la identidad (ya que se dice que en este campo FN y ND encuentran una esencia común, la de una "reacción identitaria").

El FN es un movimiento nacionalista que concibe la identidad como restauración de una (hipotética) "Edad de Oro" de Francia y como reafirmación de la soberanía nacional; la ND, por el contrario, defiende la identidad in se (y no sólo per se), esto es, apoya a todos los movimientos heterogéneos de diferenciación y singularización que se contraponen a los modos homogéneos de concentración. En términos concretos: el FN es jacobino y la ND antijacobina; el FN no duda en azuzar la xenofobia de sus contemporáneos, y la ND condena la xenofobia, que es la expresión particular del eterno resentimiento y el síntoma más evidente de la decadencia de un pueblo incapaz de afirmarse si no es a través de la negación del Otro; el FN es hostil a toda integración europea, y la ND es favorable a la integración de Francia en una soberanía continental; el FN esgrime la obsesiva expulsión generalizada como solución a los "problemas de la inmigración", y la ND prefiere la vía de una integración comunitaria (pero declarándose, y lo subrayo porque se han producido varios malentendidos, hostil por principio al hecho de la inmigración, que corresponde a una auténtica deportación de poblaciones por parte del mercado de trabajo); el FN considera que el "peligro prioritario" es la islamización de Francia, y la ND critica ante todo su "americanización" u "occidentalización" (para ser más preciso: la mercantilización y la racionalización sin límites del vínculo social); el FN defiende (moderadamente, porque su electorado es mayoritaria-mente agnóstico) la identidad cristiana de Francia y de Occidente, y la ND

re-habilita abiertamente los orígenes paganos de Europa.

En suma, es fácil constatar que existen pocos puntos en común entre la ND y el FN sobre la cuestión de la identidad. ¿Y qué decir de las frecuentes llamadas del movimiento lepenista a la "restauración del orden moral", vieja y obsoleta cantinela de la reacción burguesa? ¿Qué decir del doble discurso de un partido político que es discretamente liberal en el aspecto económico (supresión de los impuestos directos y aumento de los indirectos, disminución de la presión fiscal sobre las empresas, fin del monopolio estatal o privatización de la Seguridad Social, desmantelamiento del Estado asistencial, libre juego del mercado, etc.) y demagógicamente social en las "llamadas al pueblo" (recordemos el ambiguo discurso mantenido por el FN en las huelgas de diciembre de 1995)? Para concluir este punto: la respetabilidad no tiene nada que ver con nuestra crítica del FN: simplemente, la ND defiende su propio punto de vista, que no cambia en función de las modas políticas o mediáticas, y que no es soluble en el oportunismo. Dicho sea de paso: nuestras ideas son absoluta-mente inaceptables para ese puñado de señoritos sectarios que hacen y des-hacen la vida intelectual parisina, como demuestra el silencio interpuesto en la campaña de odio de la que fuimos víctimas. Por lo demás, nuestro papel no es tal vez el de criticar a Le Pen, pero le hago notar que lo criticamos bastante poco: esa es una impresión de mentes pasionales que no han soportado tres o cuatro frases escritas aquí y allá. Sin embargo, es necesario insistir: la ND y el FN no tienen la misma visión del mundo y no dudaremos en recordarlo si hace falta disipar cualquier equívoco.

Obviamente, el "caso Le Pen" al hablar de la "desigualdad de las razas" amplía la publicidad gratuita ofrecida cíclica y cínicamente por medios de información en crisis de contenidos, por políticos carentes de programas y por intelectuales faltos de ideas. Ello me hace pensar en las consideraciones expresadas hace algunos años por Botho Strauß: "Lo que el pensamiento dominante excomulga, en realidad lo cultiva, lo alimenta

en grandes dosis y a veces incluso lo compra y lo mantiene. El rostro impassible del presentador y la boca vociferante del xenófobo forman la cabeza de Jano política - porque en la política todo se puede encontrar, invertido lateralmente, en una misma cabeza". En lo que concierne al racismo, Jano parece realmente la divinidad tutelar de todos los debates. ¿Qué alternativa se opone a la presunta "superioridad" de ese Occidente blanco y cristiano de los argumentos lepenistas? ¡La superioridad del Occidente liberal! Sostener la validez universal e imperativa de la ideología de los derechos humanos y de la economía de mercado, imponer a los inmigrantes su asimilación a un modelo considerado ejemplar (aunque todos sus pilares -Iglesia, escuela, partidos, sindicatos, ejército, sistema salarial, etc.- estén en plena crisis), oponer a la miserable argucia de una inmigración "racialmente indeseable" el argumento mediocre de una inmigración "económica y demográficamente útil", todo esto significa ahora y siempre obedecer al mismo impulso de dominio de un Occidente que decididamente no alcanza a pensar la alteridad, a pensar al Otro, si no es en términos de negación, expulsión o

conversión. Lepenistas y antilepenistas tienen un único enemigo declarado: la diferencia. Las soflamas nacionalistas y los sermones universalistas vienen alimentados por el mismo deseo fundamental de homogeneidad, el mismo rechazo de una evidencia: el reconocimiento del otro condiciona la afirmación de sí. Los adversarios de Le Pen, que encarnizadamente se afanan en abrirle un camino triunfal hacia el poder, deberían meditar sobre este dato: nunca se hará retroceder a la extrema derecha defendiendo un sistema que por todas partes destruye las comunidades de pertenencia y de convivencia, que considera la competencia de todos contra todos como el modelo único de vínculo social y que eleva sin complejos su propia historia al rango de destino planetario.

No quiero que mis afirmaciones sean interpretadas como una justificación de las leyes liberticidas o del antirracismo más estúpido del mundo, del que Francia tiene el monopolio. Es hora de salir de esta lógica binaria y primitiva según la cual no hay ninguna vía fuera del lepenismo o del antilepenismo. Por lo que a mí respecta, soy no-lepenista de la misma forma que soy no-cristiano y no-moderno.



La Nueva Derecha y el Fascismo

La existencia de rasgos comunes entre el origen del fascismo y las propuestas de la nueva derecha nacida a la luz de la crisis del capitalismo a fines de la década de los años sesenta del siglo XX permite establecer una comparación entre ambos fenómenos. Las coincidencias son estructurales, no el fruto de una casualidad. Los principios sobre los cuales fundamenta sus acciones y sus propuestas teóricas son homologables en tanto establecen una crítica global a la cultura occidental, al marxismo, la democracia igualitaria y al liberalismo en su vertiente política decimonónica.

MARCOS ROITMAN ROSENMANN

Sus postulados conllevan una refundación del orden político, una innovación en el pensar y un cambio en la estructura social. La nueva derecha propone una reflexión profunda acerca de la política, la técnica y la ciencia. Asimismo defiende una concepción biológica cultural dependiente de la etológica de donde elabora su crítica a la sociedad mercantilista y de consumo. Es una propuesta cultural revolucionaria por ello cuestiona los valores del orden establecido, adjetivándolo como lucha contra el sistema occidental. En el reino del capitalismo y sobre todo durante el último tercio del siglo XX la definición de nueva derecha ha cobrado carta de ciudadanía. Pero una derecha que se presenta como nueva debe explicitar cuáles son sus diferencias con los grupos tradicionales ya existentes y adjetivados como derecha conservadora-reaccionaria o liberal-progresista.

La crítica cultural a la razón occidental

En este sentido uno de sus rasgos más destacados es constituirse en una crítica cultural a la denominada razón de occidente identificada con la doctrina de un liberalismo igualitarista, expresión, para la nueva derecha, de un mundo decadente propio de los valores, normas e instituciones prevalecientes en el cosmos burgués.

A la civilización occidental, como un mundo sin fin, se auto-reproduce. El cristianismo, transformado en moral social y

en evangelio laico, pierde su contenido religioso y no es obstáculo ya para el ateísmo total del mundo. Por primera vez vivimos en una sociedad sin legitimación ni sentido global, donde la domesticación social y la alienación psicológica de masas han tomado el relevo de las ideas y de los mitos. Nuestra ambición entonces es proponer ideas como un posible remedio para los hombres de nuestro tiempo y de nuestro pueblo. Pero esta ambición es un combate. combatimos porque no combatir es morir, porque el mundo que nos rodea es el pasividad y el sueño, donde la energía del pueblo se muere.¹ En estas afirmaciones podemos encontrar una primera semejanza con el fascismo. Su alusión a la creación de mitos, su culto a la muerte y su necesidad de combate contra el tedio nos llevan a considerar los tópicos inherentes a la vanguardia artística conocida como futurismo y cuya influencia fue decisiva en la configuración de la ideología fascista. Es la primera corriente intelectual que en esta época elabora una formulación estética de la política. El futurismo italiano y el vorticismismo inglés de Ezra Pound y Wyndham Lewis..., ilustran a la perfección el aspecto cultural del fascismo. Se explica perfectamente la atracción que este movimiento de ideas ha ejercido, a lo largo de la primera mitad del siglo, sobre amplias capas de la intelectualidad europea, cuando se ha comprendido que estas capas encontraron en él una expresión de su propio inconformismo

y de su rebeldía frente a la decadencia burguesa. Más allá de proponer una concepción entre el individuo y la sociedad, esta ideología representó un nuevo ideal de lo hermoso y lo admirable. Éste era el verdadero denominador común de los revisionistas revolucionarios, los nacionalistas y los futuristas: su odio hacia la cultura dominante y su deseo de reemplazarla con una alternativa total.²

Profundamente contrarios a las ideologías que proclaman el igualitarismo y practican una filosofía de los derechos humanos los fundadores de la nueva derecha profesan una ideología anti-universalista y liberal burguesa por ello reniegan del humanismo en todas sus vertientes, especialmente de sus corriente marxista y cristiana. Son portadores de una visión orgánica de lo social constituida bajo los principios de la etología, la genética y la antropología. Se presentan como una propuesta cultural regeneradora y alternativa al universalismo considerado responsable del colonialismo cultural y del actual estado de decadencia y corrupción del carácter y los valores más nobles de las naciones, los pueblos y los Estados.

Podemos situar los orígenes de la nueva derecha en Francia y años más tarde un sucedáneo esperpéntico en los Estados Unidos. La primera, a la cual nos referiremos más concretamente, muestra una consistencia teórica y se presenta con un proyecto cultural propio para Europa. La nueva derecha estadounidense tiene un carácter menos genérico y pretende ser un referente para la defensa de los valores culturales que dieron lugar al gran imperialismo norteamericano. Sus fuentes emanan del mito constituyente del destino manifiesto.

En Francia fue la crisis de la cuarta república, el mayo de 1968 el detonante de su aparición. En Estados Unidos es producto del escándalo *Watergate* con la posterior renuncia y destitución de Richard Nixon, y el síndrome de Vietnam lo que permitirá ver su luz. En ambos casos sus hacedores emergen como los paladines de una refundación del orden moral y vital, definiéndose como

movimientos culturales desligados de la acción política partidaria. Esta peculiaridad, constituirse en crítica cultural es sin duda otra de las semejanzas que presenta con el nacimiento del fascismo. El crecimiento del fascismo no hubiera sido posible sin la rebelión contra la ilustración y la revolución francesa que barrió Europa a fines del siglo XIX y principios del XX. En cualquier lugar de Europa la rebelión cultural precedió a la política: la ascensión de los movimientos fascistas y la toma del poder fascista en Italia fueron posibles sólo debido a la conjunción de la acumulada influencia de la revolución cultural e intelectual con las condiciones políticas, sociales y psicológicas creadas a fines de la primera guerra mundial.³ En otras palabras, la crítica a la cultura dominante dotó de fuerza y proveyó de sentido a una propuesta política cuyos postulados dieron consistencia e hicieron atractiva la ideología fascista para una mayoría de ciudadanos italianos.

Las nuevas derechas francesa y estadounidense nacen enfrentadas. No puede ser de otra manera sus propuestas son excluyentes. Ambas reniegan del universalismo y construyen una interpretación nacionalista de la cultura. El relativismo cultural hace su aparición como parte de una concepción antropológica donde se critica el mestizaje cultural, aunque se reniega del racismo vulgar, considerado producto de la cultura occidental. El llamado a reconocer la tolerancia y la diferencia es una crítica a la visión igualitaria de las ideologías liberal y marxista donde prima una lógica individualista, segmentada y sectorial anclada en principios de una civilización planetaria a la cual se aborrece porque elimina la historia y la tradición de pueblos cuyas diferencias son el motor de un mundo heterogéneo al cual se aspira. Para la nueva derecha la falsa concepción de la diferencia corresponde a la construcción de una humanidad homogénea, compuesta de estados-naciones parecidos, en cuyo interior aparecen sociedades heterogéneas y dispares, sin vínculos históricos, culturales comunes, a la manera de la sociedad americana, que es el modelo universal de occidente. Más que un mundo

homogéneo, compuesto de sociedades yuxtapuestas, es preferible un mundo heterogéneo, compuesto de pueblos homogéneos y enraizados. Oculta la verdadera diferencia se destruye en nombre de un igualitarismo absurdo. En efecto, la mentalidad alterofóbica se basa en una especie de monoteísmo social o político. Desde el momento en que uno se adhiere a la idea de una verdad única, le acomete la tentación (que puede incluso ser sentida como un deber) de tratar de reducir la diversidad humana a un modelo único, arbitrariamente considerado como el > mejor=. La lucha contra el racismo exige, pues, junto a una rigurosa batalla contra los prejuicios, una crítica no menos firme de todas las formas de universalismo... Por lo demás, la legislación antirracista ganaría mucho si fuese ampliada a más formas de rechazo del Otro. Podría, por ejemplo, condenar las doctrinas que niegan al otro en nombre de la >clase=, como otras lo hacen en nombre de la "raza". Incitar al odio entre las clases no es menos condenable que azuzar el odio entre las razas.⁴

Como corolario de lo anterior y bajo el criterio antropológico de defensa de la diversidad de pueblos y de comportamientos, la nueva derecha francesa no tiene ningún problema en señalar que: Ala inmigración es condenable porque atenta contra la integridad de la cultura anfitriona, así como la identidad de los inmigrados. La nueva derecha está contra la inmigración porque respeta a los inmigrantes, todo lo contrario que la sociedad mercantilista que está a favor de la inmigración porque desprecia a los pueblos justificando este desprecio mediante un antirracismo progresista. Además, el fenómeno de la inmigración se basa en una concepción de la nacionalidad como superestructura transitoria (marxismo) o simple sección del gran mercado mundial (liberalismo). El pueblo no es otra cosa que una serie de individuos intercambiables, reunidos de manera aleatoria. La nacionalidad se adquiere o abandona, siguiendo un trámite formal. Conforme una sociedad es más heterogénea, los societarios tienen menos cosas en común sólo puede basarse en

metafísicas abstractas desarraigadas o en valores estrictamente materiales.⁵

Más ramplona, la nueva derecha norteamericana ve en los comunistas y no en la homogeneización de valores occidentales el peligro de disolución de identidad. En tiempos de guerra fría, esta fue su visión: los comunistas han desarrollado una elaborada técnica científica, calculada y dirigida a inutilizar a la juventud estadounidense por medio de ataques a su sistema nervioso, promoviendo el deterioro y el retardo mental...La música destructiva de los Beatles simplemente refuerza el reflejo excitatorio de la juventud en el punto donde se cruza con el reflejo inhibitorio: todo esto debilita al sistema nervioso del joven y lo hace sufrir una neurosis artificialmente inducida. Lo horrorizante, y aún fatal de este estado de destrucción mental, es que estos adolescentes, una vez han entrado en este estado de excitación pueden ser dirigidos para hacer cualquier cosa, y lo harán.⁶

Si en los años setenta, las nuevas derechas, configuraron una crítica a la cultura dominante en la década de los ochenta y hasta el presente han logrado en gran parte imponer sus postulados. Su arsenal ideológico penetra en los nuevos movimientos políticos de una derecha no tradicional nutriendo de ideas y conceptos a sus dirigentes y líderes. En Estados Unidos supuso la articulación de los tanques de pensamiento neoconservadores integrados en la Plataforma del Partido republicano para la elección de Ronald Reagan en 1979 y continua hoy en los gobiernos de Bush padre e hijo. En Francia las ideas culturales de nueva derecha han ido calando lentamente en la sociedad francesa siendo absorbidas en parte por el Frente Nacional que se nutre de sus principios.

La defensa del capitalismo y su proyecto cultural.

A pesar de las grandes distancias que separan la nueva derecha francesa de su homóloga estadounidense, sus posturas tienden a confluir cuando se trata de la defensa de los principios del capitalismo en tanto orden de dominio y explotación. Se

reconocen parte de la modernidad coincidiendo en ello con el fascismo originario. Como señala Sternhell, el fascismo es una revolución que declara querer aprovechar lo mejor del capitalismo, del desarrollo de la tecnología moderna y del progreso industrial. La revolución fascista pretende cambiar la naturaleza de las relaciones entre el individuo y la colectividad sin que por ello sea necesario romper el motor de la actividad económica -la apetencia de beneficio-, ni abolir sus cimientos- la propiedad privada- o destruir el marco indispensable- la economía de mercado. Ese es un elemento que constituye una innovación en el fascismo: la revolución fascista se sustenta en una economía regida por las leyes del mercado.⁷

Aceptación de las leyes del mercado y crítica ideológica a la burguesía ilustrada o inculta, conservadora o liberal y al marxismo materialista es el nexo que une el nacimiento de las nuevas derechas con el fascismo de principios de siglo XX. Sin embargo, las semejanzas se tornan diferencias cuando se trata de identificar a los forjadores del proyecto cultural. Los enemigos cambian y la crítica política adquiere un tono de rechazo frontal hacia el debate teórico y los problemas políticos en los cuales estaban ensalzados derechas e izquierdas tradicionales. Había que empezar de cero. Alain de Benoist, uno de los más brillantes intelectuales franceses de la nueva derecha acota: Por aquella época -años sesenta- se sentían en total ruptura con la vieja derecha, tanto en el terreno de la sensibilidad como en el de las ideas, y sobre todo ajenos a sus crispaciones tradicionales: el totalitarismo, el colonialismo, el nacionalismo, el racismo, el orden moral. Rechazaban sus desviaciones, tanto nacionalista, con sus prejuicios, su xenofobia y sus ostentosas complacencias, como la economizante, con su liberalismo abstracto, su implícito igualitarismo y sus injusticias sociales; la totalitaria, con sus nostalgias, sus fantasmas de autoridad y su mito del “jefe providencial”, y la tradicionalista, con sus sueños reaccionarios, sus referencias metafísicas y su pasadismo radical. Al mismo tiempo deseaban revitalizar

una cultura sumergida. Querían también volver a empezar de cero, ver cómo una >sensibilidad de derecha= `podía traducirse en doctrina, insertarse en el debate ideológico contemporáneo y renovar sus bases y referencias en el sentido de una mayor modernidad. Deseaban acabar con el unilateralismo que caracteriza a la ideología dominante. por último, no veían como su principal adversario al “comunismo”, la “subversión” o a la “izquierda”, sino a una ideología igualitaria, regresiva y negativista, representada hoy tanto bajo formas metafísicas como profanas.⁸

Había que derribar el sistema y proponer nuevos referentes capaces de construir un orden social en el cual se vean reflejadas las diferencias subsumidas en un occidentalismo cultural castrador del individuo y la comunidad. Para ello, la nueva derecha se dotó de un marco teórico capaz de enfrentarse a las doctrinas universalistas de un humanismo occidental. Rechazando las propuestas exclusivamente biológicas, pero asociando su marco referencial a la sociología, la política y la economía proponen una visión holista y orgánica, al postular que las sociedades siguen procesos metabiológicos. Sobre la base de un sincretismo teórico, la nueva derecha elabora una doctrina fundacional cuyos principios culturales se encuentran en el estudio comparado de las conductas. Apoyados en los fundamentos etológicos del instinto de agresión explicadas por Konrad Lorenz; las bases fisiológicas de los mecanismos del comportamiento de agresión y miedo propuestas por Ivan Pavlov; y el estudio del aprendizaje y acondicionamiento expuestos por Friedrich Skinner cimientan su doctrina de la agresión como control territorial.

Entre las enseñanzas que pueden extraerse de la etología, encontramos la afirmación de que el hombre es un primate depredador, dotado de una pulsión agresiva, de sentido territorial y de especialización jerárquica. Como todos los primates superiores, el hombre es un animal social que vive en grupo. Estas pulsiones innatas heredadas sirven para la formación y supervivencia del grupo. Lorenz demuestra

que la agresividad es una parte esencial de la organización de los instintos para la protección de la vida y la condición de supervivencia de las sociedades (el hombre se impone en detrimento del medio que agrede). En el hombre, la supresión de la agresividad conduciría a la desaparición de su espíritu de iniciativa, de la competición, del riesgo e incluso del honor personal. Atacar esta pulsión equivaldría a despojar al hombre de sus ganas de vivir y de luchar. Más que oponerle un veto moral a la agresividad, habría que reorientarla hacia formas de actividad, que permitan una descarga catártica...⁹

La posterior transformación del instinto de agresión en violencia creadora de moral y virtud le confiere a la nueva derecha otro símil con el fascismo. Apoyados en los fundamentos de la etología se presentan como recuperadores de la conducta agresiva y competitiva del individuo. Argumentos que también obtienen de la interpretación evolucionista-genética presente en Lamarck. Benoist, infiere: La etología, la genética y la antropología han destruido la ilusión de la uniformidad natural del género humano. El hombre como idea, científicamente ha muerto. Agresivo, territorial y jerarquizado, el *homo sapiens* se nos muestra completamente diferente a la imagen que de él daba el humanismo, fuese rusoniano, cristiano o marxista.

El instinto de agresión es el que lleva al hombre como al animal a combatir contra los miembros de su misma especie defendido por la nueva derecha como motor del orden se refuerza en los años setenta con argumentos aportados por la naciente socio-biología. De esta manera emergen explicaciones de contenido genético capaces de transformar el instinto de agresión en un comportamiento egoísta eficaz para sobrevivir y dotar de continuidad a la especie humana. Argumentaré que una cualidad predominante que podemos esperar que se encuentre en un gen próspero será el egoísmo en el comportamiento despiadado. Esta cualidad egoísta del gen dará, normalmente, origen al egoísmo en el comportamiento humano... A nivel del gen,

el altruismo tiene que ser malo, y el egoísmo bueno...El gen es la unidad básica del egoísmo.¹⁰

La lucha contra el sistema

Violencia, egoísmo, competitividad, heroicidad y entrega son algunos de los reclamos lanzados por la nueva derecha para luchar con éxito contra el sistema. Se trata de canalizar la agresividad humana hacia fines nobles y creadores de una moral y una virtud emanadas del deseo de recuperación de una identidad histórica de pertenencia a naciones y pueblos cuya existencia el sistema pretende eliminar. Voluntad de ruptura y entrega. Contra el sistema se levantan todos aquellos que comparten la filosofía vital del paganismo mental europeo: voluntad creadora, apego a la comunidad, considerada como un trampolín de aventuras, de conquista y combate político y cultural; todos aquellos que rechazan el cosmopolitismo, el burguesismo, el hedonismo y el modelo neoyorquino de subcultura.¹¹ Otra vez la confluencia con el fascismo: el llamado al voluntarismo y el mito de la violencia como síntesis de la lucha contra el conservadurismo, para la nueva derecha, conformismo. El fascismo se construye no sólo por el repudio de la democracia, del marxismo, del liberalismo, de los valores llamados “burgueses”, de la herencia del siglo XVIII, del internacionalismo y del pacifismo- también por- el culto del heroísmo, del vitalismo y de la violencia¹². Las semejanzas son muchas en cuanto propuesta cultural, llamando ambas a constituir nuevas fuerzas capaces de detener la decadencia de una sociedad amorfa y pasiva.

El sistema, adjetivado como occidental y legitimado en una universalidad construida sobre bases artificiales tecno-económicas despolitizantes de dominación son el fundamento para imponer una vida mecánica, intemporal donde no se desea otra cosa más que el fin de la historia. La necesidad de levantarse contra el orden mundial generado por el sistema occidental forma parte de una lucha heroica por recuperar los valores de

una cultura, la europea secuestrada en nombre del universalismo.

El sistema pasa a ser considerado un gobierno mundial de transnacionales cuya praxis de naturaleza económica y financiera vacía de todo contenido la realidad nacional y su cosmopolitismo hace perder toda noción de territorialidad. Para la nueva derecha no se trata de una crítica al capitalismo, ya lo hemos señalado, supone un rechazo a la visión de universalidad de lo común cuyas raíces están en la llamada *american way of life* considerada hostil a cualquier concepción ideológica orgánica. De aquí su rechazo a la sociedad americana como forma de vida, como imperio y como imperialismo cultural. El sistema occidental debe entenderse como la extensión planetaria, no de los Estados Unidos, en tanto que nación, sino de la sociedad americana, de la parte mundializable de esta sociedad, es decir de todo aquello que comporta una mayor universalidad y es común a todas las estructuras mentales, y por lo tanto resulta más primitivo.¹³

Tras dos décadas de predicar sus doctrinas y presentar a la sociedad francesa los postulados de un orden nuevo cuyos valores culturales son la lucha contra el sistema, Le Pen y el Frente Nacional han incorporado esta cosmovisión como parte del discurso ideológico. El frente tiene algunas cosas claras muy claras, que tiene que expresar en su propaganda para mantener en pie esta verdadera coalición del malestar. Por ejemplo, la crítica al *sistema*, entendiendo por él el régimen político y no las razones íntimas del capitalismo. Su denuncia de la mundialización se debe a haber entendido la fuerza de las identidades nacionalistas en esta fase del sistema, la potencia de lo particular, de una cultura excepcional, pero también *de un modelo de cohesión social* destruido por el sistema en los años noventa.¹⁴

Como colofón el llamado a la revolución y la lucha contra el sistema occidental cuyos valores culturales proyectan una sociedad patológica que en el plano fisiológico e intelectual y en el plano orgánico destruye la energía de los grupos e individuos donde las masas humanas que nos rodean- continua

Faye, ideólogo de la nueva derecha- no están únicamente “deculturadas, sino también desnacionalizadas”. El llamado a construir un tipo de nacionalismo revolucionario desde donde imponer las nuevas pautas de reconstrucción de la soberanía y la identidad nacional abre las puertas a otra semejanza con el fascismo. Ya sólo cabe concluir con la deslegitimación de una sociedad que se muere. El recurso al fundador de la etología permite corroborar a la nueva derecha su postulado. Como ha visto Konrad Lorenz, la civilización occidental nos arrastra a una muerte lenta. Sus modos de vida tienen incidencias psicológicas, neuróticas y patógenas: nos transformamos en seres domesticados y fragilizados en nuestros comportamientos. La decadencia demográfica, la debilidad de carácter, la degradación genética de los occidentales son hechos confirmados por los propios médicos.¹⁵

Será nuevamente el Frente Nacional con Le Pen a la cabeza quienes doten de sentido esta crítica, asimilen los postulados de la nueva derecha y desplieguen el argumento de un nacionalismo revolucionario. Como bien expresa Ferrán Gallego: A Le Pen había madrugado señalando que su candidatura obedecía a la necesidad de acabar con la degeneración francesa que llegaría a ser irreparable. Decadencia expresada en la contaminación cultural que implicaba la extranjerización, la destrucción de los valores tradicionales y, en todo caso, propios del país a manos de una inmigración cada vez más dispuesta a defender su carácter diferencial, menos resignada a adoptar las formas de vida del país de acogida. El discurso sobre la decadencia moral se convertía en la necesidad de una alternativa expresada no en términos sociales, sino en la esfera de la identidad francesa, que debía ser el punto de encuentro de las clases, de los individuos, de las opciones parciales. El imaginario nacional-populista comenzaba a actuar como una forma antisistema, como un recurso defensivo frente a amenazas perceptibles.¹⁶

La nueva derecha está triunfando. El fascismo reaparece bajo nuevas formas dando lugar a un entramado fino donde las

críticas al sistema occidental generan y movilizan a la juventud a los sectores medios e intelectuales. Se trata de una propuesta cultural cuyo atractivo radica en la movilización y el rechazo a la uniformidad nacida del consumismo. Muchos podrían estar compartiendo parte del diagnóstico. En eso consiste su atractivo y su fuerza. Así, es posible encontrarnos con un campo de confluencias absolutas como son: la creciente fuerza de las transnacionales y del capital financiero en el proceso de toma de decisiones, la pérdida de centralidad de la política, la crítica sistémica, el pensamiento conformista o el reconocimiento a la diferencia y el llamado a la tolerancia. Sin embargo, las diferencias se hacen notar cuando se exponen las causas de dichos fenómenos. Es en ellas donde estriba la diferencia y se explicita la distancia que separa la nueva derecha con su reconocimiento del capitalismo como orden social de dominio y explotación del nacimiento de una cultura democrática ajena por completo a los intereses de la nueva derecha.

Dejemos que sean las palabras de la nueva derecha quienes cierren este ensayo. Su apostolado totalitario de lucha antisistémica se concreta al inferir: Únicamente de las revoluciones nacionales y populares podrá partir la rebelión contra la sociedad planetaria del bienestar mediocre...Sólo una revolución popular podrá permitir a cada pueblo recuperar su historia y actuar según su destino...Únicamente los pueblos y las naciones aisladamente, resolverán las cuestiones internacionales cruciales, jamás una burocracia internacional...La salvación de la humanidad es una palabra vacía. Lo que está en juego es el futuro de cada pueblo. La especie humana no sobrevivirá más que si los pueblos preservan, no sólo sus diferencias, sino que entran en competencia los unos contra los otros.

Notas.

1 BENOIST, Alain y FAYE, Guillaume: *Las ideas de la Nueva Derecha. Una respuesta al Colonialismo cultural*. Ediciones de Nuevo Arte Thor. Barcelona 1986. Pág 167.

2 STERNHELL, Zeev, ZSNAJDER, Mario y ASHERI, Maia: *El nacimiento de la ideología fascista*. Editorial Siglo XXI, España. 1994. Pág 40.

3 STERNHELL, Zeev, ZSNAJDER, Mario y ASHERI, Maia: *El nacimiento de la ideología fascista*. Editorial Siglo XXI, España 1994. Pág 1.

4 BENOIST, Alain de: *La nueva derecha*. Editorial Planeta. Barcelona 1982. Pág 123. (La edición francesa es de 1979)

5 PINEDO, Carlos: *ABases ideológicas de la Nueva Derecha*. En BENOIST, Alain y FAYE, Guillaume: *Las ideas de la nueva derecha*. Op. Cit. Pág. 139.

6 SAXE-FERNÁNDEZ, John: *ALos fundamentos de la >derechización= en los Estados Unidos@*; En Tiempos Conservadores. América latina en la derechización de Occidente. Cueva, Agustín (Comp) Editorial El Conejo 1987. Pág 66.

7 STERNHELL, Zeev, SZNAJDER, Mario y ASHERI, Maia: *El nacimiento de la ideología fascista*. Editorial siglo XXI, España 1994. Pág 7.

8 BENOIST, Alain de: *La nueva Derecha. Una respuesta clara, profunda e inteligente*. Editorial Planeta, Barcelona 1982. Pág 15.

9 PINEDO, Carlos: Op. Cit. Pág 35.

10 DAWKINS, Richard: *El gen Egoísta*. Ediciones Salvat, Ciencia. Barcelona, 1997. Pág 3.(El texto original data del año 1976)

11 PINEDO, Carlos: Op. Cit. Pág 84.

12 STERNHELL, Zeev: Op. Cit. Pág 43.

13 PINEDO Carlos: Op. Cit. Pág 76.

14 GALLEGO, Ferran: *Por qué Le Pen*. Editorial Viejo Topo. España. 2002. Pág 130. (Cursivas en el original).

15 FAYE, Guillaume: *ACrítica del sistema occidental*. En BENOIST, Alain y FAYE, Guillaume: Op. Cit. Pág 464.

16 GALLEGO, Ferran: Op. Cit.

© El Viejo Topo N° 171/ Rebelión



El pensamiento único «antifascista»

Jean-François Revel habló hace tiempo de «devoción» para calificar la opinión sobre una idea sólo en función de su conformidad o de su poder de atracción respecto a una ideología dominante. Podríamos añadir que la devoción representa el grado cero del análisis y de la comprensión. Es precisamente porque la devoción domina, por lo que hoy no se refutan las ideas que se denuncian, sino que se contentan con declararlas inconvenientes o insostenibles. La condena moral exime de un análisis de las hipótesis o de los principios bajo el prisma de lo verdadero o de lo falso. Ya no hay ideas justas o falsas, sino ideas apropiadas, en sintonía con el espíritu de nuestro tiempo, e ideas no conformes denunciadas como intolerables.

ALAIN DE BENOIST

Esta actitud se ve aún más reforzada por las obsesiones estratégicas de los actores del buen pensamiento. Poco importa también en este ámbito que una idea sea justa o falsa.: lo importante es saber a qué estrategia puede servir, quién recurre a ella y con qué intención. Un libro puede por tanto ser denunciado, aunque su contenido se corresponda con la realidad, con la única excusa de que corre el riesgo de convertir en «aceptables» ideas consideradas intolerables o de favorecer a aquellos a los que se quiere hacer callar. Es la nueva versión de la vieja consigna: «no exasperar a Billancourt». Ni que decir tiene que, con este enfoque, el lugar donde nos expresamos es más relevante que lo que vayamos a decir: hay lugares autorizados y lugares «no recomendables». Toda crítica se presenta, pues, como una tentativa de descalificación que se obtiene recurriendo a palabras que, en vez de describir una realidad, funcionan como otros tantos signos u operadores de deslegitimación máxima. Nuestros singulares estrategias traicionan así su propio sistema mental, que sólo atribuye un valor a las ideas en la medida en que puedan ser manipuladas.

En el pasado, este trabajo de deslegitimación se llevó a cabo en detrimento de las familias de pensamiento más diversas —pensemos por ejemplo) en las campañas

grotescas en tiempos del macarthismo. Pero actualmente se efectúa sin duda alguna en una única dirección. Se trata de tachar de ilegítimo todo pensamiento, toda teoría, toda construcción intelectual que contradiga la filosofía de las Luces que, confundiendo todos los matices, constituye el soporte de la legitimidad de las sociedades actuales. Para ello, el pensamiento políticamente correcto recurre esencialmente a dos imposturas: el antirracismo y el antirracismo. Diré al respecto algunas palabras.

El racismo es una ideología que postula la desigualdad entre razas o que pretende explicar toda la historia de la humanidad basándose únicamente en el factor racial. Esta ideología no tiene prácticamente ningún defensor hoy día, pero fingimos creer que está omnipresente, asimilándola a la xenofobia, a actitudes de rechazo o de desconfianza con respecto al Otro, e incluso a una simple preferencia por la endogamia y la homofiliación. El «racismo» es presentado como la categoría emblemática de un irracionalismo residual, enraizado en la superstición y en el prejuicio, lo que impediría el advenimiento de una sociedad transparente ante sí misma. Esta crítica del «racismo» como irracionalidad fundamental recicla simple y llanamente el cuento de hadas liberal de un mundo prerracional que

es la fuente de todo mal social, como lo demostraron hace ya más de medio siglo Adorno y Horkheimer al decir que refleja la ineptitud de la modernidad para enfrentarse al Otro, es decir, a la diferencia y a la singularidad.

Denunciando el «racismo» como una pura irracionalidad, es decir, como categoría no negociable, la Nueva Clase traiciona al mismo tiempo su distanciamiento con respecto a las realidades, pero contribuye también a la neutralización y a la despolitización de los problemas sociales. En efecto, si el «racismo» es esencialmente una «locura» o una «opinión criminal», entonces la lucha contra el racismo tiene mucho que ver con los tribunales y los psiquiatras, pero en cambio no tiene ya nada que ver con la política. Esto permite a la Nueva Clase hacer olvidar que el racismo mismo es una ideología resultante de la modernidad por el triple sesgo del evolucionismo social, del positivismo cientificista y de la teoría del progreso.

El «antifascismo» es una categoría completamente obsoleta en la misma medida en que el «fascismo» al cual pretende oponerse lo es. La palabra es hoy un cajón de sastre sin ningún contenido preciso. Es un concepto elástico, aplicable a cualquier cosa, empleado sin el menor rigor descriptivo, que llega a declinarse como «fascistante» e incluso como «fascistoide», lo que permite adaptarlo a todos los casos. Leo Strauss hablaba ya de *reductio ad hitlerum* para calificar esta forma puramente polémica de desacreditar. La manera en la que hoy en día cualquier pensamiento no conforme es tachado de «fascista» por parte de censores que a duras penas podrían ellos mismos definir lo que ellos entienden por ese término, forma parte de la misma estrategia discursiva.

«Hay una forma de *political correctness* típicamente europea que consiste en ver fascistas por todas partes», observa sobre este punto Alain Finkielkraut. «Se ha convertido en un procedimiento habitual, para una cohorte de plumíferos delatores —añade Jean-François Revel—, el arrojar al nazismo y al revisionismo a todo individuo al que

quieren ensuciar la reputación.» Se pueden observar las consecuencias de ello todos los días. El más nimio incidente de la vida política francesa se juzga hoy bajo el prisma del «fascismo» o de la Ocupación. Vichy «se vuelve una referencia obsesiva» y se convierte en un fantasma que permite mantener un psicodrama permanente y, dado que se prefiere el «deber de memoria» al deber de verdad, se apela regularmente a esta memoria para justificar las comparaciones más dudosas o las asimilaciones más grotescas.

Esta sempiterna incriminación del fascismo —escribe Jean-François Revel—, cuya desmesura es tan chocante que ridiculiza a sus autores en lugar de desacreditar a sus víctimas, revela el móvil oculto de lo políticamente correcto. Esta perversión sirve de sustituto a los censores a los que dejó huérfanos la pérdida de ese incomparable instrumento de tiranía espiritual que era el evangelio marxista.

Revelador a estos efectos es el desencadenamiento de hostilidades provocado por la explotación de los archivos del Kremilín, la cual empezó a provocar el desmoronamiento de algunas estatuas de «héroes» legendarios. Igualmente revelador resulta observar de qué manera la mera constatación de que el sistema comunista acabó con la vida de más personas que ningún otro sistema de la historia ¡cientos millones de muertos!— suscita hoy virtuosas indignaciones en los medios que «hacen todo por ocultar la magnitud de la catástrofe», como si dicha constatación equivaliera a banalizar los crímenes nazis que no son por definición comparables con nada, como si el horror de los crímenes del comunismo pudiera atenuarse por la supuesta pureza de sus intenciones primeras, como si los dos grandes sistemas totalitarios, cuya rivalidad-complementariedad caracterizó el siglo XX, no se inscribiesen en una relación fuera de la cual se convierten el uno y el otro en ininteligibles, como si, en definitiva, algunos muertos pesaran más que otros.

Pero hay que subrayar también que el «antifascismo» contemporáneo —que parafraseando a Joseph de Maistre podríamos

calificar no como lo contrario al fascismo sino como el fascismo en sentido contrario— ha cambiado totalmente de naturaleza. En los años treinta, el tema del «antifascismo», explotado por Stalin al margen de la lucha auténtica contra el verdadero fascismo, servía a los partidos comunistas para cuestionar la sociedad capitalista burguesa, acusada de servir de caldo de cultivo al totalitarismo. Se trataba de mostrar entonces que las democracias liberales y los «socialo-traidores» eran objetivamente aliados potenciales del fascismo. Ahora bien, actualmente, es exactamente lo contrario. Hoy, el «antifascismo» sirve ante todo de coartada a los que se han sumado al pensamiento único y al sistema en vigor. Habiendo abandonado toda actitud crítica, habiendo sucumbido a las ventajas de una sociedad que les ofrecía prebendas y privilegios, quieren dar la impresión (o se hace la ilusión), abrazando la retórica «antifascista», de haber permanecido fieles a ellos mismos. En otros términos, la postura «antifascista» permite que el Arrepentido, figura central de nuestro tiempo, haga olvidar sus retractaciones empleando un eslogan comodín que no deja de ser un lugar común. Ayer, herramienta estratégica que permitía poner en tela de juicio el capitalismo mercantilista, el «antifascismo» se ha convertido en un mero discurso a su servicio. Así, mientras que las fuerzas de contestación potenciales se movilizan prioritariamente contra un fascismo fantasma, la Nueva Clase que ejerce la realidad del poder puede dormir a pierna suelta. Haciendo referencia a un valor que no solamente no supone ya una amenaza para la sociedad vigente, sino que, al contrario, la afirma en lo que es, nuestros «antifascismos» modernos se han convertido en sus perros guardianes.

Es tan cierto que para los políticos la denuncia del «fascismo» es hoy día una excelente forma de rehacerse una reputación. Los más corruptos usan y abusan de ella para minimizar la importancia de sus malversaciones. Si el «fascismo» es el mal absoluto, y ellos lo denuncian, eso significa que no son totalmente malos. Facturas falsas, promesas electorales incumplidas,

chanchullos y corrupciones de toda índole se convierten en faltas lamentables pero, en resumidas cuentas, secundarias en relación a lo peor.

Pero no solamente la izquierda o los políticos necesitan un «fascismo» inexistente que encarna el mal absoluto. También toda la modernidad en declive necesita una bestia negra que le permita hacer aceptables las patologías sociales que ella misma ha engendrado, bajo el pretexto de que por muy mal que vayan hoy las cosas, nunca tendrán punto de comparación con las que acaecieron en el pasado.



La modernidad se legitima así por medio de un fantasma del que, paradójicamente, se nos dice a la vez que es «único» y que puede regresar en cualquier momento. Confrontada a su propio vacío, confrontada al fracaso trágico de su proyecto inicial de liberación humana, confrontada a la contra-productividad que genera por doquier, confrontada a la pérdida de referentes y de sinsentidos generalizados, confrontada al nihilismo, confrontada al hecho de que el hombre se vuelve cada vez más inútil a partir del momento en que se proclaman sus derechos en abstracto, a la modernidad no le queda otro recurso que desviar la atención, es decir, esgrimir peligros inexistentes para impedir que se tome conciencia de los verdaderos. El recurso al «mal absoluto» funciona entonces como un medio prodigioso de hacer aceptar los males a los cuales nuestros contemporáneos se enfrentan

en su vida cotidiana, males que, en comparación a este mal absoluto, se convierten en contingentes, relativos y, en última instancia, accesorios. La oposición exacerbada a los totalitarismos de ayer, la interminable machaconería acerca del pasado, impiden analizar los males del presente y los peligros del futuro, al mismo tiempo que nos hacen entrar con una fuerte rémora en el siglo XXI, con un ojo fijado en el retrovisor.

Sería por tanto un error creer que el «antifascismo» actual no representa nada. Por el contrario, supone una legitimación negativa fundamental para una sociedad que no tiene ya nada positivo que incluir en su balance. El «antifascismo» crea la identidad de una Nueva Clase que no puede existir sino invocando el espantajo de lo peor para no ser reducida a su propia vacuidad. De la misma manera que algunos no encuentran su identidad más que en la denuncia de los emigrantes, la Nueva Clase únicamente encuentra la suya en la denuncia virtuosa de un mal absoluto, cuya sombra oculta su vacío ideológico, su ausencia de referentes, su indigencia intelectual, en definitiva, que simplemente, ya no tiene nada más que aportar, ni análisis originales, ni soluciones que proponer.

Por tanto, resulta vital para el núcleo duro de los bienpensantes prohibir todo cuestionamiento de los principios fundamentales que constituyen su soporte de legitimidad. Para que las cosas fueran de otra manera sería necesario que la ideología dominante aceptara cuestionarse. Pero no lo consentirá, ya que comparte la convicción con la mayor parte de las grandes ideologías mesiánicas de que si las cosas van mal, si no se alcanza el éxito previsto, no es nunca porque los principios fueran malos, sino por el contrario, porque no han sido suficientemente aplicados. Ayer nos dijeron que si el comunismo no había alcanzado el paraíso en la tierra era porque aún no había eliminado un número suficiente de opositores. Hoy nos dicen que si el neoliberalismo está en crisis, si el proceso de mundialización conlleva desórdenes sociales, es porque todavía existen demasiadas trabas

que obstaculizan el buen funcionamiento del mercado.

Para explicar el fracaso del proyecto —o para alcanzar el objetivo buscado—, hace falta pues un chivo expiatorio. Hace falta que haya oposito-res no conformes, elementos desviados o disidentes: ayer, los judíos, los masones, los leprosos o los jesuitas. Hoy los supuestos «fascistas» o «racistas». Estos desviados son percibidos como elementos perturbadores, molestos, que obstaculizan el advenimiento de una sociedad racional de la que es preciso purgar el cuerpo social por medio de una acción profiláctica apropiada. Si por ejemplo existe hoy en Francia xenofobia, no es debida en ningún caso a una política de inmigración mal controlada, sino a la existencia de «racismo» en el cuerpo social. En una sociedad cuyos componentes son cada vez más heterogéneos, se hace esencial establecer una especie de religión civil designando un chivo expiatorio. La execración compartida sirve entonces de nexo, mientras que la lucha contra un enemigo, aunque sólo sea un mero espejismo, permite mantener una apariencia de unidad.

Pero existe además otra ventaja de la denuncia moral. Y es que contra el «mal absoluto», todos los medios son válidos. La demonización, en efecto, no tiene solamente como consecuencia la despolitización de los conflictos, sino que ocasiona, asimismo, la criminalización del adversario. Éste se convierte en un enemigo absoluto al que hay que erradicar por todos los medios existentes. Se entra entonces en una especie de guerra total —y tanto es así, que se pretende llevarla a cabo en nombre de la humanidad. Luchar en nombre de la humanidad lleva a colocar a sus adversarios fuera de la humanidad, es decir, a practicar la negación de la humanidad. Desde esta perspectiva, la apología del asesinato y el llamamiento al linchamiento se encuentran también justificados.

Por último, lo que hay que señalar, es que las etiquetas descalificadoras manejadas hoy día en nombre de lo políticamente correcto no son nunca etiquetas reivindicadas, sino etiquetas atribuidas. Contrariamente a lo que

sucedía en los años treinta, cuando los comunistas y los fascistas reivindicaban abiertamente sus respectivas denominaciones, hoy nadie reivindica los calificativos de “fascista” y de “racista”. Su adscripción no tiene pues un valor objetivo, informativo o descriptivo, sino un valor puramente subjetivo, estratégico o polémico. El problema que se plantea es saber cuál es la legitimidad de su atribución. Como esta legitimación está siempre por probar, se deduce que la “prueba” se deriva de la posibilidad misma de la atribución.

La psicoanalista Fethi Benslama escribió que “hoy día el fascismo ya no es un bloque, una entidad fácilmente identificable encarnada en un sistema, en un discurso, en una organización que se puede delimitar” sino que “más bien reviste formas fragmentarias y difusas dentro del conjunto de la sociedad [...], de forma tal que nadie está al amparo de una concepción del mundo, al resguardo de esta desfiguración del otro que lo hace surgir como un cuerpo bullicioso, gozoso, expandido secretamente por todas partes”. Tales declaraciones son reveladoras: si el fascismo está “secretamente expandido por todas partes”, el “antifascismo” puede evidentemente acusar a cualquiera. El problema es que la idea según la cual el mal está por todas partes es la premisa de toda inquisición y, asimismo, la premisa sobre la que se sostiene la paranoia conspirativa tal como inspiró en el pasado las cazas de brujas

y las apologías de los *Protocolos de los Sabios de Sión*. Así como los antisemitas ven judíos por todas partes, los nuevos inquisidores ven «fascistas» por todas partes. Y como la máxima astucia del diablo es hacer creer que no existe, las protestas nunca son escuchadas. Como colofón, un psicoanalista de pacotilla se permite interpretar la negación o el rechazo indignado al intento de endosarnos el uniforme que con tanta complacencia nos ofrecen, como tantas otras confirmaciones suplementarias: el rechazo a confesar es la mejor prueba de que se es culpable.

«Un hombre no es lo que esconde, sino lo que hace», decía André Malraux. Creyendo que el «fascismo» está por todas partes, es decir en ninguna parte, la nueva inquisición afirma por el contrario que los hombres son ante todo lo que esconden —y que pretende descubrirlo. Se vanagloria de ver más allá de las apariencias y de leer entre líneas, para mejor «confundir» y «desenmascarar». De manera que la presunción de culpabilidad no conoce ningún límite. Se descifra, se descodifica, se detecta lo no dicho. Hablando claro, se denuncia a los autores, no tanto por lo que escriben, sino por lo que no han escrito y que se supone pretendieron escribir. No se boicotea el contenido de sus libros, contenido que nunca es tomado en consideración, sino las intenciones que se cree adivinar. La policía de las ideas se convierte entonces en la policía de las segundas intenciones.